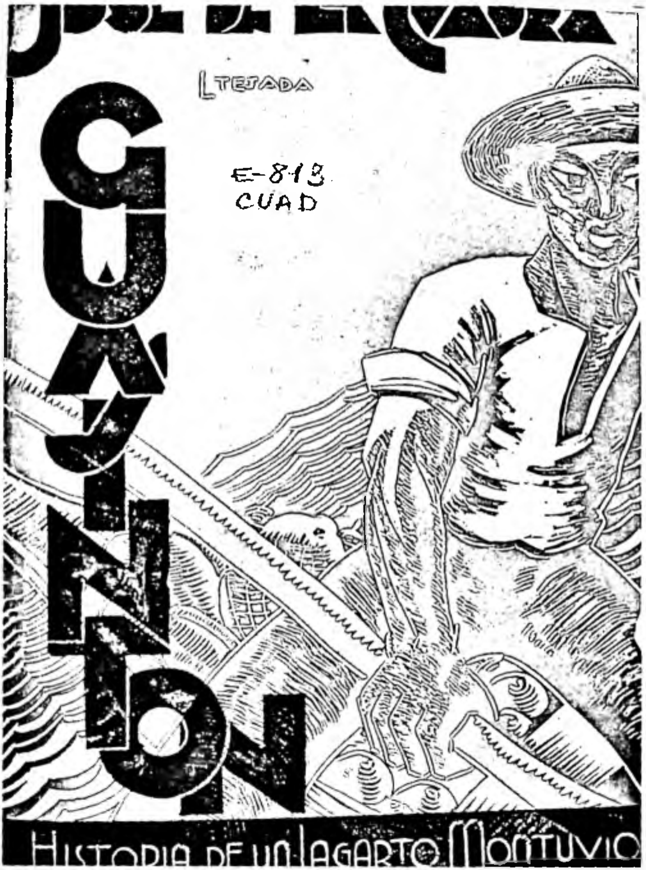
www.flacsoandes.edu.ec



Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

JOSE DE LA CUADRA

GUASIPUNGO

BIBLIOTECA NACIONAL
10486 1993
PRECIO
0004858-J.

RELATOS Y CRONICAS

QUITO—ECUADOR
Talleres Gráficos de Educación
1938

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PRECIOS:

Edición en papel satinado $ 5

Edición en papel ordinario $ 3

Concesionario exclusivo para la venta B. M. Janer

Librería Española—Guayaquil-Ecuador.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

INDICE

	Páginas
PROLOGO	
GUASINTON.— Historia de un Lagarto Montuvio	3
LA SELVA EN LLAMAS.—Cuento para Gran Magazine	16
EL CONDOR DE ORO.—Cuento del drama oscuro	28
EL HUESPED.—Paso Dramático	36
P' ALCASO.—Cuento del celo montuvio	41
PARTICION.—Cuento del recuerdo tenaz	46
LA SOLTERONA.—Cuento del amor desbordado	51
SE HA PERDIDO UNA NISA.—Cuento al estilo viejo al margen de los libros románticos	55
LA CARACOLA.—Cuento simple	69
LA CIUDAD ABANDONADA.—Cuento para Revista Gráfica	76
RUEDAS.—Cuento del arrabal noreste guayaquileño	82
EL SANTO NUEVO.—Cuento de la propaganda política en agro montuvio	86
CUBILLO BUSCADOR DE GANADO.—Cuento de aventuras	95
DISCIPLINA.—Un cuento negro esmeraldeño	106

CRONICAS

IMPRESIONES DEL CAMPO SERRANIEGO ECUATORIANO	117
BLANES, PINTOR URUGUAYO	123
DON MANUEL Y LOS ANIMALES	128
EL CABALLERO PIGAFETTA	134
LA PERRICHOLI	140
VESTIGIOS DE LA ATLANTIDA	144
LA NOVELA DE UN SOLDADO DE FORTUNA	150
LA CANCION DE LAS CASAS ANTIGUAS DEL PUERTO ..	157

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CUENTOS
DE JOSE DE LA CUADRA

José de la Cuadra quiere que escriba unas pocas líneas que sirvan de prólogo a su nuevo libro de cuentos; lo hago con la mejor voluntad. Cualquiera que sea la restricción que se formule ante la literatura moderna, es indudable que los novelistas y cuentistas ecuatorianos que escriben ahora son la representación más importante de nuestra literatura, y estoy convencido de que si ella salva los linderos patrios será por efecto de las obras de estos novelistas y cuentistas que han sabido interesar al público de América, que en adelante tendrá que seguir el curso de la producción literaria de este país.

José de la Cuadra pertenece a este grupo de escritores que representa un momento literario, y aún de ideas. Antes de ahora me he referido a novelas de este autor, como LOS SANGURIMAS, vida complicada de una familia montuvia en que la moral cobra aspectos insospechados que nos hacen pensar en la candorosidad y en la ferocidad de los primitivos, pero en que viven y actúan hombres con todas las pasiones al descubierto, sin el disimulo que adquieren al contacto con lo que llamamos mundo civilizado.

Los cuentos de este libro reunen varios temas y no se reducen solamente a lo montuvio, a lo selvático, sino que se trasladan en veces a la ciudad; pero con la circunstancia de que son siempre las almas ingenuas y sencillas las que acu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

den a la evocación del escritor. LA MUCHACHA MONTUVIA, bella flor de los campos samborondeños, que nos hace pensar en una égloga, o la crónica de tan suave poesía, RUEDAS, tienen por escenario a Guayaquil, pero esas almas oscuras viven todavía en el humilde pueblo en que nacieren..

Los cuentos tienen diferente intención, desde la política, como en EL NUEVO SANTO, hasta la poemática y la trágica, como en LA SELVA EN LLAMAS y EL HUESPED; pero en todos ellos vemos vivir a los hombres de acuerdo con la naturaleza selvática, pomposa, lujuriante. Son hombres, no personajes solamente; nos explican sus pasiones y nos sobresaltan con sus sentimientos extraños, primitivos. Hasta los extranjeros que llegan a esas selvas se disuelven en la grandeza de ellas y se vuelven también primitivos y selváticos para no desentonar con el ritmo pujante de esa naturaleza ubérrima, pero ciega en su fecundidad y abundancia.

Nada más interesante que la historia de un lagarto montuvio, de GUASINTON, el viejo saurio que se comportaba con un dios del río; los hombres más valientes le respetaban y los reseros le pagaban tributo. Hasta que un día Guásinton devoró al perro favorito de don Macario y la suerte del saurio fué resuelta. Asistimos a la cacería de la gran bestia; y cuando Guásinton es vencido, creemos que ha muerto un dios.

José de la Cuadra es un relatista de pluma fácil, alegre y convincente; pero es el don que tiene de penetrar en las almas de los personajes el que admiramos más, y por esto sus cuentos no aciertan solamente con lo anecdótico, nos retienen con la savia de vida que de ellos se desprende. He leído con interés el nuevo libro y lo recomiendo con entusiasmo a los lectores.

ISAAC J. BARRERA

Quito, 1938.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

GUASINTON

Yo he encontrado a los lagartos, esto es, a los cazadores de lagartos, en los sitios más diversos e inesperados, a extremo de resultar extraordinarios, de no considerarse la condición trashumante de esos hombres y sus hábitos andariegos, que los llevan a vagar muy lejos de los ríos y de las ciénegas propicios, quizá movidos por un inconsciente anhelo de olvidar los peligros tremendos aparejados a su oficio. Me topé con ellos cierta vez, cuando hacía a caballo el crucero de Garaycoa a Yaguachi.—Estaban dos entonces. El uno, machucho ya, de cuerpo silgado, era cojo; alguna ocasión, entre las fauces de los saurios, en quién sabe qué, poza distante, se le quedaría, perdida para siempre, la pierna derecha, seccionada sobre la articulación de la rodilla. Cojeaba el infeliz de un modo lamentable, apoyándose en una muleta de palo-amarillo, burda y desproporcionada, que le alzaba el hombro y le obligaba a torcer el tronco hacia la izquierda. Formaba, por ello, una figura curiosa, mantenida en oblicua aguda sobre el suelo, y que, contra todo sentimiento de humanidad, incitaba un poco a la sonrisa. No crucé más palabras con él que las rigurosas del saludo; pero, por mi peón

HISTORIA DE UN
LAGARTO
MONTUVIO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nero, que lo conocía, supe que, a pesar de sus años cansados, se dedicaba aún a su faena de alto riesgo y que gozaba reputación de arponeador habilísimo.

El otro cazador, mucho más joven que el primero, parecía su hijo o su sobrino. Tenía con el baldado ese inconfundible aire de familia. Era mozo fuerte, de tórax ancho y recia complexión. No obstante, bajo su piel cobriza se delataba el palor de la malaria o de la anquilostomiasis. Pero, no mostraba huella visible de su trato con la fiera verde. Su cuerpo se conservaba intacto. Hasta entonces, por lo menos, los saurios lo habían respetado.

Cuando los cazadores pasaron camino adelante, pregunté a mi compañero de viaje:

—¿Cómo se llama el viejo?

—Celestino Rosado —me respondió;— ¿no ha oído hablar de él?

—No. ¿Quién es?

—Pues.... Celestino Rosado.... Me creo que es de los lados del Balzar o del Congo.

El peón pernero contó cuanto sabía del cazador, que no era mucho.

Concluyó:

—Este fué uno de los que mató a Guásinton.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿A Guásinton? ¿Y quién era Guásinton?

—Guásinton era, pues, Guásinton .... Un lagarto asisote .....

La mano del peón pernero se extendió en un gesto amplio que abarcaba metros de senda:

—¡Grandísimo!

Por desgracia, en ese instante se recortó contra el horizonte la cruz de la iglesia de Yaguachi, bajo cuyos ámbitos opera San Jacinto sus milagos famosos.

Mi guía la señaló con el dedo:

—Ya mismo llegamos —dijo.

Y no sé cómo se enredó en una complicada disertación acerca de porqué la cosecha de arroz había sido tan buena y porqué, empero, el precio del grano estaba tan elevado en Guayaquil.

—¡Cosas de las fábricas, pues! No hay más vaina.... Las "fábricas" eran las piladoras, los molinos.

Y ésa fué la primera vez en mi vida que oí hablar de Guásinton.

◎ ▲ ◎

No sabía bien, todavía, quién eras tú, Guásinton, lagarto cebado....

No sospechaba que tus diez varas de fiera sobre el agua, obsederían algún sueño mío, en las noches caliginosas, cuando me tendía a dormir en la popa de las canoas de montaña, navegando por los ríos montuvios.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y
también desconocía que tenías la mano derecha
mutilada, que te faltaba la más
poderosa de tus garras....
¡Guásinton, ilustre baldado!

Recuerdo
que otra vez me encontré con los cazadores de lagartos en Samborondón.

Fué
por la noche. Al día siguiente se celebraría la fiesta grande del pueblo, la fiesta de su patrona Santa Ana, y todo el vecindario se había echado a las calles.

Samborondón
ofrecía un aspecto fantástico, iluminado por farolillos chinos y sacudido de cohetes voladores.

Estábamos
bebiendo en la cantina de Victoriano Acosta, que queda, o quedaba, en una esquina de la plaza. Yo ocupaba una mesa próxima al mostrador, con otros agentes viajeros. Entonces, en Samborondón el dinero corría a chorros; y, para la época de la fiesta vendíamos abundantemente nuestra mercadería de pacotilla. En esa ocasión yo conduje un cargamento enorme de zaraza, que había realizado por completo con un fuerte margen de utilidades. Esto me tenía satisfecho y con ganas de divertirme.

Había
hecho una gran tarde de gallos; y como entre pelea y pelea, trasegaba vasos de aguardiente de caña,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

a la noche debia estar un poco borracho. No recuerdo bien este detalle.

Mi vecino de mesa, el viajero de la Compañía de Cervezas, me dijo:

—¿Qué te parece, Concha, si contratamos unos músicos para que toquen?

(Porque yo me llamo Valerio Concha y, como ya lo he insinuado, ejerzo por los campos la próspera y honesta profesión de agente viajero).

Acepté la invitación de mi colega; y así, tras de vencer mil dificultades, pues los músicos andaban escasos en el pueblo enfiestado, perinchido de turistas citadinos, que los traian de aquí para allá dando serenatas, conseguimos una orquesta reducida a su mínima expresión, es decir, a una guitarra y un tiple.

Con nuestra orquesta improvisada, el viajero de la Compañía de Cervezas, yo y otros agentes que se nos juntaron, fuimos a la casa de la viuda Vargas, quien, además de ser una de las firmas comerciales más sólidas del pueblo, tenía un muestrario de hijas guapas y amigas del jaleo.

El baile que armamos, fué alegre y encendido; pero, yo no intervine mayormente en él. Me sentia cansado, y esto hizo que buscara un rincón apacible, en el comedor, al lado de la botellería. Ahí se reunieron cuantos odiaban el bullicio intrascendente y amaban el alcohol, entre ellos, don Macario Arriaga, gamonal montuvio, personaje de edad y de letras y, según me enteré muy luego, otro de los que mató a Guásinton.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sí; ya lo sabía yo de tiempos: Guásinton era un gigantesco lagarto cebado, cuyo centro de fechorías era el Babahoyo, desde los bajos de Samborondón hasta las revesas del puertecillo Alfaro, al frente mismo de Guayaquil. Sabía también, hacía poco, que como uno de esos legendarios piratas que, en los abordajes, perdían las manos bajo el hacha de los defensores, era bizarramente manco. Pero, ignoraba que se había quedado así en un lance heroico, y que su garra perdida era por ello como un blasón hazañoso.

Don Macario Arriaga me refirió la arriscada proeza de Guásinton, donde quedó manco:

—Estaba en celo Guásinton, y venía río abajo, con la hembra, sobre una palizada. Un vapor de ruedas (creo que fué el "Sangay"; sí, fué el "Sangay") chocó con la palizada. Guásinton se enfureció: figúrense, lo habían interrumpido en sus coloquios; se enfureció y partió contra el barco. Claro: una de las ruedas lo arrastró en su remolino, y no sé cómo no lo destrozó; pero, la punta de un aspa le cortó la mano derecha. Chorreando sangre, Guásinton se revolvió y quiso atacar de nuevo; pero, el piloto desvió hábilmente el "Sangay" sobre su banda, y lo evitó. Quienes presenciaron la escena, dicen que fué algo extrañamente emocionante. Nadie en el barco se atrevió a disparar sobre Guásinton sus armas, y fíjese que pudieron haberlo matado ahí, sin esfuerzo, a dos metros de él; pero, la bravura del animal los paralizó, porque nada hay

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que conmueva tánto, señor, como el arrojo. Dejaron no más escapar a Guásinton, quien fué a juntartarse con su hembra en la palizada.

◎ ▲ ◎

Se aproximaron a nosotros dos individuos que yo no habia visto antes. Eran invitados, como don Macario mismo, de la viuda Vargas.

Don Macario me los presentó:

— Jerónimo Pita .... Sebastián Vizuete .....

El señor ..... Y vea, señor, la casualidad: éstos también estuvieron en la cacería de Guásinton, cuando lo acabamos ..... Con Celestino Rosado, con Manuelón Torres, con ..... Eramos catorce, ¿sabe?, la partida. Y anduvimos con suerte: sólo hubo un muerto y un herido. Nada más. Anduvimos con suerte, de veras.

Pita y Vizuete eran cazadores profesionales de lagartos. Amaban su oficio como un culto cruento y salvaje, pero próvido con sus fieles.

Para ellos, la verde fiera de los ríos, el lagarto de las calientes aguas tropicales, no era una vulgar pieza de caza, sino un enemigo, a pesar de su fama de torpe, en realidad astuto y, además, valiente. La cacería del saurio era para ellos como la lidia del bicho para el torero: un arte que juzgaban noble y digna, y que, a mayor abundamiento, les daba para comer.

Pita y Vizuete, corroborados en ocasiones por don Macario, relataron esa noche hazañas sueltas de aquel héroe

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fluvial, a quien alguno, se ignora cuándo y por-
qué, bautizó con el nombre amontuviado
del general norteamericano. (No seria, por su-
puesto, por lo desdentado; ya que el monstruo
montuvio poseia una dentadura formidable).

Podria llenar-
se un denso volumen con los hechos singulares de Guá-
sinton, y abrigo la esperanza
de que se escribirá ese volumen. Nada ten-
dria de raro, hoy sobre todo que se ha dado
en la flor de escribir biografías
de todo quisque, y hasta biografías de rios. Por
lo demás, Guásinton se lo merece.

Era un espíritu original el que alen-
taba en este gigante verde oscuro, acorazado co-
mo un barco de batalla o con un caballero
medioeval, y que media diez va-
ras de punta de trompa a punta de cola.

Se decía que era ge-
neroso como un buen dios. Entre
un caballo que pastara a la orilla y una mujer
que lavara sus ropas en la playa, Guásinton prefe-
ría devorar el caballo. Las comadres afir-
maban que no lo hacia por gula, sino por compasión, al
escoger a la bestia en vez de a la mujerzuela.

Sólo durante las gran-
des hambrunas Guásinton acometia a las gentes. Lo
ordinario era que nadara junto a los ba-
ñistas, sereno, poderoso, cons-
ciente de su fuerza, sin molestarlos, aparentemente
sin advertirlos siquiera. Se satisfacia en-
tonces con los tributos que cobraba
a los reseros: cada vez que éstos tenian que pasar gana-
do de una ribera a otra, ahí estaba Guásinton, llevado
por quién sabe qué misterioso aviso, a reclamar sus de-
rechos de señor feudal de las aguas montu-
vias. Se apropiaba de una res, de una res no

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

más, pero de la mayor, siempre de la mayor. Guásinton seleccionaba bien. Y nada hacía ya al resto del ganado ni a los reseros. Ellos conocían la costumbre del saurio, y separaban su res en los negocios:

—Rebájennos un poco en el precio —decían a los vendedores— para que nos salga más barata la vaca de Guásinton.

La vaca que había de pagársele por el permiso de pasar el río .....

Río seguro, después de todo, pues Guásinton no consentía en él competidor alguno: cuando cualquier lagartuelo imprudente, tras la larga siesta de los tembladerales, se atrevía a penetrar en el Babahoyo, Guásinton daba cuenta inmediata de él.

En las orillas su fama era casi mítica. Había para él una suerte de veneración, muy parecida a la religiosa. Comenzó todo por hacer asustar a los niños con su nombre terrible, y luego el miedo se contagió a los mayores. Como suele ocurrir, de ese miedo se engendró una superstición, y de ésta algo como un culto.

Cuando, entretenido quizás en empresas amorosas, a las que era particularmente aficionado, o simplemente durmiendo el prolongado sueño de su especie, tardaba en aparecer por su zona acostumbrada, las gentes se preguntaban, vagamente inquietas:

—¿Qué se habrá hecho Guásinton?

Y añadían, ahora temerosas:

—¡Mala seña! Este año va a estar seco el río.

Porque, en la creencia popular, Guásinton, señor de las aguas, las traía consigo.

En ocasiones, Guásinton alteraba sus hábitos antiguos. Ocurría en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do las hambres. Entonces, se trepaba a los potreros ribereños y arrastraba las presas capturadas. Atacaba a las canoas: las volteaba de un coletazo y devoraba a sus ocupantes. Se convertía en un siniestro poder, en una furia desatada.

Pero esto pasaba en breve, y Guásinton volvía a sus plácidos modos de siempre. Tornaba a gustar de la melancólca música montuvia; porque, aun cuando se cree que los lagartos son casi sordos y se guían sólo por el olfato, parece ser que Guásinton oía muy bien y que hasta encontraba en ello un especial encanto.

Dizque en las noches, cuando los pescadores tocaban sus guitarras, mientras conducían su pesca al mercado, Guásinton, como una guardia fiel, seguía a las canoas; y si alguno daba un traspiés y venía al agua, Guásinton se alejaba a todo nado, sin duda para evitarse la tentación de comérselo.

◎ ▲ ◎

Trece lagarteros experimentados, armados de fusiles de repetición y embarcados en dos canoas de fierro, fueron necesarios para matar a Guásinton. Y ni aún así les fué fácil; porque el animal se defendió tenazmente, y al morir hizo morir con él a uno de sus matadores y malhirió a otro.

Fué don Macario Arriaga quien montó la expedición y quien la dirigió. Cosa curiosa: don Macario nunca le regateó a Guásinton su tributo de ganado; pero, cierto día Guásinton devoró al perro favorito de don Ma-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cario, y éste se decidió a acabarlo. Viene aquí bien aquello de a pequeñas causas....

Hubo de procederse con mucho sigilo al formar la expedición, para que no se enteraran de ella las gentes de las riberas, que veían en Guásinton un ser casi sobrenatural.

Con el viejo saurio no valían los cebos. Seguía de largo frente a los cerdos atados a las canoas o a las balsas, tras las cuales se escudaban los fusileros avizores. Se burlaba de la faena del "sombrerito". Este ardid consiste, como es sabido, en que el cazador, desnudo de busto y munido de un cuchillo, se sumerge en lo hondo, dejando flotar en la superficie su sombrero: el lagarto se engaña y se lanza en dirección al sombrero, creyendo que ahí está el hombre, mientras éste, desde abajo, en un nado veloz, resurge y le clava a la fiera el cuchillo en el vientre una, dos, tres veces, hasta que le alcanza la respiración y el animal se desangra en la hemorragia. ¡Peligrosa la faena del sombrerito! Si la primera cuchillada no es decisivamente mortal, el atrevido perece sin remedio en las fauces del lagarto.

Con Guásinton hubo que emplear otras argucias que las comunes. Se lo vigiló durante varios días, hasta que se supo que solía reposar en cierto estero, pequeño y remansado, pero profundo. Entró en él cierta mañana, y entonces los cazadores taparon rápidamente la boca del estero con una compuerta de maderos y alambres de púas, preparada de antemano. José Carriel, el más valeroso lagartero que ha existido en el Guayas, se tiró al agua, puñal en mano, a desafiar a la fiera.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En principio, Guásinton rehuyó la lucha. Se comprendería metido en una trampa y quiso forzar la salida, rompiendo la parte baja de la compuerta, sin mostrarse en la superficie. Debió herirse en la alambrada, porque, en la boca del estero, el agua se manchó de sangre. Y cuando sin duda fracasó, retrocedió, furioso, contra el hombre.

Carriel lo esperaba, atento, advirtiendo sus movimientos por el fango removido. Se zambulló y lo alcanzó a punzar; pero, el lagarto fué más ágil que él: de un formidable coletazo lo trajo al fondo, con la columna vertebral partida y la cabeza deshecha.

En ese momento, don Macario Arriaga ordenó que los cazadores se dispusieran en ambas orillas del estero y dispararan contra el agua sus fusiles.

—Alguna bala lo tocará —dijo.

Y sucedió lo asombroso: Guásinton —que bajo el agua era invulnerable tras su coraza de conchas y dada la escasa fuerza de los proyectiles, disparados de tan cerca— saltó a tierra; y, loco, monstruosamente loco, arremetió contra los hombres.

Estos se desconcertaron ante lo imprevisto, y de ello aprovechó la fiera para llevársele de un tapazo media pierna a Sofronio Morán, que estaba más próximo a sus fauces.

Pero los los hombres se sobrepusieron. Sin cuidarse del herido, se apartaron, y una lluvia de balas cayó sobre Guásinton.

Para morir, se volteó, vientre al cielo. Agitaba los miembros como si quisiera agarrar. Abría y cerraba las enormes tapas de sus fauces, y emitía un sordo gruñido aún amenazante.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se acercó a ultimarlo don Macario Arriaga.

No llegó a hundirle la daga, como intentara: justamente en ese instante el bravío espíritu de Guásinton partía a fundirse en el gran todo....

Las diez varas de su cuerpo se sacudieron con violencia, y la mirada de sus ojos sanguinolentos se fijó en el vacío:

Guásinton, señor feudal de las aguas montuvias, era ya para siempre

inven-

cible.....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

16 Desde cierto punto de vista Rubén Jiménez debia ser considerado como un hombre de malá suerte. Las circunstancias le eran casi siempre adversas o, por lo menos, no le favorecían el deseo intenso. Igual que a esos barcos a quienes el mar señaló para el banquete de los naufragios, constantemente le soplaban de proa vientos contrarios, y lo empujaban al revés. Esto lo repetía él a cuantos querían escuchárselo. Como escritor, por ejemplo, prefería los temas plácidos; y habria gustado tratarlos con reposo, en un ambiente apacible, al calor cordial del gabinete atestado de libros, de cuadros, de esculturas. En cambio, era redactor a sueldo de una empresa de magazines amarillos de Nueva York, que le exigia crónicas angustiadas de interés, con argumentos escandalosos y de algún fondo veraz, ya que no lo contrataron precisamente como relatista. Y, pues que la búsqueda del asunto lo llevaba de aquí para allá por todo el territorio del pais, Rubén Jiménez habia de es-

Cuento para

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cribir en los sitios más raros y de las maneras más inadecuadas: ora sobre la cabalgadura, apoyando el papel en la maleta, y ésta en las piernas; ora en el tren trepidante, contra el cristal de la ventanilla; ora en los menudos bancos de las canoas o en la borda mojada de los pequeños veleros de cabotaje, mientras las olas hacian bailar al buque una rumba sacudida.

Jiménez, que suspiraba por la tranquilidad, flotaba en la marejada. El, que detestaba la truculencia, vivia de lo truculento.

Verdad era que, en ocasiones, gozaba de placeres que los otros tipos de escritor no conocen. Ésto ocurría cuando efectuaba algún "descubrimiento" o se anticipaba a sus colegas en explorar una "primicia".

Su júbilo no reconoció límites cuando comprobó de ojos —y escribió sobre eso— que en ciertas aldeas de la provincia de Loja cerca de la raya peruana, suelen conducir los cadáveres en su último viaje, montados a caballo, sosteniéndolos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

erguidos en la silla con dos horquetas atadas, por los quebrados caminos, hasta los cementerios remotos.

Fué mayor aún su alegría cuando antes que cronista alguno dió al mundo —es decir, al mundo que leía los magazines amarillos,— la "verdadera historia", por cierto confeccionada a su antojo, de aquella baronesa loca que practicaba el nudismo integral y el amor poliándrico en una abandonada isla del archipiélago de los Galápagos, de la cual terminó por declararse dueña y proclamarse emperatriz.

Pero, suponía que sus éxitos precedentes habrían de palidecer ante la narración de aquel suceso cuya historia tituló **La selva en llamas**, o algo parecido, y que alistaba para enviar a los magazines.

◎ ▲ ◎

El hecho podía resumirse así: En la zona maderera al norte de Quevedo, una mujer y su amante habían perecido, quemados vivos, mientras se refugiaban en una tienda de campaña, en el corazón de la selva. Entendíase que el fuego habíase producido accidentalmente, como es frecuente en ciertas zonas de la selva durante los grandes calores, cuando las sequías del verano y los soles recios tuestan la vegetación y la convierten en paja combustible.

Pero, no faltaban algunos que presumieran la intervención de manos criminales. En tal evento, ¿quiénes los autores? No cabía establecerlos; pero, en lo que atañe al marido de la mujer quemada, había que descartarlo: desde el día anterior estuvo ausente del lugar, y parece que incluso ignoraba que ella tuviese un amante. No valía, pues, pensar en venganzas conyugales. ¿Entonces? No quedaba sino la casualidad: la casualidad que, en los hilos de sus procesos tenebrosos, hizo saltar el corta-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Empero, Rubén Jiménez no se satisfacía con tal explicación.

Había la circunstancia de que la mujer quemada viva era yanqui: una rubia americanita joven y linda, y Jiménez creía que esto le concedería al asunto mayor atracción para el público lector de los magazines amarillos.

Así, decidió investigar el caso por su propia cuenta.

Una mañana salió de Guayaquil a caza del relato.

Se constituyó en el lugar mismo del trágico acontecimiento.

◎ ▲ ◎

Era en la selva cerrada, donde crecen los árboles que suministran las finas maderas: el guayacán, el roble, el pechiche, el laurel, la cañafístola, mil más, y, sobre todo, esa rareza vegetal que es el palo de balsa.

Estaba instalado allí, en el punto denominado La Bejuca, un campamento de madereros que trabajaban a destajo para cierta compañía exportadora de Guayaquil.

La compañía andaba disgustada con la calidad de la madera que mandaban los cortadores, y envió a su técnico agrícola, Walt Hills, un norteamericano de Colorado, para que inspeccionara los cortes, seleccionara las "manchas" de árboles y diera instrucciones a los trabajadores.

Viaje largo, Hills acordó hacerlo con su mujer, y escogió el sitio de La Bejuca para armar su tienda de campaña. Desde ahí partía cada semana a recorrer los demás sitios donde se cortaba madera para la compañía: sus ausencias del campamento duraban tres o cuatro días, y, entre tanto, la mujer permanecía sola en la tienda, recomendada tácitamente al cuidado de los capataces.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Conforme a las descripciones de los madereros, Joan Hills era una cosa deliciosa: rubia, con ojos verdosos, de piel dorada como una naranja, de cuerpo estatuario: una joya viva, una adorable muñeca. Además, era atrevida como un muchacho, y amaba la vida peligrosa de la selva con un amor de aventura y de osadía que la volvían aún más encantadora. Estos datos recogió fácilmente Jiménez tan pronto como llegó a La Bejuca; los demás, hasta completar su historia, le costaron arduos esfuerzos y pusieron a prueba su habilidad.

◎ ▲ ◎

JOSE CASTRO no sabía nada. De apurarlo en seco, habría jurado hasta que ni siquiera conoció a "la gringa". Sin embargo, el aguardiente de caña le soltaba la lengua un poquitín. Rubén Jiménez sorprendió en seguida ese detalle. Tras menudear medios vasos, le preguntaba:

—¿Era guapa la gringa, Castro?

El maderero se relamía como si saboreara un bocado exquisito:

—¡De comérsela! Nadie ha visto por aquí una hembra más buenaza, ¡caray!

Pero, José Castro no sabía nada más. No decía nada más.

◎ ▲ ◎

RUFINO MANZO, un cuarterón, y el negro Jesucristo Olarte estaban conformes en que el capataz Proaño, el amante de "la gringa" que murió con ella, era un sér despreciable, digno de que sobre él cayeran todos los males: un ente repulsivo.

—Esa muerte le tocaba a Proaño —afirmaba Manzo.

—Y su alma, más negra que mi pellejo —añadía Je-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sucristo Olarte,— ha de seguir tostándose en los profundos, como el cuerpo en vida.

Rubén Jiménez averiguaba:

—Ustedes no lo querían a Proaño, ¿no? ¿Qué les hizo?

Los dos respondían más o menos al propio tiempo y lo mismo, con tono bravío, como al referirse a un enemigo a quien se odia, pero no se teme:

—A nosotros no nos hizo nada, pues ..... Con nosotros no se metía .... ..¡Caro le hubiera costado!

◎ ▲ ◎

JONAS BARZOLA semejaba un loro viejo. Era el más anciano de los madereros y el que más años contaba trabajando para la compañía en esos lugares de La Bejuca. Este hombre tranquilo y mesurado, que hablaba sentenciosamente, repetía:

—Son cosas que tienen que ser siempre ..... Vea, niño: la carne buena se paga fuerte..... Así es ..... Si usted, vamos al caso, quiere comer venado, ¡viera qué peligroso cazarlo! A lo mejor, usted se rueda de un cerro y se mata. A la larga, cuesta mucho .... Así me creo yo que fué con el finadito ....

◎ ▲ ◎

LUIS LEON era un sujeto estevado y chiquitín, casi un enano. Lo apodaban "el Jorobado", aunque propiamente no lo era.No habría podido trabajar en el corte. Su labor se reducía a medir los palos tumbados y anotar las calidades. Reía, con su risa maliciosa y procaz:

—Yo la ví una vez, bañándose. La espié, escondido detrás de un árbol. ¡Oh, oh, oh! ¡Y que ese Proaño, engendro feo, la tuviera! Hay hombres con mucha suerte, ¿no? Pero, ¡bienhe-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

 cho!. Dios lo castigó .... Porque Dios castiga la mucha suerte .....

◎ ▲ ◎

ARMENIO NUÑEZ era un tipo todavía joven, pero con aire grave de madurez. Causaba la impresión de que hubiera vivido muy de prisa los años mozos y que, ahora, estuviese hastiado de todo, quizá ya hasta de vivir. Era sombrío y triste. Su voz se desenvolvía pausadamente y con cierto tono vago de lejanía, de ausencia. Su mirada, en cambio, cuando la fijaba en algo lo penetraba como una punta de acero.

Rubén Jiménez había procurado desde el principio ganarse la confianza de este raro individuo. Frecuentaba su trato y lo llamaba familiarmente Armenio para congraciarse con él. Jiménez quería ver en Núñez una clave preciosa del misterio que ansiaba dilucidar.

—¿Usted cree que fué casual el incendio del monte, Armenio?

—Sí, señor inspector.

(Porque Jiménez había obtenido de la compañía maderera, en Guayaquil, un pseudo nombramiento de inspector que justificara su presencia en los campamentos y alejara de él toda sospecha).

—Pero, mire, Armenio: usted es un conocedor de la selva y sabe que el fuego no pudo prenderse accidentalmente, haciendo un círculo perfecto en derredor de la tienda, ¿no es eso?

Armenio Núñez lo miraba con su modo terrible que desazonaba:

—Todo puede ser, señor inspector. Depende del viento. Sí; del viento.

Pero, esta palabra "viento" silbaba. No; no era el buen viento conocido, el viento de siempre. Era otra cosa extraña. Como un poder. Como el destino.

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA BIBLIOTECA NACIONAL QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Algo así parecía que hubiera tras esa palabra en la mente de Armenio Núñez, hombre misterioso:

—El viento .....

—¡Era una yegua! Una yegüita melada .....

—Como un ángel ..... ¿Usted ha visto los ángeles en las iglesias? Bueno; así era.

—¡Maravillosa!

—A veces se vestía como un varón. ¡Era un encanto! Se le dibujaban las formas.

—¿Y cuando se bañaba?

—Se bañaba desnuda.

—Yo la vi.

—Yo, también.

—Y yo.

—En ese esterito, a la espalda de los porotillos, en el agua boba, ahí se bañaba.

—Era blanca como ..... ¿como qué?

—Como la leche.

—No; como la luna ..... Sí; como la luna.

—No; era del color de las naranjas maduras.

—No, no; ése no la vió. Yo la vi desnuda. Era blanca como la luna. ¡Las piernas, sobre todo! Yo le ví las piernas ..... ¡Oh, oh, oh!

—¡Oh, oh, oh!

—El marido era un infeliz.

—Un gringo torpe era.

—No merecía lo que tenía.

—Así es. San Pedro le regala caballos a quien no sabe montar.

—El puerco más ruin .....

—Y el amante, ese Proaño, espantoso como una "mala visión" ..... ¡Oh, oh, oh!

—Era linda ella, ¿no?

—Linda es poco decir.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Oh, oh, oh!

—Pero, no fué de Proaño.

—Proaño la besaba.

—Eso sí; pero, no la poseyó .... ¡a Dios gracias!

—¿Cómo sabes tú?

—Yo ..... Yo vi ..... Esa noche, sí. Habría sido suya, quizá. Pero, el fuego lo impidió a tiempo. Proaño recién llegaba a la tienda cuando se alzó la candelada. Yo vi .....

—¿Y cómo viste?

—Yo espiaba ..... Proaño se acercaba a la tienda, arrastrándose para que nadie se percatara ..... ¡Y que no le hubiera picado una equis rabo-de-hueso, siquiera! ..... Era casi la media noche. Entró .....

—Y sopló el viento, y atizó la hoguera.

—¿Cómo sabes? ¿Cómo sabes?

—Yo espiaba.

—¡Oh, oh, oh!

El alcohol les encendía ahora en el cerebro otro fuego, devorador como aquél de esa noche que se alumbró de locura en la selva dormida.....

—¡Oh, oh, oh!

◎ ▲ ◎

Esa noche —iban ya tres meses corridos desde entonces— los madereros estaban reunidos al pié del gran matapalo blanco, en cuyo tronco cada uno había grabado su nombre o lo había hecho grabar por los que sabían escribir.

Era una costumbre antigua la de juntarse ahí, al amparo del gigante de mil piernas, a fumar y a charlar, luego del café de la merienda, antes de acogerse al ramadón cañizo donde dormían. Se confundían unos con otros —capataces, apuntadores, cortadores,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cargadores,— fraternalmente, borradas por las sombras las diferencias del dia.

Solían estarse ahí hasta la hora de ánimas, esto es, hasta las ocho, en que se retiraban vencidos de sueño fatigado; pero, esta noche iba ya mediando y aún permanecían en torno de la fogata que habían encendido para calentar un café trasnochado.

Además, apenas cruzaban palabra. Un silencio pertinaz reinaba entre ellos. Y era extraordinario.

Porque su distracción era justamente conversar, referir, narrar. Cada quien poseía su bagaje de relatos que, un tanto remozados, repetía cada vez.

Ahora, no. Conjurados de mudez, parecían esperar.....

El loro viejo Jonás Barzola rompió el silencio, de repente:

—Debimos habérselo dicho al marido, mejor; porque.....

Armenio Núñez lo interrumpió:

—No habría hecho nada ése.

—¡Gringo imbécil!

—Sí habría hecho: se la habría llevado.

El jorobado León clamó:

—¡No, no; eso no! ¡Que no se la lleve! ¡Todo antes que se la lleve!

—No se la llevará, estúpido.

—¡Oh, oh, oh!

Volvió el silencio. Largo, lento.

El negro Jesucristo Olarte propuso:

—¿Y por qué, más limpio, no nos lo comemos a Proaño? Yo me encargo.

El cuarterón Manzo apoyó:

—Eso es más de machos..... ¡Yo acompaño a Jesucristo!

Armenio Núñez increpó, con fastidio:

—¡Ya, ya! ¡Ya salió de nuevo al baile la pareja de monos!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Si lo han repetido veinte veces! ¡No, no, no! ¿Oyen? ¿Es que quieren verse en lios? No; yo, no..... Así como digo es lo mejor. Sin empuercarse las manos.

El capataz Benítez —casi un blanco— tuvo un resquemor final:

—¿Y si nos ha mentido el jorobado sucio?

Luis León pegó un brinco:

—Primero, yo no soy jorobado ni soy sucio; después..... Yo oí, yo oí..... Fué al mediodía. Proaño le dijo a la gringa "¿Cuándo?": ella se quedó callada, pensando, y le contestó al rato: "Esta noche. Cuando se hayan dormido esos tipos (tipos, nos dijo a nosotros, vea), te espero en la tienda". Así fué. Y se besaron. Yo vi; yo oí..... Ahí detrás, no más, pasó la cosa, en el piñal grande; y, entonces....

Alguien —otra sombra en la noche— surgió de entre la maleza y se aproximó al grupo.

—¡Ya!..... —susurró—. Proaño ha entrado en la tienda.

Se levantó rápidamente Armenio Núñez. Los demás lo siguieron, como una procesión fantástica, imitaron. Algunos se dirigieron a la fogata y encendieron en ella hachones de ramas secas. Luego, como dizque suelen andar por esos montes las almas en pena, buscando el camino eternamente perdido.

Jonás Barzola les recomendó a los que se alejaban:

—Hay que encerrarlos. No les dejen boquete. Busquen los palos secos y prendan las patas.

Armenio Núñez, que iba delante, respondió:

—¡No grite, viejo! Ya sabemos lo que hay que hacer.

Barzola ordenó a los que quedaban:

—Ahora, a traer el aguardiente.

Desde el ramadón trajeron un barril mediano. Lo destaparon. Circularon las tazas.

Bebieron.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

◎ ▲ ◎

Se habría podido ver desde la copa mayor del matapalo. Acaso estaría trepado allí el jorobado Luis León, observador contumaz. Quizás no estuviera.

Se irguió el incendio de la selva en torno de la tienda de campaña, en donde estaban la mujer del perito agrícola y su amante recién llegado, envolviendo la minúscula explanada en un aro ardiente e infranqueable. Una llama voladora saltó desde un árbol alto a la lona de la tienda, y la encendió como una lámpara. Salió la mujer. Iba desnuda. Brillaba su carne blanquísima a la luz roja de la hoguera. Tras ella salió un hombre moreno.

Las llamas avanzaban de todas partes, cerrando su círculo. El hombre estrechó a la mujer entre sus brazos. Parecía como si quisiera librarla con su cuerpo de las llamas enloquecidas, que ahora, con el respirar de la tierra, se elevaban contra el cielo y lo enrojecían.

Pero, vino de un lado el viento, y las llamas se inclinaron sobre la mujer desnuda, sobre el hombre moreno, sobre su inútil abrazo.....

La mujer se arrodilló. El hombre la dejó sola un momento. Buscó una salida inhallable. Luego tornó a ella. La alzó hasta él.

El humo los envolvió. Se les oía toser de un modo lamentable.

Gritaron.

◎ ▲ ◎

Entiendo que La selva en llamas fué rechazada por la empresa de magazines amarillos. Parece que encontraron a faltar fotografías. El pobre Rubén Jiménez no podía conseguirlas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Yo creí que ese hombre era vasco. Se me ocurrió no más. En su ficha personal, concedida por una oficina policial colombiana, sólo se establecía que era español, casado, de veinticinco años. Y carecía de pasaporte. Pero, su filiación constituía una cédula cabal de identidad vascongada. Blanco y alto; delgado, pero recio, abejucado, como acá decimos, esto es, con la contextura macha de las lianas; de ojos azulencos, serenamente dormidos en la muerte; de boca como rajada, a filo de bisturí en la carne pálida del rostro.....

EL CONDOR

Y la nariz .... sobre todo, la nariz .... semejaba la proa tajante de aquellos veleros que cortaban las aguas antiguas del golfo de Vizcaya, sobre las costas de España ..... Sí; ese hombre era vasco.

Cuento del

Se lo encontró una mañana, tirado en los humedales de la puntilla que forman, arriba del Jujau, el río Amarillo y el río Chilintomo, al confluir las aguas oscuras del uno con las aguas cristalinas del otro. Estaba ya frío, pero aún no se había apoderado de él completamente la rigidez cadavérica.

Lo habrían muerto al mediar la noche; al amanecer, quizás.... Velaban a su alrededor los pájaros — matracas, desenvolviendo el carricoche de sus gritos, que estremecían el aire reposado.

Era como si un inmenso jazz selvático le rindiera honores fúnebres.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

drama oscuro Por entonces
yo desempeñaba mi pri-
mer cargo público; él, por cierto,
modestísimo de secretario de la comisaría de
Yaguachi; y con mi superior andábamos haciendo
un recorrido cantonal. Por esta razón nos hallábamos
en Jujan.

En la posada donde nos hospedábamos se presentó un gendarme de la Rural.

Recuerdo que era una clara mañana de domingo, en pleno verano. De lante de la posada se extendían las mesas de venta de carne, más concurridas de moscas que de compradores. En las cantinas se arremolinaban los trabajadores francos de las piladoras de arroz. Discurrían billiciosamente por las calles las peonadas de las haciendas vecinas, dando guardia montada a sus patrones. Las morenas muchachas del barrio "caliente", más desnudas en sus vestidos suscintos que si no los llevaran, insinuaban con el contoneo de sus caderas la ruta de sus covachas propicias.....

DE ORO

El policía
se cuadró ante el comisario:

—Con permiso, hablo, mi comandante. Frente al pueblo han asesinado a un tipo. Está ahí, en la puntilla.

El comisario reflexionó.

—Iremos allá— dijo; — pero, primero nos tomaremos un trago donde la viuda Yánez. Un quemado. ¿Qué le parece, Quintana? El muerto no tiene apuro.

Rió a carcajadas,
como si hubiera dicho un chiste.

Por supuesto, no fué sólo un quemado. Nos es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tuvimos dos horas en el jabeque, y salimos un poco valumosos, como las lanchas mal estivadas.

—Ahora, Quintana, a la obligación ..... Uno es esclavo de su deber, ¡qué caray! ..... Vea, usted, hoy, domingo ..... ¿Por qué no lo matarían otro día?

Nos trasladamos en canoa a los humedales de la puntilla.

Me preguntó el comisario:

—¿Usted ha asistido a algún levantamiento de cuerpo, Quintana?

Le repuse que nó. Que era esa la primera vez que presenciaría tal diligencia.

El comisario se esponjó. Sentíase satisfecho de poder demostrar sus conocimientos de leguleyo. Y aprovechaba ampliamente la ocasión. Durante el trayecto, felizmente corto, hasta los humedales, la autoridad de Yaguachi se explayó como supo respecto de la ceremonia del levantamiento, y luego, en general, sobre las mil y una triquiñuelas del enjuiciamiento criminal.

—Usted debe saber esto, Quintana. Para que lo haga o para que no lo haga. Según como le venga el agua. Pero, debe saberlo.

Es de advertir que mi jefe llamaba agua al dinero; seguramente por la facilidad con que se lo gastaba en el juego de pinta, o en la lidia de gallos, o, simplemente, bebiéndoselo.

Concluyó:

—Hay que saberlo todo, Quintana. Más lo malo que lo bueno. La autoridad tiene que ser como el zorro; porque siempre le toca tratar con zorros: con los abogados, por ejemplo, y con los cuatreros.

Se varó la canoa en un se-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

co del río: y mientras la volvían a flote los palanqueros, el comisario disertó sobre la belleza de los ardides procesales.

—¡Es lindo, de veras!— dijo, entusiasmado. Sus frases componían algo como una canción: la canción canalla del tinterillaje.

Al fin llegamos. Hubimos de espantar a las tenaces matracas que voltejeaban en torno del muerto, y quedó ante nuestros ojos un espectáculo horrible. El cadáver estaba de costado, recogido de piernas, con los brazos extendidos hacia adelante en un gesto de suprema defensa. Habían acabado con él salvajemente: a palos. Sin duda el garrotazo que le causó la muerte era el que había recibido en la base del cráneo, quebrándole el cuello; pero todo el resto del cuerpo mostraba las huellas de los golpes bárbaros.

Uno de los gendarmes insinuó:

—Habrá sido cosa de la cuadrilla de José Laje .....

Asintió otro.

El comisario interpuso su opinión autoritaria:

—No; esa gente hace otras cosas. Al negro Laje le gusta más robar ganado.

—Ahá.

El jefe del piquete de la Rural, dijo, refiriéndose al muerto:

—Yo conocí a este hombre, mi comandante. Vendía a la sencilla. Iba en una canoa por los ríos. Solo. Sin remeros. Cocinaba él mismo su comida, en cualquier barranco. Lo matarían para robarle. Echarían a pique la canoa, o la aflojarían aguas abajo. ¡Quién sabe! Se hundiría en la vuelta del Bombero. Esa revesa es brava. Hay un tronco parado. No pasaría más allá. La bus-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

caremos esta tarde.

Añadió:

—¿Se acuerda usted, mi comandante, del caso de Julio Name, el turco sencillero que se comieron en la Boca de Pula? Igualito, ¿no? A ése lo fondearon al estero, partiéndole el espinazo. Después reflotó no sé cómo, por permisión de Dios .....

El comisario no le prestaba atención. Inspeccionaba el sitio y sus contornos. Dijo con suficiencia:

—El crimen no se ha cometido en este lugar. Aquí han dejado el cadáver, pero lo victimaron en otra parte. Más arriba, quizás. Destacaremos una comisión.

Luego, dirigiéndose al jefe del piquete, preguntó:

—¿Sabía usted el nombre del gallo este, Romero?

—No, mi comandante; por aquí le decíamos no más el Gringo, como al turco Name.

—¡Ah! .....

Dispuso que el piquete se internara por la puntilla buscando rastros, y que uno de los gendarmes pasara al pueblo a comprar mallorca. Nos quedamos solos con el muerto.

Me ordenó:

—Usted, Quintana, registrelo. Acaso no lo hayan bolsiqueado y tenga sus papeles.

Encontré la ficha policial.

—Se llamaba Elizalde ..... No era gringo, vea .... Español, era .... Pedro Elizalde .... ..

Y luego hallé la moneda.

Estaba muy escondida, en una funda disimulada del ancho cinturón de cuero, metida en un sobre sin nemar aún.

Entre los pliegues de la carta relucía un cóndor. Bri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llaba al sol la moneduca de oro, como si ella misma fuera un pequeño sol resplandeciente.

Con el cóndor entregué la carta al comisario. Este la leyó y me la volvió.

--Cuestiones familiares sin importancia —dijo—. De todas maneras la agregaremos a los autos.

Después me volvió también la moneda.

—Quédese con ella, Quintana.

Se la regalo.

--Gracias.

Yo comprendía la generosidad repentina de mi jefe. La noche anterior, en mi presencia, un terrateniente jujense le había dado mil sucres para que mandara a los gendarmes de la Rural que despacharan al otro barrio a un "enemigo público" ..... Ley de fuga, pues ..... Abigeo incorregible ..... Un balazo recibido cuando atacaba a los policías ... Mil sucres ... ¡Pobre diablo! ¿Enemigo público? Enemigo del terrateniente sería ..... ¡Mil sucres!)

El cóndor aquel era el precio de mi silencio. De mi complicidad. Lo entendía bien.

Reflexionó el comisario:

-En la carta se habla del dinero. No la agregue, mejor.

En los autos no se dirá sino de la cédula esa. Rompa la carta.

Pero, no la rompí.

◎ ▲ ◎

Y siempre me ha preocupado. Va de años y todavía la conservo. La releo en ocasiones. Habría deseado remitirla a su destino perdido; pero, no se indicaba en ella dirección alguna.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

guna. Elizalde se reservaría mencionarla en el sobre. No pudo hacerlo. No lo hizo jamás. Y, por eso la carta permanece ahí, al plan de mi baúl, confundida entre viejos nombramientos.

Elizalde la escribe a su mujer. Es la primera vez que "pone noticias desde América".

Redacta en un estilo ingenuo y pintoresco, que delata al hombre de pocas letras. Se ve que Elizalde era aldeano: habla a cada paso de su pueblo. Pregunta por vagas gentes: parientes, quizás; amigos .... Luego, le da consejos a la lejana compañera .... Parece que ésta quedó encinta cuando él emigró ..... Inquiere por el hijo presunto ..... ¿Se malogró? ¡No; imposible! ¿Nació? ¡Sí! ¿Y qué es: cómo es? ¿Cómo es? ¿Ha sacado los ojos de ella? ¡Ojalá! ..... "Tus ojos son tan lindos, Isabel, y tan grandes" .....

Después, Elizalde trata de sí mismo. Narra sus aventuras dolorosas en Colombia, cuando trabajó en las minas de esmeraldas. El no servía para eso.

Apenas ganaba para comer. Le daba verguenza escribirle a ella sin mandarle nada .... ..Un año . . .. Vino al Ecuador ..... A pié, por las sierras tremendas ..... Se metió en las bananeras ..... ¡Salario gringo!

¡Buen salario! ..... Pero, se agotaba. Se lo comía el paludismo. El infierno verde lo ahogaba .....

Ahorró. Alquiló una canoa. Fió mercaderías. Se dedicó a comerciar por los ríos, con su tienda ambulante. Le iba bien. Ahí la muestra: le enviaba esa moneda de oro, ocul-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta en el papel .... Más fácil habría sido remitirle billetes; pero, nó:

Elizalde deseaba que fuera esa moneda de oro. ¿Para gastarla?

¡No! Comida no le faltaría a la mujer en casa de la madre..... Además, ya le remesaría más dinero..... Y él, Elizalde, quería que esa moneda se la colgaran al pecho del hijito cuando, los domingos, lo llevaran a la iglesia, y, luego, a pasear por la orilla del mar.....

Para que las gentes lo vieran y dijeran al mirarlo: "Ese es el hijo de Elizalde, el que está en América".....

◎ ▲ ◎

Yo tengo de mí, honradamente, la opinión de que no soy un sentimental. Entiendo que, de otro modo, no seguiría desempeñando estos cargos policiales. (Ahora soy comisario) Mas, a veces sueño con viajar a España .....

Ya en España, me iría por los campos vascos y buscaría el pueblecillo al filo del mar donde habitó Pedro Elizalde.....

Quizás lo encontraría.....

E iría de casa en casa hasta la casa de su mujer.... Y conocería al hijo que él no conoció..... (No sé por qué estoy seguro de que ese niño nació y está vivo). ....

Lo acariciaría blandamente y depositaría en su manita la moneda de oro que su padre le tenía reservada.....

Mientras esto sucede (si es que sucede), seguiré conservando, pendiente de la leontina de mi reloj, este dorado cóndor, que me ha traído tanta suerte, es decir, tanta mala suerte.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EL HUESPED

Fué al quinto mes que se le advirtió el embarazo, y la cuestión se volvió seria.

Antes, nadie se había dado cuenta de nada. Verdad que ninguna otra mujer, fuera de Rita, habitaba en la casa grande de "El Encanto"; y Rita, más que sirvienta, era esclava, peor aún, adoradora de la niña Florencia.— En las vecindades, si, era del dominio público el asunto. Se lo comentaba en mil formas distintas. Cada quien opinaba como mejor se le ocurría. Un poco arbitrariamente. Al antojo malévolo.— Sobre todo, entre las tendaleras.— Era eso, para ellas, la comidilla de las horas trajinadas.— Mientras que, de cuclillas sobre las cañas picadas del tendal, expurgaban de granos maleados el café o el cacao, lentas, sudorosas, fatigadas, las pobres mujeres escapaban a la sordidez de la faena interminable, yéndose en la murmuración maseada que las hacía olvidar un tanto de las injusticias de sus vidas perdidas: —Y quién se lo habrá hecho, ¿no? — De veras . . . . . ¿Quién, mismo? —El soldado, pues. ¿Quién más? —Ahá. —Pero, ¡vean la blanquita volantusa! —Ahá. Alguna vieja mal intencionada, sabia de dolor sin reposo, piloto de ruta en tormenta, apuntaba, insinuante: —¿No será el padre mismo? —¿El viejo? ¿Don Javier? —Ahá —¡No! —No —No . . . . Variaba el giro: —El hermano, entonces . . . . . —Puede ser, más vale. —El mocito pipón es capaz de todo. —Pero, don Alejandro no estaba aquí cuando deben de haberle sembrado la barriguita a la niña.—¿A la niña, dice? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ninguna

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

voz se lanzaba en la defensa. Sin proponérselo, las tendaleras no hacían otra cosa que desquitarse un poco de los patrones que las explotaban y sobre quienes se desataba ahora un viento de desgracia

El drama tuvo su primer acto medio año atrás

Cierta noche se presentó en la hacienda de don Javier Segarra un soldado regular. A favor del caballo y de las sombras, había escapado de ser preso por los montoneros, vencedores en un combate que se estaba librando recíamente en una hondonada próxima a "El Encanto"

Venía herido el hombre.

Un machetazo le había partido la clavícula izquierda. Pero, no era eso lo más grave. Lo peor era que a la pierna izquierda, así mismo, una bala de fusil le había atravesado el fémur.

Don Javier Segarra lo acogió en su casa Simpatizaba el viejo con los montoneros: su propio hijo, Alejandro, estaba con ellos; mas, no vaciló en ofrecer su hospitalidad al fugitivo

En sus mocedades don Javier había hecho de curandero. Entonces no poseía esta finca maciza. Fué entre pomadas y bebidas que empezó a nacer "El "Encanto". Por ello él, personalmente, atendió al herido.

Y su hospitalidad no se detuvo ahí. Esa misma noche pasó por la hacienda un destacamento de rebeldes que perseguía a los soldados derrotados de línea: lo capitaneaba Alejandro.

CORO DE TENDALERAS

DRAMATICO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿No se ha escondido nadie aquí, papá? —preguntó aquél desde abajo.

—No, hijo.

Vería, sin duda, Alejandro el caballo extraño, porque averiguó todavía:

—¿Y ese animal?

—De un viandante de Manabí, hijo.

—¡Ah!

Creería. No creería. No insistió.

—¿No subes, Alejandro?

—No, papá. Vamos con la gente largo para Pueblo Viejo. Viaje fuerte. Saluda a Florencia.

Y Alejandro partió con el destacamento.... Pero, se llevó el caballo del "viandante".

Don Javier regresó al herido. Practicada la cura de urgencia, le dijo:

—Esto es marea grande, amigo. Tiene para meses, hasta que se le empalmen los huesos.

Ordenó a Florencia:

—Vos cuídalo, hija.

—Ahá.

Florencia se quedó a velar esa noche..... Muchas tendría de velar por ese herido de ahora, que después supo que se llamaba Alfredo García y era oriundo del Cerro en el Puerto de Guayaquil.

3

Es casi media noche. Una luna redonda, enorme, amarilla, se pasea valientemente por el cielo, entre las nubes oscuras que pretenden comérsela.

En todo el campo hay un pesado silencio, estriado de chillidos de aves malas. En la galería de la casa está don Javier, sentado junto a la ventana. A su lado, de pié, Florencia, encorvada para ocultar más aún su vientre fajado, cuya preñez ella supone ignorada.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Don Javier.— ¿Por qué no te acuestas hija?
Florencia.— Prefiero esperar también a Alejandro.
Don Javier.— Se está demorando. Dijo que sólo iba a acompañarlo a García hasta el lindero.
Florencia.— Ahá.
Don Javier.— ¿Cuánto tiempo se ha estado García en la hacienda?
Florencia.— Seis meses, papá.
Don Javier.— Es mucho tiempo .... ..Es mucho tiempo ..... Y se va hoy, el mismo día que vuelve mi hijo. ¿Es raro, no? (Florencia no responde). Será porque, como fueron contrarios ..... Pero ..... ya regresa Alejandro ..... Oigo el caballo.

Se levanta el anciano y se asoma a la ventana. Escúchase un galopar que concluye al pié de la casa. Ahora, alguien está subiendo las escaleras. Don Javier se retira de la ventana.

Don Javier.— Es él.

Entra Alejandro en la galería. Viene desaliñado y anhelante. En la diestra agita un machete ensangrentado, que brilla siniestramente a la luz amarilla de la luna.

Don Javier. — ¿En la hacienda? ¡Ah, no! ¡Ah, no! En la hacienda, no ..... Aquí era sagrado.
Alejandro.— No, papá. No fué en la hacienda. Lo acompañé hasta el lindero ..... Pasamos el lindero ..... Y, entonces .....
Don Javier.— ¡Ah, bien! Yo creía que había sido aquí. Me has quitado un peso de encima ..... Porque, pasado el lindero .....
Florencia.— ¡Lo has matado! ¡Oh, lo han matado!
Don Javier.— Sí, hijita. ¿Qué menos se podía hacer? (La acaricia blandamente. Le pasa la mano por el vientre). Y ahora, quítese esa faja, hijita ..... Le pue-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de hacer daño .....

Florencia.—¡Lo sabían! ¡Ah!, cómo lo sabían!

Don Javier.— .... le puede hacer daño .... a mi nieto ....

El viejo se ha puesto bruscamente orgulloso, y grita: —"¡A mi nieto!". Luego, con una angustiada coquetería, le hace arrumacos a Florencia. Florencia se apoya en el hombro de Alejandro, y llora calladamente. Rita canta en la cocina un antiguo pasillo tristón.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

P'AL CASO

Cuento del celo montuvio

El viernes por la tarde cayeron en lás bocas anchas de los yutes las últimas espigas amarillas; y ahora era, por ventura, la mañana del sábado.— La "oficina", en la planta baja de la casa, había abierto sus puertas a la peonada —unos cincuenta entre hombres, mujeres y niños— para el cobro de jornales.— La peonada se arremolinaba en el soportal, frente a la "oficina" ,en espera bulliciosa de que bajara el patrón Merizalde a efectuar los pagos.—¡Se está dilatando el viejo e' un cuerno!— Ha de estar empollando con la mujer ....—¡Ja, ja, ja!—¡Viejo aguao!—¡Toro padre! —¡Ja, ja, ja! "Toro padre", dice ......—Ahá. —¿Y por qué, ah?— Los que sabemos, sabemos. —Ahá.— El contador, metido en su enrejado, junto a la caja fuerte, comprendía la alusión, pero finjía no oir siquiera. --Yo, el e don Merizalde, si me fregaba alguno, hacía como hizo en tiempos atrás un patrón que hubo por estos lados: el mentado Contreras.

—¿Y qué hizo don Contreras? —Como hacer, no hizo nada. —Bueno, ¿y qué-mismo-pasó, entonces, ño Aveiga? — Ño Aveiga se empinó en su corta estatura y explicó:—Verán: a don Contreras le estaba ocurriendo con la mujer igualito que a don Merizalde. — Entonces agarró al gallo que se le había metido en su gallinero, y una noche mandó que lo amarraran desnudo en el tronco de un árbol, en la montaña cerrada. . . . .—Ahá. ¿Y?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Al otro día lo encontraron cadáver.

—De miedo sería, ¿no?

—No, hombre. Los mosquitos .... Lo mataron los mosquistos.

—¡Barajo!

—Don Contreras dizque decía: "Nada tiene que ver conmigo la justicia por esa desgracia. Cierto que yo lo mandé amarrar al pobre: pero, yo no lo maté. Se lo comieron los mosquitos, que también son criaturas del Señor, como yo y como usté. Que les pidan cuentas a ellos, pues; porque el amarramiento no lo castiga la ley". Así dizque decía.

—Gallada buena, ¿no?

—Ahá.

—¿Se la habría enseñado algún abogado?

—Abogado ..... ¿Y para qué? Aquí habimos de vez en cuando algunos más mejores que los abogados mismo.

—Así es, pues.

—Ahá.

—¿Y el patrón por qué no hará lo propio?

—Don Merizalde no es p' al caso.

—¡Ja, ja, ja,!

El contador se estremeció. Sabíase culpable y temía que el patrón se enterara del asunto por los comentarios de los peones, formulados en alta voz. El, por su parte, suponía que don Merizalde "si era p' al caso", y sentía miedo. Por eso, cuando oyó los pasos del patrón, que empezaba a bajar las escaleras, se apresuró en salir de la "oficina" a la galería, lista en mano, llamando a la peonada:

—¡Sabino Montesdeoca!

◎ ▲ ◎

Abriéndose camino entre los peones, arremolinados frente al enrejado de la Caja, don Tobías Merizalde se llegó hasta un ban-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

co del soportal, a presenciar el pago. Observaba menudamente a cada uno de los que se iban aproximando al llamamiento del contador:

—¡Emérito Tomalá!

—¡Presente!

—¡Celestino Morán!

—¡Juirme!

—¡Napoleón Vergara!

—¡Aquí!

La mirada de don Tobías se fijaba en el peón nombrado y parecía como si tratara de reconocer algo en él, o en su voz, por la atención que prestaba a la respuesta del llamado.

El contador proseguía:

—¡Manuelón Ruiz!

—¡A l'orden!

—¡Belisario Aveiga!

—¡Juirme!

El patrón Merizalde sonrió como si hubiera encontrado la clave de su preocupación:

—Este había sabido ser —murmuró;— el mono Aveiga.

Esperó a que el cajero le hubiera pagado.

Cuando salía de la "oficina" lo interpeló:

—¡Mono!

—¡Patrón!

—Arrejúntate, que tenemos que hablar lueguito.

—Ahá.

◎ ▲ ◎

Concluida la paga, quedaron solos en el soportal don Tobías y Belisario Aveiga. El contador, en su enrejado, se dedicaba a constatar sus cuentas. Los trabajadores se alejaban por los senderos o a potrero traviesa, rumbo a sus rovachas.

Don Tobías dijo al peón Avei-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ga con voz tranquila:

—Eres loro mismo por la lengua, vos, Aveiga. Dende arriba te estaba oyendo tus chismorreos.

Aveiga no se inmutó:

—¡Vaya! Está bueno eso, y me alegro. Hay cosas que e' hombre debe saber lo más pronto.

El patrón Merizalde suspiró:

—Así es, mono.

—Pues, entonces .....

—¿Qué?

—Pues, entonces: ya sabe ¿no?

—Ahá.

—¿Y qué va hacer, ahora?

Don Tobías no respondió. Contempló un instante al contador cada vez más atareado en sus cuentas, y le preguntó al peón:

—Así que era con ése, ¿no, mono?

—Con ése .....

—¡Ah!

Le gritó al contador:

—¡Ey, Samaniego! ¡Venga p'aca!

Nervioso, pálido, trastabillando al andar, Samaniego se acercó:

—¿Qué decía, señor?

—Vea; arréglese su sueldito, tome también p' al viaje a Guayaquil, con sus corotos ..... y se me larga ahorita, ¿sabe?

—Señor Merizalde .....

—¡No me empalabrée! Ahorita agarra la manga, amigo.

—Pero .....

—Y si vuelve a ponerme las patas en la hacienda ..... lo castro, amigo, como a los bueyes, ¿sabe?

Sin dar atención a las protestas del contador, don Tobías, seguido de Aveiga, se encaminó al patio de los caballos, que se extendía a un costado de la casa. Interrogó al peón:

—¿Qué tal, Aveiga, lo que hice?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Bien, bien ..... Pero, el ternero que come yerba mala y se empipa, no tiene la culpa mismo ..... La culpa es de la yerba.

—Ahá.

—En este sucedido, pues ....

Verdadero o fingido, don Tobías mostraba un buen humor extraordinario:

—Ya, ya sé —dijo, riendo.

Agregó:

—¡Lástima que en esta época no haya mosquitos, para haber hecho lo que don Contreras! Aunque no es bueno imitar a naidien .....

Palmeó la espalda del peón:

—Cuéntame largo cómo mismo fué lo de don Contreras, mono.

Aveiga se resolvió:

—Decía— replicó— que el ternero .....

—Ya sé, ya sé .....

—¿Qué es lo que sabe usted, patrón? ¿Botar al tipo ese? Bueno, no me opongo Pero, ¿a su mujer? ¿Qué le hace?

—Nada .....

—¿Nada? Pero, entonces .....

Don Tobías se puso repentinamente serio:

—Nada .... —repitió;— ya no le puedo hacer nada a la pobrecita, ¿sabes? Ya es cadáver .....

Desenvainó el pequeño machete que llevaba al cinto. Estaba manchado de sangre reciente.

—Con esto la fregué.

Tornó a palmear la espalda del peón:

—Enseguida montas en el ruano y te vas a avisar al pueblo, para que vénga la policía, ¿oiste?

Aveiga no contestó. El patrón, riendo otra vez, añadió finalmente:

—Ya ves cómo yo también era p' al caso, mono ....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tencia que flagelaron todos los dolores concebibles.

En sus días remotos, doña Edelmira había sufrido todo: hambres, sedes, fatigas físicas sin-cuento; había padecido bajo la pobreza tremenda, sin esperanzas; había pagado tributos a la muerte, arrancándolos de sus entrañas fecundas:

—¡Seis hijos, señor! Seis hijos se me murieron en esa época, cuando levantábamos la hacienda. Cinco están ahí, enterrados uno junto a otro, como buenos hermanos, en el cementerio del pueblo. El sexto ..... No sé, de veras, si se me murió, o si lo perdí, no más ..... No sé ..... Se lo comerían los perros, quizás ..... O los tigrillos .....

Lloraba con apagado sollozo. Una cosa espantosa ..

Por entonces, con el marido, habitaba en la montaña, cortando madera. Quedó cierta vez el crío de pechos solo en la tienda de campaña. No fué hallado a la vuelta. No fué habido jamás. Y era penoso comprobar que esta vieja madre desventurada, tras cuarenta años corridos desde la tragedia, en ocasiones soñara vagamente con la posibilidad de encontrar al hijo chiquitín, o, siquiera, alguna huella de su fin fabuloso. Era angustiosamente risible

—¡Doña Edelmira!

—¡Señor!

—¿En

PARTICION

La vieja, doña Edelmira, sonrió una vez más, calladamente. No sé qué tenía su sonrisa, pegada a los labios delgados, apretada contra los dientes amarillos, que llenaba el ambiente de una miserable melancolía. Era como si una racha de viento frío soplara en la noche, estremeciendo las carnes desvestidas. Algo extraño, casi sobrenatural, fuera del corriente comercio humano, había en la sonrisa aquella de la anciana. No sería, después de todo, sino tristeza, nada más que tristeza, como extractada a lo largo de una exis-

Cuento del recuerdo tenaz

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

qué piensa?

—En nada .... En nada ..... Se llamaba Manuel, ¿sabe? Y era gordo como una bolita ..... Ojos claros .....

De nuevo la sonrisa aquella que me daba miedo.

Yo procuré, como de costumbre, distraerla, alejarla de ese campo erial de malos recuerdos, volverla al hoy pasajero, mejor por eso que el pasado inconmovible.

—Pues, viniendo a nuestro asunto .....

—Ya conoce mi deseo, señor. No cambiaré de parecer. Que mi cuñado tome la isla; yo me quedaré con esto.

—¡Pero, doña Edelmira!

—No hay pero que valga, amigo mio. Nada obtendrá con discutir.

Vea: mi resolución es .... ¿cómo se dice? ..... inquebrantable.

—Sin embargo, considere que.....

Yo intervenía como amistoso partidor de la herencia dejada por don Saúl Castro, marido que fué de doña Edelmira. Eran a sucederlo la viuda y un hermano del difunto, don David. Estos Castros, de Baba, fueron siempre gente al viejo modo montuvio: honrados, generosos, desprendidos, respetuosos de la última voluntad de sus parientes; y, en este caso, había todavía la circunstancia de que doña Edelmira era Castro, también, prima del muerto Por eso cuando yo fuí a ponerme de acuerdo con don David para la división de los bienes, me preguntó:

—Bueno, ¿y qué mandó Saúl? ¿Hizo testamento?

—No quiso hacerlo. Dijo que no había necesidad.

—¡Ah! Entonces, que resuelva Edelmira.

—Ella manifiesta que una vez le ordenó don Saúl que, cuando él muriera, ella tomara el ganado y una de las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

haciendas, y que la otra hacienda, el casco no más, sin ganado, sería para usted.... Pero, la ley ..... La ley acaso lo favorezca .....

Saltó don David:

—¿Qué me importa lo que diga la ley? Lo que me importa es lo que dijo Saúl. Así hay que hacer, como él quisd. Que mi prima escoja la hacienda que le acomode: la isla o la "Flor Bella". Ni las conozco bien. Eso es todo, señor.

Realmente, me asombré. El gesto de don David me conmovía tanto más cuanto que él era un hombre pobre, ya maduro y cargado de familia, que a duras penas conseguía ir viviendo No le di mérito a su actitud, sin embargo, ante doña Edelmira. Temí que, por su parte, la anciana correspondiera a esa generosidad y se crearan dificultades. Además, pensé en las innumerables sobrinas que viven a costa de ella, y con una de las cuales mi hijo mayor va a casarse. Me parecía que había que defender a doña Edelmira de su propia nobleza de alma.

Habitaba tan distante don David de su prima, que no había cuidado de que se entrevistaran alguna vez. Así, le expresé a ésta:

—Dijo don David que haga lo que a usted le parezca.

—¿Sí?

—Sí: no demuestra que haga afusia de la herencia de su hermano.

—¡Ah! .....

Y contra lo calculado, doña Edelmira escogió "Flor Bella". La "Flor Bella" es más extensa que la isla; pero, el terreno de ésta, de aluvión todo él, es infinitamente superior al de aquélla, casi de altura, y donde ya sólo mediante esfuerzos costosísimos produce el ca-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fé. Doña Edelmira no ignoraba estos particulares.

—Hasta la casa de la hacienda de la isla es mejor que ésta de la "Flor Bella", doña Edelmira, fíjese.

—Ahá.

Repetía mis argumentos:

—En esa casa de la isla murió don Saúl. Guarda muchos recuerdos para usted.

—Ahá.

—Está en los términos de Baba, cerca del pueblo. En el cementerio del pueblo están enterrados cinco hijos suyos.

—Así es.

—Bueno, ¿y entonces? ¿Por qué escoge la "Flor Bella"? ¿Quiere beneficiar a su cuñado, que tan poco cariño siente por don Saúl cuando ni se preocupa de sus bienes? Reconozco que obré poco decentemente al echar sombras sobre don David. Pero así son las cosas....

—Sea como sea, amigo mío, yo me quedo con la "Flor Bella".

—Pero, ¿por qué? Dígame siquiera el por qué.

Tanto insistí que al fin me lo dijo. Fué esa noche a que me refiero: Me hizo asomar con ella a la ventana. Entonces habló:

—Sé que aquí estoy lejos de mi tierra. Que esta hacienda no produce nada bien, ni piedras..... Que la casa de la isla es para mí una reliquia: allí murió Saúl.... Que en el cementerio de Baba....

Sé todo lo que Ud. dice; pero.... Señaló al campo lejano:

—¡Mire! No; mejor, no. Desde aquí lo veo yo; pero, ¿para qué ha de verlo usted?.....

Hay allá, por el río, un matapalo blanco. Al pié de ese árbol estuvo muchos años atrás un cobertizo.... La primera vez que me besó Saúl, fué en ese lugar.....

Sopló el viento helado que era la sonrisa de doña Edelmira.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Algo como esto,
sin tanta bambolla literaria, nos contó
en la ría de Pimocha, cierta tarde, en la toldilla de una lancha, entre vasos de cerveza, don Simón Ugarte,
sabio en letra colorada, tinterillo de malas artes, pero, a pesar de todo, según él, hombre de buena fé.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Como un problema ya sin posible solución, quedó ignorado para siempre entre las viejas y deslenguadas comadres de la cuenca del rio Caracol, el por qué Genara Frugone murió solterona.

—Ni un compromiso se le conoció, siquiera.

—Yo metería la mano en la candela por su doncellez.—Y yo, lo mismo.—Así es, pues.— Se hablaba de aquello en el velorio, mientras el cadáver de Genara reposaba en su caja blanca, entre flores de limone ro, al resplandor de las espermas.—Como vino al mundo, así se va, la pobre ..... —¡Ah! La luz rojiza de las velas le incendiaba de colores la pálida muselina del traje talar, y hasta osaba ponerle un sonrojo en las mejillas cristalinas, amarillas. Estaba bella en la muerte, como lo había sido en la vida, Genara Frugone. Con sus cuarenta años leves todavía, hundida en su sueño, parecía una muchacha de veinte. Se le ocurría a uno que podía levantarse de ahí y pasear, como antes lo hiciera, entre los naranjos y las pomarrosas del jardín, a la orilla del agua.— En la alcoba se apretujaba, llorosa, la familia: el padre, don Celestino, un italiano amontuviado, y la madre, doña Clara, una muña pareja había nacido Genalata. Porque de esta extraDon Celestino invocaba a todra Frugone, flor tropical. impetrándoles la resurrección os sus santos napolitanos, de ellos y los insultaba con pa de su hija; luego maldecía Clara gemía agudamente labras asquerosas. Doñado sólo cuando don Celestin y sin descanso, callan los sa ntos. Entonces, o se ponía a injuriar a hacie ndo un conj ella se santiguaba, como inere par al uro. Pero no se atrevía a ni a ce marido proceder. Des nsurarle su ba gimiendo por pués, continuasin hacer caso cuenta propia, tu v o enamora de nada.—¿No dos Genara?— preguntaba alguna de las concurrentes, en la sala. —Ninguno. —Es decir —corregía otra,—tuvo muchos; pero, ella no le co-

Cuento del amor desbordado

LA SOLTERONA

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rrespondía a naidien. Eso es —afirmaba una tercera;— pero tuvo muchos aficionados. Hasta un cura, ¿sabe?, el anterior al presente. Era un jovenito rubio, buenmozo .. Los curas no deben ser buenos mozos, ¿verdad, comadre?.... Eso queda bien para los soldados..... No parecía fraile, vea. Era gringo. Italiano, como el padre de Genara, dicen..... Ella, por supuesto, ni le miraba las patas; pero, al curita se le notaba a leguas el hambre que tenía.....

¡Ja, ja, ja!

Se escuchaba un shshsh prolongado, reclamando silencio.

—¡Hay que considerar al caláver! pontificaba un vieja comadre. —Porque a algo hay que considerar

—Si— rezongaba otra; —hay cosas que hay que considerar Pero, los jóvenes de hoy en día.....

Esto iniciaba un discurso de media hora.

Las versiones acerca del por qué Genara Frugose rehusó siempre casarse, variaban al infinito. Había algunas francamente divertidas, en tanto que otras resultaban cansadas o, simplemente, estúpidas. Pero la verdad sólo la sabían en la casa, en el pueblo, en el agro todo, dos personas. Había un tercero que también la sabía, pero de éste se desconocía hasta que siguiera viviendo.

Y en cuanto a las dos personas aquellas que estaban en el secreto, la más interesada en él yacía ahí, tendida en su catafalco, bajo una capa de flores de limonero. La otra era el padre Mata, que recibiera la última confesión de Genara.

El padre Mata era un sencillo cura de aldea, bueno, tan bueno que le tenían por tonto En su rincón de la sala, mientras mecánicamente repasaba las cuentas de su rosario, se debatía con ese secreto que lo hinchaba. Y el secreto era, por cierto, un secreto de amor.

—¡Oh, Dios mío!, —solicqueaba el padre Mata:— sé que he hecho mal, ¡perdóname!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Estaba la infeliz arrepentida ... Pero, no debí hacerlo ..... Sí; esas galas blancas, esos azahares, son una ofensa a las vírgenes..... Ella no lo era. Y, lo peor..... ¡Ah, Dios mío! Pero, ¿cómo iba yo a revelar su infamia? ¿Para qué? ¿Para qué? Yo podría arrancarle esa corona, cubrirla con una mortaja negra ..... ¿Y qué? Sería el escándalo, y tú has enseñado huir del escándalo, ¿no es verdad? Ahora, ya está en tu seno; júzgala. Nosotros.... Continuaba de esta suerte sin hallar reposo, ora creyendo que había obrado bien, ora que su silencio merecía la condenación eterna..... Y el secreto le quemaba; parecía salírsele del cuerpo; que le rebosaba, que iba a hacerlo explotar como una bomba ¡Comadres torpes que no daban tregua a sus lenguas, inventoras malvadas! Mas, sí; en algo andaban ciertas Era verdad que su antecesor en el curato, el padre Malatesta, estuvo enamorado de Genara; y algo más era, todavía, la verdad: que ella había sido de él ..... una vez .... no más (A pesar de todo, al pensar en esto el padre Mata, no podía hurtarse a un cierto pequeño orgullo profesional).

Una vez.....

– ¡Una sola vez padre! ¡Una sola! —repetía en su confesión de pocas horas antes esta Genara, ahora para siempre dormida.

– Pero ¡cómo pudo ser, hija mía! ¡Cómo pudo llegar a ser! Pues.... Genara tenía entonces diez y ocho años, y se enamoró. Y esto era todo. ¡Todo! El, por su parte, también se enamoró de ella.

¿El resto? Bueno ..... Una noche, en la iglesia ...

– "Sí, padre; en la iglesia ...." Discutieron largamente. El quería ahorcar los hábitos, fugar con ella y casarse. Decía que nadie, y mucho menos el Dios a quien servía, podía negarle su derecho a la felicidad. Ella

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no aceptó. Juzgaba monstruoso un hogar formado así. Un hogar maldito, decía. Fué entonces que él resolvió dejar el pueblo, pues aseguraba que no podia resistir más su tortura. Bajó a Guayaquil, gestionó con el Obispo y obtuvo que lo destinaran a una misión en el Napo Superior. Volvió al pueblo para arreglar sus asuntos; y entonces, otra noche..... La misma Genara lo insinuó.... Y se le entregó asi, llanamente, por su propia iniciativa .... Pero, antes, dizque le hizo jurar que se marcharia del pueblo de todos modos.....

El padre Mata no se atrevió a preguntar si lo que él llamaba "aquello" ocurrió también en la iglesia. Prefirió ignorarlo.

—Pero, ¡cómo pudo ser, hija mía! ¡Y tú lo tentaste! ¡Cómo pudo ser!

Genara contestó, sencillamente:

—Lo quería.

Su voz, en ese instante, parecía un poco de agua que se riega en un jarro.

—Lo quería.

El padre Mata había advertido en el sombrío rostro moribundo pasar una claridad de alegría al decir esto.

Ahora miró el rostro muerto, y se estremeció.

—¡Dios la habrá perdonado! —murmuró sin pensarlo mucho.

Meditó un momento. Habria sido una ilusión. Estaba en la faz de Genara, otra vez, la misma claridad jubilosa.

Sí; habría sido una ilusión.Quizás era el efecto de las luces que incendiaban de colores la muselina del traje y hasta osaban poner un sonrojo en las mejillas amarillas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se ha perdido una niña

—Al margen de los libros románticos—

Mi primo Claudio.—La narración que ahora reproduzco, y a la cual su autor calificó de poemática, la escribió mi primo Claudio poco antes de morir. Estaba entre sus papeles íntimos que heredé, por voluntad de nuestra tía Sagrario, junto con una caña de Malaca, veinte novelas de Felipe Trigo, un par de tiradores Presidente y varias corbatas a vivos rojos Mi primo Claudio gustaba mucho de los vivos rojos en las corbatas, en los pañuelos y en los calcetines. También gustaba del ron aferrante y de la cerveza helada. En sus frecuentes madrugadas bohemias prefería trasegar vasos de leche-tigre; esto es, leche con puro de 21º Claudio murió a los diez y ocho años, en flor de juventud y en olor de beodez, cierta noche plenilunar de mayo.—Lo mataron a tiros, en el cabaret grande de la calle Machala, tres gringos del "Santa Clara", vapor que estaba al ancla en la rada, cumpliendo su escala. Los gringos habían ido a bailar al cabaret, llevando consigo una rubia muy pintarrajeada.—Entre las debilidades de mi primo, se contaba la de creerse bello como Antonio y atrayente como don Juan; así, emprendió de inmediato la conquista de la mujerzuela.— Utilizaba

—Cuento al estilo viejo—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

como armas su sonrisa, que reputaba irresistible, y su detestable inglés escolar

Los gringos estaban tan borrachos como él, y parece que se ofendieron por los galanteos a la hembra. Hay quienes creen que mi primo, cuyo inglés era intuitivo y según mejor calculaba, se equivocó en un vocablo, que resultó injurioso como él lo pronunciaba.

Lo cierto fué que los gringos sacaron sus pistolas, y en menos de un minuto convirtieron el cuerpo de mi pariente en un arnerillo sangrante.

Al verlo así, la mujer dijo, en un castellano de erres difíciles, que ése era el tercer hombre en el mundo que moría en honor de ella.

Mi primo Claudio, tumbado de bruces sobre una mesita de kaolín, ya no podía decir absolutamente nada.

Con su definitivo silencio, la poesía ecuatoriana perdió un poeta de posibles valores antológicos, y las cantinas del puerto, un cliente asiduo y constante, que demoraba el pago de las cuentas a crédito, pero que las pagaba a la larga.

EL ANUNCIO

Hoy de mañana leí en el diario, confundido en el fárrago de avisos económicos, este reclamo breve: "Se ha perdido una niña". Y a continuación se daban las indicaciones y señas de la bebé huidiza. A lo que parece, la criatura decía ya, con su lengua enredada, torpecilla, ñoñamente musical: "papá" y "mamá"; quizás alguna otra palabra más.

Es de suponer que se reía anchamente, enseñando la gracia leve de los dientecillos de ratón Acaso sabría guiñar, con anticipada malicia femenil, los negros ojitos, y mezarse con ambas manos, peinándola, como una diminuta y morena Lo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

releY, la mata ensortijada de los cabellos color castaño oscuro. Y toda esta inocente alegria de dos años ralos, se agitaba dentro de una batita blanca de holanda, sobre unos zapatitos forrados de raso crema y bajo un enorme pompón de cintas en tono pétalo de rosa.

Había tal morosa delectación en describir a la muñeca y tal maña ingenua en ofrecer el cebo de la recompensa a quien la hallare y volviere, que era fácilmente comprensible que sólo una madre podía así describir a su hija, o un amante a su amante

Este aviso intrascendente, que leí hoy de mañana, todavía en el lecho, mientras se inundaba mi cuarto en la gloria del sol naciente, me ha hecho recordar una historia que ocurrió cuando era muchacho.

También se perdió una niña en la historia que voy a contar O, mejor, a cantar.

EL PRIMER ESCENARIO

Samborondón es la bien guarnida. Desde el Septentrión vigílanla sus perros Al Meridión, el río se curvesa en curvas que la ocultan: quiere dejarla como al fondo de un caracol de agua corriente, defendida y secreta. Y la aldea sonríe, agradecida. Antes, no ha mucho, precisamente cuando esta historia comienza, Samborondón estaba en francos y leales amores con el río. Ahora, no El Guayas riñó con ella por achares y de ella se va apartanto, día por día, dejándola tierra adentro, poniendo entre ambos una faja de playas limosas. El Guayas tiene costumbres arcaicas y se parece a los antepasados. No se corrige aún y es difícil que se corrija jamás. Odia lo moderno y se engríe re-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

 membrando lo que fué.

Los abuelos dizque colocaban una tabla, dividiendo el lecho conyugal cuando se peleaban. Algo como eso es la faja de playa samborondeña. El Guayas ha procedido igual que los antecesores.

Por detrás de Samborondón se extienden, hasta la raya del horizonte, los tembladerales verdosos, donde habitan los lagartos hambrientos. Los tembladerales comienzan en la misma tapia trasera del cementerio, que queda al final del pueblo, y estrechan a Samborondón en un prieto abrazo.

De eso estaba celoso el río.

Fué un viejo pleito que ha durado siglos y que el Guayas perdió.

Hay que suponer que Samborondón coqueteaba con sus dos amantes, y éstos no lograron avenirse. El pueblo es pequeño, si bien hay quienes aseguran que es muy grande. Nadie lo ha medido. Allá se es supersticioso. Corre una abusión popular: cuando se mide a alguna persona, ésta muere a poco. Es como si la midieran para su ataúd. Puede ser que la abusión se aplique a las poblaciones, y por eso nadie ha medido a Samborondón. Sólo cabe decir que va de estero a estero y del filo de los tembladerales al filo de la playa fluvial.

La aldea es tan linda como una muchacha montuvia aún no desdoncellada. Las casuchas se agrupan en torno de la iglesia y se desbandan luego a lo largo de las callejuelas que nacen en la plaza del parque.

Las mujeres son guapa, fornidas y recias: tienen ojos bonitos, boca chiquita y acorazonada, pechos altos, muslos duros y esbeltos y ancas poderosas. Con la forzosa excepción de las familiares de los señores feudales, casi todas las mu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

jeres se dedican a cocer, tallar y pulir el barro. Fabrican ollas anchurosas, torneadas cantarillas y jarrones de finas formas. Es una manufactura nativa, prestigiada de tiempo. Una suerte de oficio noble, del que se enorgullecen.

Los hombres labran el campo, ejercen la rabuteria o roban ganado. Aquellos que no hacen ninguna de estas tres cosas, anudan corrillos en los portales o vagabundean por las calles yerbosas. Visten pantalones de dril, cotonas de zaraza abotonadas hasta el cuello, y sombreros ligeros de paja. Algunos portan al cinto el machete filudo y pequeñín como una daga, o un yatagán de ejército. Son grandes "jugadores de fierro". Y su consumada maestría es indiscutible. Valientes de veras, comprometen su vida por una insignificancia cualquiera. Aman la pinta, las lidias de gallos y el aguardiente de caña. Les place jinetear potros indómitos y adoran la emoción de la sabana que va corriendo bajo el galopar de las bestias.

Las muchachas, en los amplios patios soleados, junto al mismo horno donde se cuece el barro, hacen rosquillas de maíz, empanadas y dulces de tipo monjil.

Venden los muchachos las obras salidas de manos de las muchachas. Arman agudos griterios en las balsas, ofreciendo los artículos a los pasajeros de las lanchas y vapores.

Viejos y viejas forman el beaterio, y entre sus filas se recluta el grueso de la feligresia parroquial.

El sol calienta como en todas partes; y, cuando la luna sale, consagra la aldea de exoteria. Entonces, Samborondón se propicia como escenario adecuado para un bonito cuento de amor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Eras tú, Catalina, flor de esa tierra samborondeña. Tú, júbilo de mis años niños, buen recuerdo de los días fugados, adorable salvajilla, naciste en las marcas parroquiales, hija de quién sabe quién en el vientre hospitalario de la bruja ña Maclovia, nuestra antigua servidora.

Referíanse de tu origen cosas extrañas.

Serías, según las gentes paisanas, engendro sacrílego de un cura párroco, que lo fué del pueblo: y juraban los vecinos que tenías una cruz en el paladar y un copón de cáliz bajo la lengua.

Por eso de tu padre eclesiástico, decían que ña Maclovia se convertía cada noche en una mula briosa e iba a dar coces contra la puerta mayor de la iglesuca.

Otros decían que eras el fruto de los amores de tu madre con un mercachifle griego que andaba por los caminos reales con el hato del negocio sobre las espaldas inclinadas.

No faltaba quien te atribuyera como progenitor al cacique fallecido, a quien ahora reemplazaba sin ventaja un nuevo cacique cualquiera.

Lo único que decía ña Maclovia respecto de tus orígenes, era que "le lloraste en la barriga", acaso —pienso yo— acobardada de su anchura y de su tenebrosidad, en las que te agitarías tú, pobrecita cosa pequeña, como un chagüis en un nido de ollero.

Aquello de tu llanto de nonata, te valió fama de adivina. Dirías el futuro. Prevendrías lo que iba a ser. ¡Sibila infeliz! No conseguiste jamás adivinar cuándo mi vieja tía Sagrario estaba de mal humor, y siempre te acercaste a ella, mimosa y zalamera, precisamente en las peores oportunidades. Te tocaban más azotes que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

a mí en el cuotidiano reparto, aún cuando ahora pienso si no harías todo lo posible para librarme a mí, tu prodigio, de parte de mi parte, tomándola para ti. Porque eras buena de hueso y me querías de adentro, como por allá se dice, ¡oh, tú, júbilo de mis años niños, recuerdo amable de los días fugados!

MAESTRA DE VIDA

He aprendido de ti tanto y tanto, que puedo decir que me enseñaste a vivir.

Todas mis habilidades de muchacho, se remontan hasta ti, mi humilde maestra.

Por ti sé cómo se flota sobre las aguas mansas y cómo se atraviesan a brazo luchador las vaciantes y los rápidos. Por ti sé cómo se trepa a los árboles de troncos nudosos, en cuyas ramas altas cuelgan las frutas.

Por ti sé cómo se monta a pelo, sobre el lomo liso de los caballos. Por ti sé el ardid de coger sin riesgo casas de avispas y palacios de hormigas, y el ardid de escapar de los perros furiosos, y el ardid de torear las reses alzadas. Por ti sé el significado de los medrosos ruídos del monte. Por ti se interpretar la voz de los elementos desatados, y sé que cada cosa aparentemente muda y silenciosa de la naturaleza, está hablando siempre, siempre, y sufre y goza al igual que los animales y los hombres. Toda mi ciencia campesina viene de ti, como de una fuente.

Y conozco también por ti el sabor de un beso puro.

Tus labios, púberes apenas, acariciaban sin mancilla mi orfandad de un lustro, siempre lloro-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sa y tímida, sujeta al férreo yugo de mi tía Sagrario.

EL VIAJE

Cuando estuve en edad de entrar a la escuela, mi tía Sagrario quiso que nos estableciéramos en Guayaquil. La buena señora necesitaba pretextos para sus futuras cuentas de curadora. La estada en el puerto abría camino al derroche de mi escasa herencia paterna, confiada a sus manos. Mi presunta educación iba a pagar los lujos de mi tía: sus mantas de seda, sus zapatos de charol, la batista de su ropa interior, sus misas a las ánimas y sus novenarios.

Tú y yo lloramos al separarnos del pueblo. A mí me ilusionaba un tanto la novedad del viaje. A ti, no. Te veo en mi memoria, como estabas en ese trance de la embarcada: sostenías con una mano el lío de tus corotos, y con la ótra, la jaula del perico habladín. Te corrían las lágrimas por el rostro y tus ojos estaban abotagados. Al verte así, mi tía te trató de imbécil y te haló de la oreja hasta que pediste perdón.

Durante todo el viaje no cruzamos palabra.

EL SEGUNDO ESCENARIO, LOS PERSONAJES, LAS ESCENAS

En Guayaquil sufrimos hasta lo inconcebible. Fué nuestra viacrucis y nuestro calvario. Muy tarde ha sido, para cada uno, nuestro monte Tabor.

Tía Sagrario se extremó en torturarnos. A ratos parecía como si se hubiese

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vuelto loca. Nos flagelaba con un largo látigo. Nos privaba de la merienda. Nos hacía rezar oraciones, hincados sobre las piedrecillas menudas.

Impedía que nos acostáramos en la cama, obligándonos a permanecer sentados, vencidos de hambre y de sueño.

Nos mantenía de pié durante largas horas, meciendo su hamaca, mientras ella desgranaba el rosario o leía novelones.

Su cólera subía de punto cuando no venía el señor Fernández.

Este señor Fernández se había hecho amigo de mi tía a poco de nuestra llegada a Guayaquil y la visitaba con frecuencia. Después he comprendido que era su amante y que la explotaba.

El señor Fernández era un cuarentón regordete y bajo de estatura, con bigotes a lo kaiser Guillermo II. Hablaba con voz aflautada y olía a suciedad y a agua de Florida.

A mí me odiaba descaradamente; me llamaba "animalejo estúpido" y me propinaba coscorrones. Sin duda veía en mí un obstáculo para su futuro reposado, al lado de mi tía, disfrutando los dinerillos de mi padre. Estoy convencido de su deseo de que me aplastara un automóvil o me apestara de bubónica.

En cambio a ti, Catalina, el señor Fernández te devoraba con los ojos.

Por distintos caminos, la conducta del señor Fernández nos irrogaba daño.

Por solidarizarse con él, tía Sagrario arreciaba su odio contra mí. Presintiendo en tí una rival de sus amores, tía Sagrario te odiaba más.

Y nuestros cuerpecillos pagaban las consecuencias.

Tía Sagrario se indignaba contra tus senos erectos de vírgen, que inocentemente anunciaban su pezón bajo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la blusa, temblorosos y frágiles.

—Esta mujer anda provocando a los hombres con esas dos cosas puntonas, ¡so indecente! —decía

Y te hacía fajar el busto como a un mamoncillo.

Luego luchó contra tus caderas saltarinas y redondas, que se sacudían cuando andabas con ese paso tuyo ligero, de animalillo joven.

Cosió para tí holgados trajes de sempiterno azul, semejantes a esas batas que usaban para el baño las mujeres del pasado siglo. Pero, era inútil empeño tratar de esconder la alegría de tus encantos recientes, la gloria de tus gracias de crepúsculo matutino. Saltaban por ahí, por donde se esperaba menos: ora era un rizo caedizo, ora tu mirar adormilado, ora una risa o un ademán.

Hay que compadecer un poco a la tía Sagrario.

Debe haber sufrido mucho al no poder vencerte.

LA ESCENA
MAXIMA

Lo terrible ocurrió la vez que tía Sagrario sorprendió al señor Fernández abrazandote en una esquina del salón, mientras tú forcejeabas por desasirte.

No se enojó con él. En cambio, desfogó sus iras contigo.

—¡Corrompida! ¡Ah, eres una corrompida! ¡Y una ingrata! ¿Es que no me agradeces el bien que te he hecho al recogerte para que no fueses una perdularia cualquiera?

¡Ah, cuánta maldad, Dios mio; cuánta maldad!

Si entonces yo hubiera sido capaz de comprender, habría sentido lástima del furioso dolor de aquella vieja celosa. Pero, todavía mis ojos no habían mirado para la honda sima donde se debaten las pasiones humanas, y no comprendí.

Rodaste, a golpes, por el suelo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tumbada de espaldas, parecías una pequeña muertecita, y yo lloré, creyéndote perdida para siempre.

Tía Sagrario se recluyó en su alcoba.

Al poco rato oí que ella también lloraba, con unos profundos sollozos que la ahogaban.

LA DESPEDIDA

Seguramente en esa ocasión fué cuando resolviste escaparte.

Cierta noche —alta noche sería— me desperté, sintiéndote próxima a mí. Te habías sentado al borde de mi cuna y me besabas.

—¿Me extrañarías, Claudio, si me fuese? —inquiriste— Pero no dejaste que respondiera.

En seguida hablaste de nuestro pueblo. Trajiste a la memoria todas las cosas bonitas que vimos juntos. Y terminaste por repetir alguna de esas historias montuvias que me contabas allá, al anochecer, en la cocina de nuestra casa samborondeña, mientras lavabas los trastes y yo me mecía en la hamaquita de jerga, que colgaba en la puerta de la azotea.

Creo que esa noche me narraste la historia de la india encantada.

Esta india, que entre los suyos fué princesa, mora en una cueva en la cumbre del cerro grande de Samborondón.

En los plenilunios sale a bañarse, desnuda, con rayos del astro, que recoge en un mate de oro.

Escuchando esa historia me dormí.

LA FUGA
LA MUERTE

Y al día siguiente ya no estabas en la casa.

Se te buscó por todas partes, pero no se logró dar con tu paradero.

No he vuelto a verte más.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sin embargo conozco tu breve novela. Primero, un cuartucho de hotel, luego, un zaquizamí de arrabal; al cabo, el prostíbulo. Primero, un hombre; luego, muchos hombres, todos los hombres. Después del prostíbulo, el hospital; y más tarde, la morgue y la tumba.

Uno que sin duda te amaba, hurtó tu cuerpecillo a la fosa común.

Compró una sepultura para tu cadáver, en la colina del Carmen, y además una cruz de madera con tu nombre.

Alguna ocasión, borracho, he pasado por frente al cementerio de los pobres y se me ha ocurrido ir a tu tumba a visitarte.

Mis amigos lo han impedido.

Estando sin alcohol, no he ido jamás. Ignoro por qué.

Mas, estoy seguro de que abrigo por tí, o mejor dicho, por tu recuerdo, un sentimiento que tiene poco de compasivo y que se parece mucho al de aquel desconocido a quien debes los seis metros de profundidad que te ocultan para siempre.

EL GESTO DEL MUCHACHO

Es para reírse. Me río yo mismo. Pero, yo era así de muchacho.

Hay que considerar que me crié en la orfandad, que no tuve mimos y que nadie me engrió. Me agarraba a cualquier emoción desesperadamente. Y era sentimental y romántico sin saberlo.

La vecina pulpera perdió una vez su gato, y puso un aviso en la puerta de su tienda: "Se ha perdido un gato romano, con un ojo amarillo y el otro verde. Se llama Juan. Le regalaré cuatro reales a quien lo traiga".

Yo imité a la vecina.

Recatado de los ojos de mi tía, pegué un papelito

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en un rincón del zaguán. Decía allí que te habías perdido, daba tu nombre y te describía a mi modo. Ofrecía a quien te volviera, mi mejor juguete: una caja de soldados pomeranianos, regalo de mi padrino.

Pero, nadie te tornó a mi.

Los pomeranianos, encerrados en su cuartel de cartón, perdieron sus colores metálicos y se enmohecieron.

El papelito amarilleció y acabo por caerse.

Una tarde se iría, barrido a escoba, en el carretón de la basura. Y nada más.

EL RECLAMO

Sin duda no daba bien tus señales cuando no te volvieron a mi.

No sería por lo borro de la recompensa. Estoy seguro de que el hombre es bueno. Cualquiera que hubiera leído el reclamo, te habría traído a mi lado. Sí; el hombre es bueno.

Ahora podría describirte mejor.

Diría:

—Se ha perdido una niña. Es flor de la tierra samborondeña. Su carne es del mismo color del barro cocido, del barro conque las hembras paisanas fabrican las ollas anchurosas, las torneadas cantarillas y los jarros de finas formas. Su pelo es renegrido y zambo; pero, en cambio, su boca es chiquita y acorazonada. Sus senos son altos; sus muslos, duros y esbeltos; y sus ancas, poderosas. Su risa semeja el relincho de una yegua de vientre, suelta en la sabana. Su llanto parece el arrullar de las pintadas colembas en los porotillos orilleros. Ama los caramelos de limón y el silencio; mas, de estar alegre, charla como un periquito hablantín. Mira siempre tímidamente, como un chaguiz apresado. Cuando anda, todo su cuerpo salta en un zangoloteo inocentemente lascivo: brincan sus senos, cim-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bran sus caderas, su carne tiembla y se estremece. Toda ella es un maravilloso juego de complicado resortaje. Sólo los potros indómitos, corriendo por las pampas, pueden comparársele.

INVOCACION FINAL

—¿La has visto tú, mujer de la calle? ¿La has visto tú, hombre de la calle?"

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LA CARACOLA

CUENTO SIMPLE

Hay cosas realmente difíciles de entender, bien se me alcanza. Sobre todo, cuando uno no se halla dispuesto a entenderlas. Entonces, no es posible, aun que le sean ofrecidas a plena luz, captar siquiera la silueta de ellas, mucho menos su pequeño espíritu escondido.

Esto les ocurrió a mis oyentes de la cocina conventual de Pueblo Viejo, cuando yo les narré la historia de los vagos amores de Samuel Morales con aquella graciosa muchacha guayaquileña que se llamaba, si no recuerdo mal, Perpetua, o algo por estilo.

Empero, la hora para narrar era propicia. Acabábamos de merendar, y estábamos aún en torno de la gran mesa, que presidía el cura de la aldea, saboreando con deliciosa lentitud nuestro café aromado.

El párroco contaba hacía un instante el "ejemplo" del montuvio sordomudo, devoto de la Virgen. Este se había salvado, porque, ingenuo irreverente, cada vez que pasaba frente a la iglesia arrojaba un pedruzco contra el icono, sin duda para testimoniar su creencia: por los agujeros que hicieron sus pedruzcos en el manto de la Madre, entró en el Paraíso su alma ignorante, pero empapada en la más severa fé religiosa.

Como soy hombre de lecturas, recordé en seguida la leyenda de aquel hermano sirviente que antes fuera juglar y el cual, para congraciarse con la Virgen, realizaba sus juegos malabares delante del altar. Recordé de un modo exacto que esta leyenda la redactó ha muchos años, en lengua moderna, Anatole France, tomándola de viejos textos feudales.

Mas, para no contrariar al párroco, nada dije. El pensaba que el "ejemplo" del montuvio sordomudo era de una indiscutible originalidad, es decir, de una autenticidad indiscutible. Citaba nombres, lugares y fechas, y hasta circunstancias tan precisas como la de que, el día en que murió el devoto, y su alma inmortal voló a los cielos, estaba lloviendo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No obstante, la historia de amor que la evocación me trajo a la memoria y que entonces narré en la cocina conventual del Pueblo Viejo, no fué entendida por mis oyentes, quienes, sin duda, no quisieron entenderla....

Narrador incomprendido, la escribo para el gran lector.

Es un suave desquite del que, por desgracia, jamás se tendrá noticia en la remota aldea del agro montuvio, donde fracasé.

◎ ▲ ◎

Como es de buena técnica comenzar presentando a los personajes, antes que nada describiré a la muchacha que se llamaba Perpetua o algo por el estilo.

Para mis paisanos, con decir que era guayaquileña ya la he descrito brillantemente; pero, como quiero creer que me leerán incluso extranjeros, debo añadir que, además, era morena.

Con esto si me parece que es bastante.

El general José de San Martín creía lo mismo que yo; y así se lo expresaba a su amante guayaquileña, la "Protectora"

◎ ▲ ◎

Samuel Morales era dueño de una canoa vivandera, en la cual navegaba, en plan de comercio, por los ríos montuvios.

Se le conocía venir, desde lejos, por el prolongado grito de su caracola, que sonaba como un cuerno de caza.

Las patronas ricas se agitaban en sus cocinas:

—Hay que renovar la provisión.

—Ahá.

—Harinas. Sobre todo, harinas. Y víveres serranos. Llámenlo.

—¿Para qué? Ya apegará. Siempre lo hace.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En efecto, jamás Samuel Morales dejaba siquiera de acercarse a alguna casa, por humilde que fuese. Aquí decía:

—¿No se les ofrece nada?

—Nada, mismo.

El vendedor ambulante recitaba de corrido la retahila de sus artículos.

—Nada, don Morales; no queremos nada.

Samuel Morales meditaba un momento. Luego, decía a la compradora remolona:

—Si necesita, lleve no más lo que sea, patrona. No importa que no tenga platita. Me pagará otra vez cuando mismo pueda.....

Le compraban.

El conocía a su gente miserable, a su gente "que no tenía platita".

Por supuesto que cobraba después, casi siempre. No sabía leer. Contaba, apenas. Pero tenía una memoria maravillosa:

—¿Se acuerda, doña Angelita? El día del aguacero grande del mes pasado, le dejé .....

Y seguía una lista de menudencias, con precios en centavos y medios centavos.

Mas, no exigía. Cuando advertía que era menester, daba más crédito, todavía:

—Lleve, no más. Me pagará cuando venda el arroz. No se preocupe.

Refería se que, en ocasiones, hasta ayudaba a sus clientes con pequeños préstamos y en toda forma que le era factible.

Cierta vez, la viuda Moreno, que le debía diez sucres, lo llamó:

—¿Podría dejarme, don Samuel, cuatro velitas?

—¿Y comida? ¿No quiere comida?

—No; sólo las velitas.

—¿Y para qué, ah? ¿Para qué?

La viuda se echó a llorar. Morales su-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bió a la casa. En media sala, en el piso de tablas, estaba tendido un cadáver infantil.

La viuda explicaba absurdamente:

—Se me murió, ¿sabe? ¡Era mi hijo y se me murió! Y necesito cuatro velitas. ¡Le pagaré lo más breve!

Samuel Morales bajó hasta su canoa. Volvió luego con un paquete de cirios y unas varas de tela blanca.

—Aquí están las velas, señora. No le cuestan nada, mismo. Y este rúan..... P' al ataucito, ¿sabe?

Así era Samuel Morales, comerciante montuvio.

◎ ▲ ◎

Sólo en las novelas el amor principia desde un límite fijo y determinado. En la vida real, la cuestión sucede de manera distinta. Va naciendo sin saberse cómo. Se va formando —eso es— como las nubes tupidas en el cielo claro: empiezan por ser apenas una mancha turbia contra el azul hasta preñarse de negrura y de amenaza.

Nadie podría decir, y mucho menos ellos mismos, pues jamás supieron exactamente si se amaban; nadie podría decir, ni siquiera las bravías comadres de la orilla, cómo se iniciaron los amores de Samuel Morales y la muchacha guayaquileña.

Ella pasaba vacaciones en la hacienda de unos parientes —"El Tesoro",— en las riberas del Vinces.

El frecuentaba aquellas zonas con su canoa vivandera, anunciando su ambulante comercio con el canto de la caracola.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Desde Vuelta Perdida —una curva inútil del río,— Samuel Morales sonaba su caracola. Se detenía en el muelle de la hacienda, y negociaba con las gentes de "El Tesoro". Luego se alejaba a remo lento. En la Vuelta de los Tamarindos, hacia el Norte, antes de perderse detrás de los árboles solemnes, sonaba otra vez la caracola. Ella, asomada en la gran galería de la casa, lo miraba.

Volvía él luego por la noche, hacia el sur, para rehacer su camino en la mañana.

Y esto ocurría cada día.

◎ ▲ ◎

En propiedad, aquí cabría concluir la historia de estos vagos amores, en los que no aconteció nada de extraordinario. Mas, como también es de buena técnica anudar incidentes en la narración antes de arribar al desenlace, procuraré recordar alguno y relatarlo.

◎ ▲ ◎

Cierta ocasión ella se sentiría un poco niña. Lo era, después de todo, con sus diecisiete años alocados, sus trajes de organdí y su melena en alborada. Quiso comer caramelos de color, y bajó hasta la rambla a comprarlos de la canoa vivandera.

Samuel Morales sintió algo muy extraño en su cuerpo y en su espíritu, al contemplarla tan cerca de él. Habría querido no recibir la monedita que le extendía; pero, no juzgó prudente hacerlo. Se desquitó entregándole más caramelos de la cuenta: el doble, el triple del valor de la compra.

Luego, de improviso, le inquirió:

—Usted, señorita, ¿sabe nadar?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ella contestó que sí, que sí sabía nadar y agregó:
—¿Por qué me lo pregunta?
El apenas supo responder:
—Por nada, vea; por nada.
—Ah.....
Pero, Samuel Morales mentía. Era que ahora sentía su corazón heroico, vibrante en un hazañoso impulso irrefrenable. Le hubiera gustado, por ejemplo, que ella no supiese nadar y resbalara al río..... El la habría salvado entre los brazos fornidos, oprimiéndola contra su ancho pecho de remero.
—Usted regresa de noche, señor, para volver de mañana, ¿no?
—Así es.
—¿Y por qué no suena la caracola?
Nada impidió que él le dijera entonces:
—La sonaré..... despacito..... para que usted me oiga, no más.
Ella sonrió levemente.
A Samuel Morales le pareció en ese momento que su canoa no se balanceaba en las sucias ondas del Vinces, sino en verdosas aguas de Kananga, su olor favorito.
Desde aquella ocasión, cada noche sonaba su caracola en la Vuelta de los Tamarindos y en la Vuelta Perdida, al rehacer el camino. Ella, desde su cama, bajo el toldo que la defendía de los mosquitos y de los primos resbaladizos, lo escuchaba y, medio dormida, sonreía.
Así transcurrieron los meses hasta que la muchacha porteña que se llamaba Perpetua o algo por el estilo, dejó la hacienda para reintegrarse a su colegio de Guayaquil.

◎ ▼ ◎

Por supuesto, en el río Vinces ha seguido sonando la caracola de Samuel Morales.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pero, ahora su canto es triste, como el de las valdivias, que anuncian la muerte bajo la noche medrosa.

◎ ▲ ◎

La muchacha no volvió jamás a "El Tesoro". Seguramente se habrá casado y tendrá un rondador de chiquitines. Pero hasta mucho tiempo después de su estada en la hacienda, hasta cinco años después, para ser preciso, cada vez que se sentia tomada de melancolía, imitaba, con su dulce voz virginal, el canto de la caracola navegante.

Era curioso constatar que ello le traia una plácida consolación.

◎ ▲ ◎

Esta fué la historia de amor que no quisieron entenderme mis paisanos de Pueblo Viejo, minúscula aldea perdida en el agro montuvio.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LA CIUDAD ABANDONADA

I

—Ignoro donde se originó la historia que voy a contar. La verdad, tampoco estoy muy seguro de si sucedió alguna vez. Probablemente, sí. A lo mejor ocurrió en cualquiera de esas islas del Pacífico nuestro, que solían visitar el Inca Tupac-Yupanqui y el Inca Huayna-Capac y en las que, según es fama y lo afirman los más severos cronistas de Indias, aquellos soberanos fundaron maravillosas capitales. — Poco más o menos así se expresó el capitán de altura Pedro Eusebio Santos, reputado como el más experto piloto de la derrota a las Galápagos. — El capitán Santos era un marino de bastante ilustración profesional. Conocía bien su oficio, y de su serenidad y pericia se hacía lenguas la gente de mar en las noches de alcohol del barrio de la Tahona. Sin embargo, gustaba de dar ble que Santos cu imaginación; rienda suelta a su crédito detuvo gravemen- y en ocasiones, por tales licen- hombre veraz es trevo a calificar te comprometido En fin, cada cias, que me a sus padres lo hu- de desmesuradas. cosa de que me quien es como hora a enmen- bieron, y no es par de cholos ponga yo a esta ron el ser en darle la plana al florón de la ma- bravos que die ecuatoriana, re- Malabrigo a ese rina mercante

Cuento para Revista Gráfica

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

putado como el más experto piloto de la derrota a las Galápagos. Sea como fuere, el capitán era así.

Por lo demás, lo único que altero de su narración es la manera de exponerla: mientras él la hacía deslizar plácida, igual que corre el Guayas por su isla natal de Malabrigo, la agito yo con el diálago. Y esto es todo.

II

Felipe Pérez volvía de tierra adentro. Tres días hacía que faltaba de su bohío de la playa, junto al mar. En la puerta lo esperaba su mujer.

Desde lejos, Felipe Pérez gritó:

—¿Qué hay, Catalina?

Catalina era una hembra tranquila y hacendosa. En ese instante amputaba las agallas a un cazón gigantesco. Concluyó su operación y alzó los ojos para su marido.

—¿Qué hay Felipe? —dijo—
¡Te has tardado!

—Ahá. Anduve lejos. Por allá.

Con la mano señaló hacia la cordillera que dominaba la isla.

Estaba preocupado el hombre.

La mujer lo advirtió en seguida.

Le preguntó:

—¿Qué has cazado?

Felipe mostró la bolsa de cuero de venado. Estaba vacía.

—Nada— respondió.

—¡Y has demorado tres días!
¡Y has andado por los cerros!

—Ahá.

Se recogió de cuclillas y se quedó silencioso.

Insistió la mujer:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Se te mojó la carga? ¿Se te dañó la escopeta?

—No.

Felipe Pérez no desviaba la mirada de la cordillera remota, cuyos picos humosos, desdibujados, tapaban el horizonte, contra el cielo profundo.

De pronto, dijo:

—Con ese pescado harás una cazuela, Catalina. Pero, ahorita.

Tengo un hambre que no veo.

Así parecía ser, en efecto. Que no veía. Se restregó los ojos con las manos, e inclinó la mirada perdida, apartándola de los cerros.

III

Por la noche —esa misma noche— Felipe Pérez le hizo a su mujer la confidencia.

Estaba revolviéndose en la piel de vaca, sin curtir: friolento por la brisa que venía del mar.

No había podido dormir. No podía dormir.

Y la luna estaba alta.

Al cabo le hizo a su mujer la confidencia:

—¿Sabes, Catalina? Allá, en los cerros, he encontrado un pueblo. Está vacío; es muy grande, y las casas son de piedra. Ha de ser algún pueblo de los indios, quizás. En las casas hay muebles y todo. ¡Fíjate lo que hallé en úna!

Le enseñó a Catalina una figurita de metal que rebrilló a la luz de la luna.

—Parece un santo —murmuró la mujer.

Felipe Pérez asintió.

—Y es de oro —dijo.—Hay muchos así. ¡De oro! Yo no pude traerlos. Pesan como una tortuga.

De improviso el hombre se irguió sobre la piel de vaca:

—Nos iremos allá, Catalina, nos iremos a vivir allá,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿verdad? ¡Seremos ricos! Mañana nos iremos.
La mujer se conformó. Pero, no deberían ir solos. Sería peligroso. Tendrían que invitar al compadre José Inés Zambrano, y a su tío, Zabulón Banchón, el pescador. Irían los cuatro. Dejarían para siempre Punta Podrida, este pueblo pobre y hediondo.
Así ocurrió. A la semana siguiente partieron los cuatro: Felipe Pérez y su mujer, José Inés Zambrano y Zabulón Banchón.
Se instalaron en el poblado indio y saquearon cuanto pudieron. Estuvieron solos un tiempo; pero, los habitantes de Punta Podrida averiguaron el asunto, y siguieron en breve la ruta de sus convecinos.
Después de poco todos se trasladaron allá.
Punta Podrida quedó abandonada. La maleza la fué estrechando en un abrazo prieto, y la invadió el hedor de la marisma, acabando por sumirse en él el último humor humano.
Soplaba la brisa del mar .....

IV

La nueva ciudad fué rica y hermosa. Se la llamó Santa Fe. Sus pobladores vivían de la caza del oro. Lo buscaban por todas partes, removiendo escombros y escarbando tumbas. Más adelante tropezaron con una mina y la explotaron.
Habían construido una soberbia carretera hasta el mar, y en la costa, un puerto. Este puerto quedaba justamente opuesto a la antigua Punta Podrida, de quien nadie se acordaba ya.
Pasaron varias generaciones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

V

Emilio Pérez detuvo su automóvil frente a la casa de su novia.

Transpuso el zaguán blasonado. Trepó a zancadas abiertas las escaleras de mármol, anchas y suntuosas.

—¡Santa!, ¡Santa!, —gritó.

Lo recibió la muchacha en el gabinete íntimo. Por las amplias ventanas se metía el rumor ensordecedor de la ciudad atrafagada. Había que alzar la voz para oirse.

Hablaron largo rato. Trazaron proyectos. Soñaron ensueños. Les era rosada la vida.

—Nos casaremos para abril.

—Cuando el verano amanezca.

El hombre anunció, jubiloso:

—¿Sabes, Santa? Ya terminaron nuestro bungalow en la hacienda. Está a la orilla del mar. El sitio aquél se llamaba antes Punta Podrida.

Lo leí en un mapa antiguo. Feo nombre ¿verdad? Sería porque habría allí una marisma. Y apestaría, sin duda. Pero ya se ha secado.

—Ahá.

Santa Zambrano sonrió dulcemente a su novio, Emilio Pérez.

Descendía esta pareja de los compadres José Inés Zambrano y Felipe Pérez, vecinos que fueron de Punta Podrida.

Pero la pareja lo ignoraba.

VI

Se casaron por abril, cuando amanecía el verano. Partieron a Punta Podrida y pasaron en su agria soledad la luna de miel.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Un día, Santa dijo a su marido:

—¡Viviría siempre aquí! Es maravilloso este paisaje. Está una en contacto con la naturaleza. Más cerca de Dios.

Ella era romántica. El estaba romántico. Le preguntó a la compañera reciente:

—¿Lo quieres de veras?

—¡De veras! Me enloquece el ruido de la ciudad. Ansio vivir aquí.

—Pienso como tú, Santa. Somos ricos; demasiado ricos, quizá. Viviremos aquí por siempre. Podemos hacerlo.

VII

Cierta vez marido y mujer paseaban por la playa. Era una noche de plenilunio, y la brisa del mar pretendía alisar la arena.

Al andar, Santa tropezó.

—¿Una piedra?

Se inclinó Emilio:

—No; es un cacharro de arcilla.

La recogió. Lo contemplaron un instante y lo arrojaron luego.

—¿De los indios?— preguntó ella.

—No; fabricación posterior.

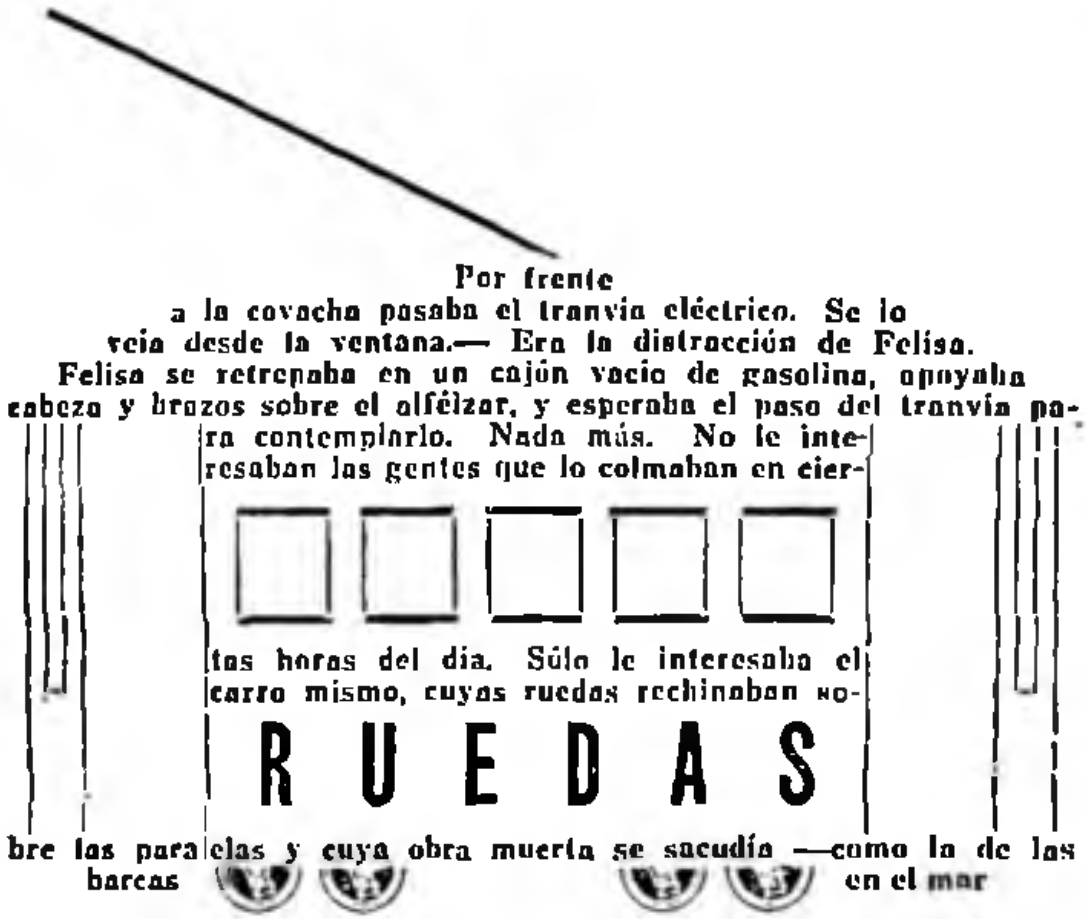
Colonial, talvez— respondió él con suficiencia.

—¡Ah!..... ¿Habrán vivido antes hombres aquí? Hombres que soñarían como nosotros, en este ambiente cordial, bajo este cielo, frente al océano .....

—No; eso no es de creer. Acaso, una estación pesquera. Gente de tránsito. Aventureros. Piratas. En fin, todo puede ser. No sé ....

Siguieron caminando. Más lentamente, ahora. Sus pasos dejaban huellas oscuras en la arena mojada. Parecían duraderas esas huellas. Luego, la marea crecida se encargaría de borrarlas, ...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



nervioso,— con la velocidad desconcertada.

Los rieles se tendían por encima de un muro de cascajo, elevado sobre el nivel de la calle lodosa, sabana en albor

Desde su observato-
de 'urbanización.
rio, a filo de ojos, Felisa podía mirar las ruedas. Le era preciso forzar un movimiento de cuello para ver lo demás, abandonando su posición cómoda.

Sería por eso talvez que no se preocupaba si-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no de aquella parte que le era más fácil mirar: las ruedas.

Desde lejos, arrastrándose más que revolviéndose sobre los aceros faltos de grasa, anunciaban la llegada del tranvía con un chirrido agudo y penetrante que se metía oído adentro como un punzón.

Felisa conocía la voz vibrante de las ruedas. Distinguía sus acentos. A veces entendía que venían alegres, rientes, jubilosas. Esto sucedía casi siempre por las mañanas. Ya anochecido, las ruedas iban cansadas, vencidas por la fatiga de la jornada laborinsa. Entonces, su grito no era ya como un campanillar ni como una clarinada. Percibíaselo sordo, ronco, ancho, semejante a la hueca percusión de una tos de pecho.

Además, la voz de las ruedas se modulaba en palabras.

Los seis años de Felisa habían hecho ese descubrimiento trascendental.

Las ruedas hablaban y se podía dialogar con ellas. Respondían a las preguntas y preguntaban a su turno. Daban los buenos días y las buenas noches, como muchachitas bien educadas. En ocasiones muy raras, estarían tan contentas y serían tan dichosas que hasta cantaban.

Felisa las comprendía. Decíanle:

—¿Có-mo-es-tás? ¿Có-mo-es-tás?

Ella contestaba:

—Bien.

Y las ruedas se alejaban, repitiendo, quizás satisfechas de la salud de su amiguita:

—Bien ..... Bien ..... Bien .....

Hasta que a la distancia aullaban de dolor, al doblarse para la curva violenta de la línea.

Cuando Felisa no estaba asomada al ventanuco, las ruedas, extrañadas, la llamaban:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Fe-li-sa ..... Fe-li-sa.

Sobre su muleta y su piernecilla útil, Felisa corría a atender el requerimiento urgente.

Las ruedas la saludaban, y ella correspondía a la salutación.

Un día, Felisa escuchó a un tartamudo, de quien se mofaban las gentes vecinas. Se entristeció. Las ruedas hablaban así, gangueando un tanto ..... Quién sabe si de ellas también se mofaban las gentes .....

A la tarde las increpó. No había que balbucear, cortando las palabras. Estaba muy feo eso. Todos se burlarían.

Las ruedas enmendaron su vicio. Jamás volvieron a hablar de esa laya. Ahora su voz se arrastraba suavemente en los enlaces de las sílabas, pero ya no se tronchaba en los ganguens cascados.

Felisa se dió cuenta entonces de que las ruedas la obedecían porque la amaban.

Ella las amaba, también.

Extraordinariamente.

No amaba tanto a su muñeca de cartón, recuerdo de las navidades últimas. No amaba tanto a su carretilla de madera, modelo chiquitín de aquela en la que el padre vendía, por el suburbio aledaño, helados de color "a la minuta".

Por eso Felisa quería tocar las ruedas. Acariciarlas. Besarlas. Abrazarlas como a la pepona.

Ella no sabía que las ruedas son como las aves grueras que destrozan a las palomas indefensas. Como los jaguarillos, que devoran a los pequeños perros. Como trapiches para moler la carne de los hombres .... Ella sólo las había oído cantar .....

Cierta mañana Felisa logró hurtar-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se a la vigilancia casera. Salió a la calle, trepó la calzada y se quedó sentadita, cerca de la línea, esperando el paso del tranvía.

Habíase puesto el trajecito blanco de domingo. Su carita estaba ancha y risueña. Los cabellos, que parecían azumados en negro, caían sobre sus hombros en rizos ligeros. La muletita, colocada junto a la pierna paralítica, aparentaba una levedad de junquillo. Todo era un cuadro gracioso, bajo el sol de media mañana, sobre la miseria de la calle sórdida. El tranvía se aproximó. Intentó detenerse. Alguien indicó a Felisa que se apartara de la vía.

Pero, Felisa estaba cerca de una rueda. Iba a besarla. La tocó, primero, cariñosa.

La rueda giró despacio .....

Felisa se aproximó más a ella.

Y la rueda giró a prisa, arrastrando consigo a la chiquilla.

Fué un remolino de hilachas blancas y un salpicar de sangre, como cuando las aves grueras destrozan a las palomas indefensas.

Ahora todas las ruedas cantaban.....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En la vega estaba el arroz esp lgón amarillecido. Calentaba el sol, dorando las c i meras de las matas; refresca- ba el pie de los tallos l a maris- mas lodosa, negruzca, que se hinchaba con las mareas crecidas y se desinflab a en las vaciantes. El viento —que seguía el curso fluvial, jugando en enamorisqueos con las ondas, desde la lejana cabecera, y que na- cía con el agua, como ella cristalino, en el mis- mo hontanar lejano de la sierra;— agitaba las hojas largas, ásperas. Los coletazos de los ba- gres hediondos y los trampolines maromer o s de los camarones, sacudían desde a b a jo el armazón vege tal. Pronto se pond ría reventón el grano, madurado por obra d e l lodo y del sol.— Va a embolsicarse buena o plata, do n Franco.— Según: de pe nde de o que haya p recio. Me creo de qu e e l a - o rroz está en Guayaquil por los suel o s. o ¡Claro, su dor de pobre! . . . . H as- o ta apesta . . . . .—No rem ol que o don F r a nco. Y a verá los su c r o s o que le entran. M ás que mosquitos salen de tembladera.— Talvez. —Pero, no era de las gramí- neas enhiestas, verdes como loras jóvenes, de lo que se preocupaba a la sazón ño Camilo Franco, (a quien ap oda- ban "Mamadera" por su afición a ntaño desmedid a las botellas litreras de aguardiente de caña). N i e r a tampoco de la frutaleda, que, detrás de la casu c a cañiza, en tierra de barranal extendía la fronda de sus árboles. Ni de las gallinas ponenderas que ca- careaban en e l corralit o, picoteando gu- sanos y maíces. Ni de los blancos patos p e s ados, "grandes como muchachos de a ño y me- dio", que fl otaba n en l as chur- cas y en

EL SANTO NUEVO

Cuento de la propaganda política en agro montuvio.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

los canalillos naturales de desagüe, zambullendo las cucharetas en pesca vana. Ni de los gordos cerdos mestizos, que esperaban su sanmartín en el chiquero, engrasándose mientras tanto para menos sentir la cuchillada definitiva. Ni siquiera de los ternerillos gráciles que traveseaban las horas, estrujándose contra las ancas de las vacas madres y ramoneando los brotes tiernos del janeiro en las mangas de los pastizales.

Hubiéranle dicho al hombre:

—No Camilo, se le cae la casa.....

Y él habría respondido,

—Que se caiga.

Cuando mucho, añadiría:

—Son los comejenes que han ablandado los calces.....

¡Y no tengo arsénico!

Y haría una mueca resignada, fea de tristeza, vaga, lenta.

Sin embargo, don Franco era, o mejor, había sido un hombre enérgico, recio, bravo como las guadúas de montaña, espinoso como ellas también; que vencía día por día, en una lucha jamás suspendida, a la vejez, desde cuando ésta, veinte años atrás, al bordear él la cincuentena, se le fué viniendo encima.

Tenía un pasado aventurero, del que no se vanagloriaba y que, por el contrario, maldecía.

Había nacido don Franco en las comarcas de Catarama. Era hijo de peones conciertos y descendía de un linaje de esclavos que consumieron sus existencias miserables, siempre al servicio de los mismos patrones, en el antiguo latifundio.

No Camilo no revocó la negra tradición de su familia de explotados seculares:

—Hasta cuando tuve casi la edad de Nuestro Señor Jesucristo, trabajé para los blancos Moreira.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se fugó luego a la selva, por no casarse con Magdalena.

—Yo había sido enamorado de la Magdalena. ¡Hembra linda era! Parecía una vaconcita de raza. Nos íbamos a juntar pronto: para la fiesta del Santo de mi nombre.... Pero, el patrón se adelantó..... Suspiraba ño Camilo aún ahora..... ¡Aún ahora!..... —Se adelantó y me propuso después que le tapara la porquería. Yo no acepté. Magdalena lloraba.....; yo la quería más, más todavía..... Pero el patrón se había adelantado.....

Tornábasele opaca, ronca, la voz. Si alguien le hubiera escudriñado en esas ocasiones los ojos a don Franco, nitidamente habría distinguido cruzar, por el fondo cenizo de las pupilas, la morena figurita de la remota campesina, extraviada hoy quien sabe por qué atajo de la vida.....

Esa historia de amor era una mala égloga. Una égloga falsificada que andará sin duda por ahí, cantada por cualquier poetastro burgués del novecientos, desde el punto de vista del patrón Moreira: el campo color de rara grosularia, el cielo azul y..... el amor que bate las almas rumorosas.... y la doncella campesina que se rinde entre los brazos sojuzgadores del conquistador, en tanto Pan, o cualquier otro sujeto de laya, ríe en la floresta.....

Mientras demoró en la selva inhóspita, que le dió su literaria virginidad en cambio de la deliciosamente humana de Magdalena, don Franco había corrido peripecias extraordinarias y sin cuento. Lo obsequió con sus secretos la montaña, y supo así de las tautamurgias vegetales: de las yerbas que curan y las yerbas que matan; de las maderas que llaman al agua, de las que asustan a los ladrones, de las que alejan a las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ánimas y a las penaciones, y de las que indican dónde se ocultan los tesoros enterrados. Supo también de las alimañas terroríficas y penetró en las oscuras vidas de las fieras misteriosas.

—Eso me ha hecho ganar plata bastante. ¡Y que yo nada he hecho para el mal!, porque soy cristiano firme, hijo de mi Señor.

Embromábanlo por su religiosidad:

—Usted, don Mamadera, es un creidón.

En efecto: su religiosidad golpeaba un fanatismo bronco que lo hacia esperar todo de las divinas intenciones:

—San Andrés, que me cuaje el arroz.... Santa Ana, que logre la vaca..... Santa Bárbara, que llueva..... San Jonás, que no haya aguaje ni inundación.....

Mas, al propio tiempo, astuto y ladino como era, se auxiliaba según podia para propiciar el milagro en que confiaba.

Y sistematizaba una filosofia refranera:

—Dios dijo que uno se ayude para El ayudarlo..... Cuando se está en el agua hay que nadar para la orilla; que de nó, le pasa a uno lo que al camarón que se duerme.....

Y reia con una risilla chiquita y aguda.

Diz que cuando supuso que ya no habia peligro, que su patrón habria olvidado el asunto de su rebeldía, salió de la montaña,

—Pero, me vine para acá, a estos lados bajos del Vinces.

—¿Y por qué no regresó a la hacienda de los Moreira, ño Mamadera?

—Unos dicen que no volví por no verle la cara al patrón, y otros dicen que no volví por no verle la cara a Magdalena.

—¿Y usted, mismo, qué dice?

—Nada. Me quedo quedito. No digo de que sí, pero tampoco digo que no.

Entró de peón en la hacienda de los Echarris, donde conti-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nuaba aún, mas ya como arrendatario "al grano" de una pequeña extensión de terreno ribereño.

—Me sopló acá la suerte, y me hice finquero..... Acá me casé con la difunta mi mujer.... Acá me nació mi hija Carmen, que la mentaban "la Mora" por la color del cuero.... Acá también murió la Carmen, de sobreparto, y me dejó la potrilla de herencia. Acá se ha criado la Marta, que es la única compañía que tengo.....

Adoraba en la Marta, en la potrilla..... Parecía una mujer, él que era tan redondamente macho, según se calificaba, para atender a la muchacha. Cada noche, antes de acostarse, se aproximaba sigiloso al tendido donde dormía la nieta; la contemplaba un rato; rodeaba cuidadosamente el toldo de zaraza, para hurtarla a los cinifes; y, luego, alzando la diestra callosa, le bendecía en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.....

II

La causa de la preocupación de don Franco era precisamente la nieta. Sabíala guapota, codiciable. Sabía que su carne dura era un bocado apetitoso para todo paladar. Sabía que eran tentadores sus diecisiete años niños. Y sufría por ella, cancerbero sentimental.

Quería casarla lo más pronto. Habíale ya escogido marido. A entradas de aguas la desposaría. Pero, temía aún.....

El novio, Juan Puente, trabajaba de bracero en una hacienda próxima a la de los Echarris. No era campesino originario. Era de la ciudad. Había sido obrero del Ferrocarril, en Eloy Alfaro, y perdió la plaza sindicado de agitador.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Gustábale al anciano charlar con Juan Puente.
Placíale escucharlo más bien, cuando peroraba acerca de la cuestión social, abriendo delante de los ojos cansados del viejo montuvio, caminos desconocidos. Cuando Juan Puente hablaba sobre las reinvindicaciones obreras y campesinas, don Franco comprendía; comprendía y se ponía meditativo, torturado..... No lo entendía del todo, pero se empeñaba en entenderlo.....
Y las ideas que ganaba, las mezclaba con las suyas rancias, y sin quererlo las adecuaba.....
Bailábanle en el cerebro ciertas frases.....
"La Revolución Social"..... "Lenín es el Santo máximo de la nueva religión"..... "La Dictadura del Proletariado"..... "Los obreros y los campesinos son los únicos que sienten de hondo la necesidad inmediata de las retaliaciones"..... "Lenin..... Lenin.....: nada más que Lenin, bien; pero nada menos que Lenin"..... "Lenin ..... Lenin ..... Lenin" .....
Y don Franco se había formado de Vladimir Illitch un concepto original en armonía con su ingenua religiosidad campesina.
Juan Puente le proporcionó cierta vez una revista donde aparecía en rotograbado la efigie de Ulianov.
Don Franco recortó la figura y púsola, sin pensarlo, en la pared, junto a las estampas de los santos cristianos, en la esquinita dedicada al culto: la lamparilla de querosene, que alumbrara suavemente el ara minúscula, iluminaba así un icono más, al que envolvía, en sus plegarias el viejo montuvio.
Sin confesárselo del todo, ño Franco suponía que Lenin podía salvarlo, por vía de milagro, de los abusos del patrón cuando se llegara al caso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y el caso se estaba llegando.

El "blanquito", hijo del patrón Dionisio, rondaba la casa de don Franco.

—No me gusta el voltejeo del ave ésta,— repetía el finquero. —El pájaro busca presa.

Intuía el viejo que la presa buscada era su nieta, su yegüita; la que hasta poco antes fuera su potrilla, no más.

—Lo mismo que el otro. Lo mismo. Son igualitos los blancos. Cortados con una tijera.

Temía que se repitiera con su nieta la historia de la Magdalena; y, por ello, un día comunicó sus temores a Juan Puente.

—Ve, Juan Puente: yo a vos te quiero, ¡claro!; y como te quiero, te digo .....

—¿Qué, don Franco?

—Tengo aquí en el guargüero atragantado al niño Echarri.....

—¿Y por qué?

—Anda tras de la Marta. Ha de querer lograrla.

—¿De veras?

—Como hay Dios. Lo he visto.

—¡Ah! .....

Juan Puente afirmó luego, enteramente:

—Yo lo arreglo al tipito ése, ya verá. Yo sé cómo se los trata.

Don Franco, desconfiado, sonrió.

III

Sin embargo, de ahí a poco se advirtió que había cesado por completo el asedio del "blanquito" Echarri.

Ni pasaba siquiera, como antes lo hiciera con tanta frecuencia, por los alrededores de la vivienda de "Mamadera", montando su caballo fina sangre,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

enjaezado a lujo y sin cuidarse de que los cascos de la bestia aplastaran los sembríos.

Y luego corrió por la hacienda la noticia de que él "niño" Echarri se iba a Guayaquil, y de allí a Europa.

Un día, ya atardecido, en que don Franco conversaba con Juan Puente en la azotea de la casuca, aquél abordó el asunto:

—¿Y cómo hiciste, Juan Puente, para zafarnos del tipo?

—Muy fácil. Lo encontré una vez en la vuelta del cafetal y le dije: "Vea, joven: Usted anda fregando a la Marta, ¿no? Bueno; la Marta va a ser mi mujer, y donde usted siga atravesándoseme como palo en camino, lo mato, ¿sabe? ..... sin asco .... o con asco, pero con esta barberita que cargo aquí afilada para su pellejo ..... ¡Tóquela!"—Y se la enseñé, no más.....

—¿Y qué te contestó el blanquito?

—Se puso amarillo y después tartamudeando me explicó ..... Que me había equivocado ..... Que él no tenía segundas intenciones y que, para probarlo, iba a adelantar la fecha de un viaje largo, que tenía que hacer ..... Yo le dije entonces: "Haga ese viaje no más, niño Echarri; porque, de no, yo le voy a hacer que haga ótro más largo, más largo....." ¡Ah, es que yo sé cómo hay que tratarlos a estos burgueses cobardes! ¡Yo sé como hay que tratarlos!

—¡Ah! .....

Don Franco no siguió interrogando. Penetró en su cuarto; acarició suavemente la cabecita de su nieta, que cosía, sentada junto al altar de los santos, su traje de novia; se aproximó al ara; encendió la lamparilla debajo mismo del retrato de Lenin, y salió de nuevo a la azotea a reunirse con Juan Puente.

Tomó al mozo por el brazo, y le susurró al oído:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Oye, Juan Puente, voy a decirte una cosa .....

—¿Cuál?

—Eso del blanquito Echarri que se va, que se ha ido .....

—Sí .....

—¡Eso es milagro de Lenin!

Y encarándose con el cielo bajo, nuboso, don Franco, arrebatado incontenible-mente, en un esfuerzo de su voz cascada, gritó contra el horizonte:

—¡Viva San Lenin!

Pasaba justamente en ese instante, camino del rio, un poco de viento de sabana.... El viento le devolvió la última ene del grito con un campaneo de hojas ....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CUBILLO,

buscador de ganado

Cuento de aventuras

Alonso Martinez conoció a Cubillo en una de las Galápagos, o sea, ya en pa más triste de su la eta vida, cu ando las circunstancias i n c on- trastables impedian al personaje montuvio practicar su cō moda pro fesión de buscador de ganado.—Este Martinez era él mismo un sujeto pintoresco. Afirmaba ser oriundo de Santo Domingo, en las Antillas; lo cual no tiene nada de particular. Pero, Martinez hallaba en lo de su nacionalidad un motivo para singularizarse; pues, decia —y hasta puede que fuese verdad— que él y un chofer de taxi eran los dos únicos dominicanos que habia a lo largo de las costas del Ecuador.— Como el de todo marinero desembarcado, el centro de operaciones de Martinez en Guayaquil era el barrio de La Tahona, ese característico rincón de la ciudad, tan estrictamente porteño, que la piqueta municipal va poco a poco desbaratando. En cualquier cantina o chicheria de las innumerables establecidas en la planta baja de las siniestras casas coloniales del barrio, Martinez encontraba auditorio complaciente, formado por marineros retirados o en descanso; quienes, además de escuchar sus fabulosos relatos de mar, le pagaban el consumo abundoso. Porque el isleño no era parco en el comer ni sobrio en el beber, sobre todo cuando, según su expresión, navegaba en buque grande, es decir, cuando había alguien que abonara la adición sin discutirla.— Además de sus artes de narrador, Martinez poseía otra, que lo hacía respetable entre sus colegas: hablaba o pretendía que hablaba el papiamento, esa enrevesada mezcla idiomática del Caribe. Cuando lanzaba una frase en el —según Martinez— más puro estilo de Curazao, sus oyentes, que apenas mascaban un canalla inglés de cala de barco, se quedaban epatados.— Este Martinez fué quien trajo las últimas .noticias que se han tenido acerca de Pedro Cubillo, buscador de ganado. Martinez

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lo vió en la bahía de la Rosa Blanca, en la banda oriental de la isla de San Cristóbal.

A pesar de su poética designación cartográfica, esta bahía es más conocida entre los marinos, como el "Puerto del Hambre"; y este apodo evita el describirla.

Playa arriba, al borde de la arena muerta, Cubillo había construido su vivienda: una covacha elemental, donde apenas conseguía abrigarse de los vientos que soplan del mar, como un azote tenaz sobre la costa desolada. Se alimentaba de mariscos, que asaba o cocía, encendiendo fuego al modo primitivo, frotando maderos secos. El agua dulce, en verdad, salobre, tenía que traerla cada semana desde lejanos manantiales de isla adentro, y la reservaba en conchas de tortuga Andaba casi desnudo. El cabello le había crecido largamente, y le caía como un manto a la espalda; la barba le bajaba al pecho; las uñas de los pies, enormes y encorvadas sobre los dedos, lo habrían caracterizado absurdamente como un digitigrado, pues lo forzaban a caminar levantando los talones.

De retratarlo así, su fotografía hubiera servido para ilustrar una edición popular del clásico Robinson.

Y estaba solo. Absolutamente solo. Como únicamente los dioses pueden estarlo.

◎ ▲ ◎

Pedro Cubillo era originario de la Boca de Yaguachi, región montuvia cuya antigua fama trascendió al agro todo y se remonta hasta los días coloniales. No es, por desgracia,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

una fama honorable, sino muy por lo contrario.

Los piratas fluviales, felizmente hoy extinguidos, quienes atacaban a las embarcaciones que conducian los víveres serranos desde Bodegas a Guayaquil, tuvieron ahí sus cuevas y escondrijos. A lo mejor, Pedro Cubillo descendía de alguno de esos endemoniados ladrones de río y llevaba en sus venas sangre malhechora. La cosa no se establecerá jamás, porque las familias montuvias no suelen conservar sus genealogías.

Pero, Cubillo siempre vivió en la población misma de Yaguachi, al amparo de la autoridad civil y la protección de San Jacinto, su vida tranquila, hecha a su manera amable, hasta que los pasos se le enredaron en el papeleo judicial como en una trampa, y todo se le vino cerro abajo.

Pedro Cubillo habia encontrado un modo maravilloso de ganar dinero con poco trabajo y ningún peligro: buscar ganado. Como suele ocurrir con los grandes inventos, la técnica del suyo era sencilla como una suma de enteros, y la halló con ayuda de la casualidad.

Claro que habia el antecedente de que era Cubillo el hombre más apropiado para crearse un sistema así de subsistir: con otro, la casualidad habría fracasado en su auxilio. La inteligencia de él jugó papel importante.

Cubillo era quien mejor conocía el cantón Yaguachi y sus aldeaños. Nadie como él. De borde a borde lo habia recorrido, ora a caballo, ora en canoa, ora a pié, sencillamente. Porque Cubillo disfrutaba del placer de andar, sin rumbo ni propósito, a la buena de Dios, por los campos inmensos, bajo el libre cielo. Así, no habia atajo o sendero que le fuera ig-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

norado, ni tembladeras cuya hondura no hubiera sondeado, ni selva virgen cuyos vericuentos no le resultasen tan familiares como las calles del poblado.

—¿Por dónde cae, Cubillo, un punto que llaman Cabeza de Gato? ¿Lo conoces vos?

—Ahá. Queda lejísimo. En media montaña jáyara de Bulu-bulu. Es un cerrito chico: una tola de los indios, creo. El cerrito tiene la forma de una cabeza de gato, vieran. Es raro, ¿no? Bueno, cuentan que ahí.....

Porque la geografía de Cubillo era historiada y anecdótica. El sabía lo que en cada lugar había pasado y, mejor aún, lo que no había pasado, pero se lo atribuía. Sabía el sitio preciso dónde el asesino tiró sobre su víctima, y dónde ésta se vino al suelo; dónde estaban enterrados los tesoros; dónde ardían las llamas diabólicas; dónde se reunían las brujas; dónde se aparecía Satanás; dónde, en fin, se mostraban las "malas visiones" en sus mil formas horribles: desde en figura de un árbol que camina y mueve las ramas como brazos, hasta de furioso dragón de ojos llameantes. Todo lo sabía Pedro Cubillo, vaquero viejo. Y la casualidad quiso que a este hombre se le presentara la más preciosa oportunidad.

A don Casimiro Segovia, rico propietario del cantón, se le robaron cien reses. Don Casimiro llamó a Cubillo.

—¿Quieres buscar las reses y, si es posible, los ladrones? Anoche no más fué el robo, y estarán frescas las huellas. Además, tú conoces de memoria esos andurriales; ¿no es eso? Te pagaré bien, por supuesto: la décima parte del ganado que recuperes, será para ti. ¿Aceptas?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pedro Cubillo no vaciló. Se le ofrecía graciosamente la coyuntura de ganar dinero, y no era cosa de desecharla. Mas todavía cuando, hasta entonces, no había ganado un solo centavo con su trabajo. Subsistía, y con él su mujer y sus hijos, a cargo del suegro: un pulpero español, bonachón y cordial, quien, para que su hija y sus nietos no perecieran de hambre, los alojaba en su casa, con Cubillo inclusive, y atendía a las necesidades de todos. Para sus gastos privados, Cubillo contaba con las entradas eventuales que le rendían las peleas de gallos, la pinta y el mah-jong, en el cual descamisaba hábilmente a los propios chinos tenderos del pueblo. Pero, eran escasas monedas, que se le iban sin remedio en alcohol, en cigarrillos y, más que nada, en agua de Florida: su perfume y su manía.

Ahora, no. Amenazaban ingresar a sus bolsillos escuálidos, gordos fajos de billetes, con los cuales podía darse en Guayaquil mil y un placeres no saboreados jamás: lindas muchachas y bebidas gringas en los cabarets; complicados potajes en los restaurants asiáticos; largos paseos en automóvil, por las avenidas anchas, bajo las noches cordiales, con compañías adorables .... Además, también, podría comprarles ropa nueva a los hijos, que hasta de vieja andaban escasos .... ¿Cómo iba, pues, Pedro Cubillo a dejar pasar esa ocasión, acaso única?

Alistó la partida: él y cuatro peones de don Casimiro, seleccionados entre los de más bragas, bien armados y bien montados; y se largó a potreros traviesa, en demanda de las selvas. Lo guiaba una intuición: los cuatreros habrían tumbado hacia Suscal para alcanzar la cordillera, trasponerla y feriar las reses en los caseríos indios, donde no se yerra el ganado ni se exige al vendedor boleta de venta.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y le salió bien el cálculo. A las cuarenta horas de viajar a rompecinchas, topó con los cuatreros. Eran de la Sierra, por lo visto, y poco fogueados; pues, en disparándose los primeros tiros, corrieron de fuga, abandonando el botín.

Pedro Cubillo recogió el ganado. Lo contó. Faltaban dos cabezas, que los cuatreros carnearían, sin duda, para el hambre de los vivaques. Pero, el resto estaba ahí. ¡Noventa y ocho vacas! ¡Y la décima parte de eso era suya! ¡Suya, sin disputa!

Entró en la población, como los generales tras el triunfo. La vanidad y el orgullo amenazaban desmontarlo del caballo.

◎ ▲ ◎

Desde aquel día Pedro Cubillo se convirtió en una persona considerada. El mismo sintió que algo se le había cambiado alma adentro. Su profesión definitiva quedaba escogida: sería buscador de ganado y nada más que buscador de ganado. ¿Para qué otra cosa?

Cinco o seis empresas semejantes a la primera, lo confirmaron en su vocación, y le saldaron larga punta de monedas.

Pero, vinieron los malos tiempos.

Los malos tiempos para Cubillo eran aquéllos que los propietarios rurales reputaban casi buenos: o sea, cuando se aumentó el número de piquetes de policía montada, se dictó la ley que mandaba los abigeos a cumplir su condena en las Galápagos, y los cuatreros dejaron el campo libre a los gendarmes, únicos que en adelante podían robar ganado sin temores ni cortapisas.

El ejercicio de la profesión de Cubillo decayó. Nadie lo llama-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ba a servir. Hasta sintió que se rebajaba socialmente en la estimación de sus convecinos. Para sus gastos menudos, hubo de acudir otra vez a los gallos, a los dados y a las fichas. La carga de la familia volvió sobre los hombros del pulpero español.

◎ ▲ ◎

Entonces fué cuando lo tentó el diablo, y se dejó arrastrar como una paja en la corriente.

Una noche entró en la finca de don Casimiro Segovia, su cliente número 1, precisamente, arrastrándose por la yerba con sigilo de sierpe, y rompió la cerca del corral grande. El sabía lo que hacía: por la salida practicada, el ganado escapó, y a favor de la noche se largó monte adentro.

Don Casimiro Segovia no dudó siquiera de que se trataba de un robo; y, en vez de avisar a la gendarmería rural, solicitó la cooperación de Cubillo.

La maña surtió a maravilla.

Cubillo repitió el golpe, no con el viejo Segovia, sino con otros propietarios, pero con iguales resultados ventajosos.

Todo corría sobre ruedas. Parecía que para Cubillo habían retornado los dichosos tiempos. De nuevo el amable dinero con el que se pueden hacer tántas honitas cosas, venía a él sin regateos.

El hombre era feliz.

◎ ▲ ◎

Pero, el santo se le cansó a la larga y le volteó las espaldas.

El vecindario empezó a murmurar. ¿Qué era eso tan raro, pues? ¿Era, quizás, este Cubillo insignificante, un ser dotado de fuerzas extrañas? ¿Un

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

 brujo, acaso?

Los vaqueros de las haciendas próximas, cuando venían al pueblo los domingos, comentaban en las cantinas ..... ¿Cómo descubriría Cubillo las reses perdidas? Ellos, expertos en ciencia montuvia, baqueanos viejos como él, no eran capaces de hacerlo. ¿Y cómo nunca daba con los ladrones? ¿Sería que, a condición de no revelarlos, éstos le advertían el lugar donde .....? ¿O estaría de acuerdo, no más, con los propios ladrones? ¿O sería que .....? Por ahí se desovilló el hilo.

Cierta tarde, cuando Cubillo regresaba de buscar, y encontrar, por supuesto, un ganado robado, la comisión de la Rural lo detuvo:

—¡Venga, don Cubillo! El señor comisario necesita hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Y para qué, eh? ¿Para qué?

—Quiere saber cómo es que usted adivina ... ¡Ja, ja, ja!

Lo habían denunciado. ¡Como ladrón! ¡A él, al investigador!

El comisario le "amarró" el sumario y lo sentenció a un año de confinio en las Galápagos. Apeló; pero, el juez letrado, en lugar de revocarle el fallo, le aumentó la pena a dos años.

En breve, a bordo del velero, aparejado en bergantín, que conducía a los condenados, dejó Guayaquil con rumbo a la isla de San Cristóbal, en el archipiélago de los Galápagos.

◎ ▲ ◎

La colonia penal de San Cristóbal tenía una existencia teórica. En verdad, no había tal colonia.

Cuando la nave arribaba al puerto, se les decía a los penados:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Bueno, ¡a aligerar el barco, que tenemos que cargar!

Y ya en tierra cada penado era libre de hacer lo que le diera la gana, incluso morirse de hambre, si carecía de inventiva para procurarse el alimento pescando o cazando. Porque en ninguna de las casas del pueblo le brindarían un bocado de comer, ni en ninguna de las dos o tres haciendas de la isla conseguiría trabajo.

Pedro Cubillo no se arredró. Con otro penado —un indio miserable, que había robado un cerdo al patrón millonario,— se aventuró por la isla.

Cubillo gozaba con su viejo placer de vagar sin ruta ni propósito, y ahora, además, encantaba sus ojos experimentados, viendo el ganado salvaje que pastaba en el interior de San Cristóbal: toros gigantescos, gordas vacas, chumbotes retozones: todos sin dueño a quien volverlos. Ganado perdido para el hombre.

Cubillo se ponía nostalgioso, triste, al contemplar el espectáculo del ganado. Se sentía casi capaz de filosofar.

Una vez hizo algo de eso. Mirando pasar una piara de cerdos bravíos que se cruzó por frente a ellos, le dijo al indio:

—Fíjate, Piñas: por uno de esos te condenaron ..... ¡y cuántos hay aquí!

El indio no respondió. Estaba atareado con su paludismo, que sólo le dejaba tiempo para sacudirse.

—Es una infamia que te hayan traído aquí, Piñas, ¿no?

Forjaba planes:

—Viviremos juntos, Piñas. Lejos del pueblo. Haremos nuestra choza. Y viviremos juntos.

Pero, el indio era ya cosa acabada. Su paludismo —adquirido en la cárcel de Guayaquil, mientras esperaba que lo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

embarcaran,— lo iba a matar en breve,
en esta tierra inhóspita.

Lo mató, en efecto. Se murió una noche en el fondo de una cueva donde se habían metido en busca de abrigo para dormir. Cubillo tapó con grandes piedras la entrada de la cueva. Y dejó ahí oculto para los siglos el cadáver de su compañero de las andanzas insulares.

El siguió adelante.

Hasta que esta solitaria bahía lo convidó a quedarse.

◎ ▲ ◎

El carbonero en que entonces navegaba Alonso Martínez, hubo de ponerse al pairo frente a la bahía de la Rosa Blanca, mientras arreglaba su velamen, deshecho en un temporal. Con otro marinero, el dominicano saltó a tierra a recoger huevos de tortuga.

Así conoció a Pedro Cubillo.

Dizque la primera pregunta que éste le hizo, fué acerca de la fecha. Cuando Martínez se la dijo, Cubillo exclamó:

—¡Ah! ¡Hacen diez años ya! No los he sentido pasar!

Durante los tres días que Martínez y su compañero permanecieron en la isla, amistaron con el penado. Este les contó su historia. Los marineros le propusieron irse con ellos en el barco. Pero, él se negó:

—¿Para qué? Todo habrá cambiado allá. ¿Para qué, pues?

Añadió:

—Al fin y al cabo, aquí me distraigo.

Miró para los montes que se insinuaban en el horizonte, hacia el interior. Pensaría tal vez en las innúmeras manadas de reses bra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vías que pastaban en sus laderas. En los frescos paisajes. En los senderos abiertos al azar del paso. En los caminos que llevaban a todas partes y a ninguna, bajo el aire infinito. Acaso, en su peluda cabeza anidaban fantásticos proyectos.

—No; no quiero irme. Estoy bien aquí.

Contradictoriamente, Alonso Martínez creía que Pedro Cubillo, ex-buscador de ganado, no era feliz. A pesar de su soledad maravillosa ..... A pesar de que estaba ahí solo, como un dios .....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

DISCIPLINA

UN CUENTO NEGRO ESMERALDEÑO

La primera inexactitud que quitará méritos probables a esta narración, se refiere al nombre mismo del cabo Quiñánez. Mi informante abrigaba severas dudas sobre el particular. Según él, el cabo Quiñánez se llamaría Fulgencio, o quizás Prudencio. La mayor vacilación al respecto, radicaba en que nuestros buenos hermanos negros de la provincia de Esmeraldas, cerca de la raya de Colombia, pronuncian el castellano de una manera que puede calificarse, por lo menos, de original, y, generalmente, como mejor les da la gana y se lo permiten sus labios bocatudos.— Aún acerca de si se llamaba Quiñónez, o de otra suerte semejante, no existe una seguridad absoluta. Sin embargo, la abundancia que de Quiñónez hay entre la gente negra de Esmeraldas, concede un elevado porcentaje de verosimilitud a que tal fuera su apellido.—En fin: todo es oscuro en cuanto atañe a la identidad de este modestísimo cabo del ejército ecuatoriano, sobre quien ha tiempos recayera una sentencia del Tribunal de Guerra que lo condenó a la pena de reclusión mayor extraordinaria.

La sentencia hubo de cumplirla, entre los catorce y treinta años de su edad, en el Panóptico, de Quito, pétreo edificio que se yergue, todavía, como un monumento a la sombría gloria de García Moreno.

◎ ▲ ◎

Quiñonez entró al propio tiempo en la pubertad y en el cuartel.

Por entonces, la provincia de Esmeraldas era el escenario de uno de los más cruentos movimientos revolucionarios que hayan ensangrentado la República: el que auspiciaba y dirigía el coronel Concha contra el gobierno del general Plaza.

Nutridos batallones seguían al jefe insurgente, cuyo prestigio bravío constituía el estandarte tras el cual se iban, incontenibles, los entusiasmos populares.

El coronel Concha era un auténtico tipo de caudillo militar, y tenía metido en jaque al gobierno de Quito, cuyos ejércitos marchaban de derrota en derrota.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A Concha lo secundaba el mayor Lastra, un moreno tremendo, valiente como el diablo, y el cual capitaneaba las tropas negras.

En Esmeraldas, la gente de color es numerosa; y toda, si no toda, había plegado a la revolución, formando las fuerzas de Lastra.

Es de creer que estarían ahí todos los parientes de Quiñónez, incluso las mujeres de la tribu, que, por lo común, acompañaban a los varones en las aventuras guerreras.

Pero, Fulgencio Quiñónez no estaba con ellos, sino en el ejército regular que los combatía.

No sería extraño que la mala pasada que le jugó el destino, fuera como un castigo de su traición inconsciente a la raza a que pertenecía.

Bien puede ser, también, que la desgracia se la atrajeran sus paisanos brujos, con artes de magia, y viniera sobre él en alas de esos horribles y misteriosos espíritus que tan siniestramente intervienen en la torturada existencia de los negros.

◎ ▲ ◎

A los doce años, Fulgencio Quiñónez vagaría por las calles verbosas del pueblo, sin objeto ni beneficio.

Demoraría frente al cuartel, viendo el trajín de los soldados. Haríales a éstos pequeños servicios, recompensados con centavos o sobras de rancho. En las noches, encantaría su pequeña alma con el toque de retreta. Y luego se iría a dormir, soñando con ser despertado por las salvas que saludan a la bandera en las albas de fiesta.

Su existencia ligera sería la de un parásito del cuartel; o acaso, como la de una mosca que diera vueltas en torno del covachón.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ardiendo en ansias de meterse en él.
Un dia le diria cualquier suboficial:
—¿Queris ser mi ordenanza, negrito?
Y él aceptaria sin recapacitar,
loco de contento al saber que iba a vivir, de entonces
para adelante, la alegre vida militar.
O, acaso, las cosas
no pasaron de ese modo, sino de otro dis-
tinto: lo cazarian en alguna batida del campo, arrancándolo
de los brazos tenaces de la madre, que forcejearia
por no entregarlo, con su amor violentado, al
sargento reclutador.
Lo cierto es que sus trece
años amanecieron en el cuartel.
De mero sirviente ordenanza, lo hicieron
"raso"; y un "primero" desocupado y bonachón le em-
pezó a enseñar a leer.

◎ ▲ ◎

La disciplina es
una cosa muy seria; pero, a la larga, resulta hasta amable.
Se va uno poco a poco, acostumbrando a ella; y,
entonces, sin dejar de ser respetable, peligro-
samente respetable incluso, pierde su primiva
hosquedad aparente.
Nada es más cómodo que ella cuando
llega a hacerse carne de la propia carne: no se siente
ya su peso, y se comienza a advertir su bondad
innumerable.
Resuelve para el soldado, aquellos pro-
blemas que afligen a los demás
hombres, pobres seres desorientados.
En verdad, la disciplina
es una cosa cómoda; porque ahí es nada
saber, siempre y en cada caso, lo que se tiene
que hacer: todo consiste en someterse, al pié de la letra, al

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mandato inconmovible de los reglamentos.

La disciplina es una divinidad: una diosa fría y lejana, si se quiere; pero, cuida de quienes la veneran y pone en sus espíritus una conciencia de ubicación y una certidumbre de ruta, de que los demás barcos a la deriva, carecemos y careceremos.

◎ ▲ ◎

Fulgencio Quiñónez sintió la disciplina, y esto le valió sus rápidos progresos en la carrera.

No se dió jamás, en los anales del Ejército, soldado más férreamente disciplinado que él. Sin conocer el clásico rasgo del granadero de Napoleón, hubiera podido repetir la escena: de haberle ordenado el coronel de su regimiento tres pasos adelante, teniendo a dos un abismo, habría dado, sin vacilar, el paso número tres en el vacío.

Y la cosa fué peor todavía cuando aprendió a leer. Entonces se metió en la dura cabeza zamba, letra a letra, como alfileres en un acerico, las advertencias e indicaciones que, impresas en sendos cartones blancos, adornaban las cuadras de la tropa:

Hay que hacer esto cuando . . . .

Hay que hacer estotro cuando . . . .

◎ ▲ ◎

La cuestión ocurrió cierta noche de invierno, mientras sobre el poblacho, amenazado por las fuerzas de Lastra, escondidas en la maleza vecina, llovía a cántaros.

El cabo Quiñónez —ya era cabo, por entonces— se encontraba a cargo de la guardia en la puer-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta del cuartel.

Le habían tocado las horas más peligrosas: las de nona; aquéllas a cuyo amparo se arman los ataques sorpresivos y se anudan las emboscadas.

Pero, el cabo Quiñónez se enorgullecía de esa guardia de nona, que por primera vez le habían confiado a él solo, sin oficial alguno. No consideraba que lo que sucedía era que en el cuartel no quedaba ya ni un oficial para remedio, pues todos habían muerto durante las anteriores semanas, en los combates que se libraron con las gentes de Concha en la cancha brava de La Propicia; no reparaba en nada de eso. Estaba enorgullecido, no más; lleno de una esponjada vanidad, al sentirse responsable de los soldados dormidos, de la santabárbara, del edificio mismo.

Había mandado cerrar las puertas del cuartel, disponiendo que el centinela se recluyera en su garita enrejada, mientras que él se quedó afuera, en el soportal, sentado en un poyo de madera, vigilante y solemne.

De pronto vió avanzar, bamboleándose en las tinieblas de la noche llovida, al capitán Jáuregui, encargado, por falta de otros oficiales de graduación más elevada, de la jefatura del cuerpo.

El cabo Quiñónez lo reconoció en seguida. Más aún, pensó que el capitán habría estado donde las Macías, unas bonitas muchachas que amaban los hermosos uniformes militares. El cabo Quiñónez sonrió.

—¡Fregado el capitán! —murmuró, benévolo.

Pero ..... ¿Qué decían los reglamentos? Ya: en tiempo de guerra hay que dar el "quién vive" a todo títere, a la madre de uno, si a mano viene. No

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

importaba que hubiera reconocido al capitán. Tenía que cumplir. El siempre tenía que cumplir. El era un soldado disciplinado. Así, gritó el quién vive.

El valumoso capitán se detuvo, cabeceando como un barco que se pára en alta mar.

Ahora se notaba que estaba más ebrio de lo que parecia:

—¿Qué dices, negro estúpido? ¿No me reconoces? ¿Estás borracho, talvez?

El cabo Quiñónez no se alteró. Acostumbrado a las injurias de sus superiores jerárquicos, no le impresionaron mayormente las de su capitán.

Pero, él tenía que cumplir.

Insistió:

—¿Quién vive?

El capitán se puso iracundo. Y recordó calumniosamente a todos los negros antepasados de Quiñónez.

El cabo lo escuchó sin interrumpirlo; pero al fin lo conminó secamente:

—Si avanza un paso más, disparo ..... El reglamento dice ....

El capitán Jáuregui lo amenazó:

—¡Te haré meter en el cepo, animal!

Quiñónez permaneció impertérrito. Pero, repitió:

—Lo tiro si avanza.

Y amartilló el fusil.

Profiriendo soeces exclamaciones el capitán se adelantó. Y, el cabo Quiñónez, sin pensarlo dos veces, se resolvió a cumplir ..... Había que disparar. Los cartones blancos, pegados en las paredes de las cuadras, lo decían rectamente ..... Disparó sobre el cuerpo ..... El capitán vino en tierra, de bruces.

Metido en su garita, el centinela quiso de-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cir algo. Quiñónez, con un gesto, le impuso silencio.

Eran las tres de la madrugada.

◎ ▲ ◎

No había muerto el capitán. Tan sólo estaba herido. Se quejaba lastimeramente, como un perro arrollado. El cabo Quiñónez pensó: "Debo ayudarlo. Lo traeré a la enfermería. Ahí lo curarán". Pero, cuando iba a hacerlo, pudo apreciar la distancia a que había caído el capitán; estaba más allá de los veinte metros..... ¿Qué decían los reglamentos? No; no era posible: al jefe de guardia no le era permitido alejarse más de veinte metros de la puerta del cuartel. No cabía, pues, auxiliar al herido.

El cabo Quiñónez tornó a sentarse en su poyo, meditativamente, con el fusil entre las piernas. El capitán continuaba quejándose..... Quejándose..... Hasta que por fin dejó de quejarse para siempre. Y lo envolvió el silencio denso de la madrugada.

◎ ▲ ◎

Mi informante asistió a los debates del Tribunal de Guerra en que se vió el caso Quiñónez. El defensor —un tenientito rubio, visiblemente llevado ahí a la fuerza,— comenzó su alegación insultando al reo. Dijo que se trataba de un cretino, o poco menos, que había obrado desde la penumbra de su inconsciencia, por lo que no valía condenarlo, si bien el rubio teniente estimaba honestamente que habría que recluirlo en cualquier manicomio.

El fiscal se apoyó en la fría ley. Según él, el cabo Quiñónez era convicto de homicidio voluntario, con la agravante de que la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

víctima era su superior jerárquico y de que la República —concluyó en tono campanudo— se hallaba en estado de conmoción interna.

Triunfó la tesis de la acusación, y el Tribunal de Guerra condenó al cabo Quiñónez a la pena de diez y seis años de reclusión mayor extraordinaria.

Dizque Quiñónez escuchó la sentencia en posición de firme, y, cuando terminó la lectura, hizo cerradamente el saludo militar.

Mi informante lo vió salir de la sala, entre dos soldados armados que lo conducían al calabozo.

Producía el mozo una impresión sobrecogedora. Estaba pálido, lo que prestaba a su piel negra un tono ceniciento moraduzco. Pero, no se manifestaba triste, no daba muestras de arrepentimiento; más bien parecía un hombre desilusionado: un hombre que ha visto que algo, muy profundamente dentro de él, se ha derrumbado.

Experimentaría acaso la sensación que se tiene cuando la tierra —en cuya solidez se cree a ciegas— se sacude como un mar en el temporal del terremoto.

O algo por el estilo.

Por entre sus cabellos flotaba un viento pavorido, y sus ojos se abrían, acuosos, enormes, preñados de un asombro desconcertado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

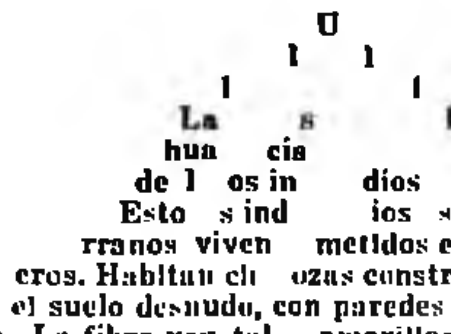
Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CRONICAS

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

IMPRESIONES DEL CAMPO SERRANIEGO ECUATORIANO



La hua cia de l os in dios Esto s ind ios se- rranos viven metidos en sepulcros. Habitan ch ozas construídas sobre el suelo desnudo, con paredes de tierra y paja seca. La fibra vegetal —amarillecida— pone una nota simbólica, justamente como una flor sobre una tumba: una de esas llamadas "flores de muerto"..... —Acaso al respecto cabría hacer graves y trascendentales consideraciones: la raza domeñada, la estirpe vencida, el linaje que duerme en el marasmo, etc.— A mí me basta la expresión de la metáfora escueta, llana, lisa. — LOS VACUNOS.— En las anchas llanadas de la costa —plácidos paisajes de nuestra época,--las gordas vacas y los recios toros me han dado siempre una vaga sensación de extrañeza, de desarmonía, de exotismo. Algo como si viera una danta —la "gran bestia" de las jerguinerías paisanas. —exhibiendo su figura antidiluvial por las avenidas macadamizadas de una ciudad moderna. Un tanto menos, por cierto ....Acá, en estos paisajes abruptos, formidables, que juegan con lo sublime como un pintor con el blanco puro, que llevan desconcierto al ánimo; acá, en estos terrenos donde la huella de los cataclismos es manifiesta y donde se vive, en mucha parte, remotas edades geológicas, las vacas gordas y los recios toros acomodan sus siluetas en el escenario.

Cuestión de contemporaneidad, talvez .... A la verdad, los vacunos, como la danta misma, son sobrevivientes en esta hora del planeta.

LOS RIOS

Los ríos del litoral suspiran o murmuran. Poseen sólo los tonos menores de la lira. Susurran, a veces, como cuando pasa por entre los manglares la brisa del atardecer. Son largas fuentes soñadoras, mansamente extendidas a toda la amplitud de las sabanas. Unicamente cuando sopla el viento del oeste, se alzan en olas; pero son los suyos tumbos an-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

chos, regulares, isócronos, leales para con la canoílla frágil o la balsa ligera que surca sus ondas.

Los ríos de la serranía cantan o gritan. Se enfurecen, también. Se hinchan. Revientan en cascadas sonoras. Riñen con las rocas duras y las vencen.

Después de todo, son más el agua niña de los primeros días ....., la "inocencia de la naturaleza" que dijera el hidalgo zambo de Ambato la del Tungurahua. Sus mismas cóleras, imponentes y destructoras, tienen mucho de infantil. Sus gestos bravíos guardan alguna similitud con los del bebé engreído que rompe su juguete ....

EL GITANO Y EL OSO

En una aldeúca misérrima hube de asistir a cierto espectáculo doloroso y vulgar. Un gitano desarrapado hacía bailar, a golpe de tamboril y al son de una hungariada, a su oso pardo. Los indios, en corro estrecho, se apretujaban para no perder detalle. Hombres, mujeres, infantes .....

Estoy seguro de que una profunda corriente de simpatía se había establecido entre el bohemio, la fiera triste y los indios.

Cualquier cosa de melancolía se irían diciendo entre ellos, de subconsciencia a subconsciencia, calladamente.

Era eso ostensible en el modo de mirar del gitano, en el modo de mirar de la alimaña, en el modo de mirar de los runas: hombres, mujeres, infantes .....

Empero, pienso que los indios estuvieron en más complejas e íntimas afinidades con el oso pardo que con el gitano. Sí; acaso los dignos de compasión se compade-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cieron a su vez de la fiera triste que, con una cadena al cuello, y hambrienta, y martirizada, y sedienta, era obligada a moverse en una como danza semejante al san-juanito de ritmo monocorde ....

LA BELLEZA

Cuando he alabado la hermosura de un sitio, se me ha dicho que, de visitar tal otro, sí me admiraría. Las frases han variado; el sentido, no.

A lo que comprendo, nada significa cuanto veo. Ni el Chimborazo monstruoso; ni el Cotopaxi perfecto; ni los picos de este Altar que es un altar de veras, tallado en magnífico estilo plateresco como la fachada de la iglesia de la Compañía de Jesús en San Francisco de Quito .... Ni siquiera este abrigado valle del Ambato, que huele a pan caliente y a fruta en sazón.

Siempre hay algo mejor: más, mucho más hermoso todavía. Detras de esos cerros, en el fondo de aquella hondonada, por encima de aquesos picachos enhiestos y nevados.

Vibra una razón profunda y cabal en tales afirmaciones.

Sí; es cierto. Nada de lo visto vale. Nada cumple. Nada pesa. Nada llena. No satisface nada. Sólo lo desconocido es bello.

El último refugio de la belleza, es lo ignorado.

LOS CERROS

Los cerros parecen bolas o trompos de un juego de gigantes.

Bolas, mejor.

Sin duda, Dios, como los buenos ingle-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ses, practica el golf.
Los valles serían los hoyos.

EL COLOR

El campo serrano no tiene toda la paleta. Sólo tiene el gris. En sus infinitas conbinaciones, si; pero, sólo el gris. ¡Ah, y el blanco fresco y nuevo del agua!

Aún los hortales, que de cerca dan el verde fundamental, se aprecian grises desde la lejania.

Pero, en desquite, el cielo tiene todos los colores, hasta algunos que fijan en la retina una impresión —raramente trasmitida a los centros— de que en el cielo está, efectivamente, el cielo sagrado de los crédulos, el cielo de esas gentes dichosas que poseen la humilde y cerrada fé del carbonero ..... Colores de milagro .....

MAS SOBRE LOS CERROS

Se le ocurre a uno que los cerros están deshaciéndose. Ruedan peñascos desde las cumbres. Nieve de los ventisqueros. Cataratas, horras o caudalosas, de tierra, caen constantemente, vistiendo a las montañas de faldas ondulantes.

Se podría sacar de este fenómeno cualesquiera conclusiones aprovechables. Por ejemplo, decir que la naturaleza iguala hacia abajo y que, en el deshacerse de los cerros, hay una demostración palmaria de lo tal.

O algo de la laya.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Este valle de Colta, con su laguna de aguas plateadas, donde se bañan aves de albos plumajes: con sus vacas fina sangre, gordezuelas y bonitas: con sus indios tranquilos, que de lejos parecen felices, vestidos de colores chillones; este valle de Colta, hundido en el anfiteatro que forman montañas recortadas definida, nitidamente, en el celaje, contra los horizontes, es un paisaje convencional.

Semeja el anuncio cromolitografiado de alguna lecheria, que estuviera pegado en el vidrio que tapa la ventanilla del tren.

Siente uno la necesidad de buscar al pié algún letrero ofreciendo los productos baratos y sabrosos que, para regalo del hombre, "fabrica" generosamente la hermana vaca.

LOS PUEBLOS

Estos pueblos humildes, modositos, bien educados, que se acurrucan, como en un afán de pasar desapercibidos, en la falda de algún monte elevado; sienten miedo o sienten frio. Por eso están ahí, de esa suerte.

¡Ah, estas aldehuelas serranas, todas blanco y rojo, todas silencio!.....

Miedo o frio.

Las dos cosas, quizá.

Frio ..... El frio que muerde las carnes y que, herido de aristas de hielo, baja desde los reposaderos altos de las nieves eternas.

Miedo ..... Miedo del volcán cercano que sufre indigestiones de fuego. Miedo de los derrumbamientos cataclismicos que cada vez transfor-

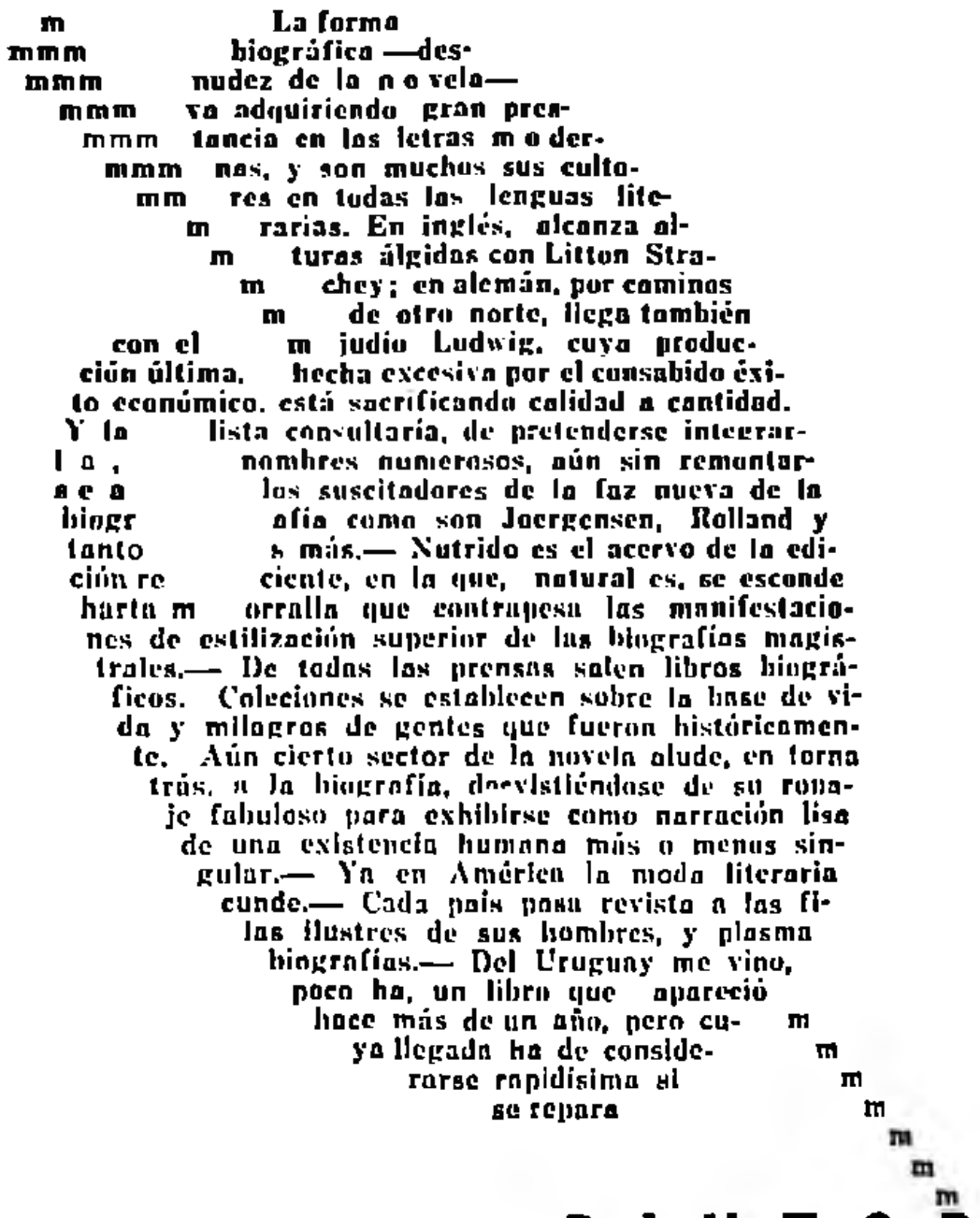
Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

man el paisaje y le ponen una tenebrosa novedad al panorama. O, acaso, más sencilla aunque menos poéticamente, miedo del gamonal. Miedo y frío por el gamonal.

Que en todo miedo hay siempre un poco de frío, y en todo frío, un poco de miedo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

BLANES,



PINTOR URUGUAYO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en las distancias enormes que nos alejan: distancias de recíproca ignorancia.

Con oportunidad del centenario de Juan Manuel Blanes, pintor uruguayo, su compatriota, el doctor Fernández Saldaña, ha forjado una hermosa biografía del artista, en la cual estudia, a la vez, el proceso de sus obras y sus obras mismas.

La vida de Blanes, vulgar si se la contempla bajo ciertos respectos, tiene el interés general que la vida de un artista posée de suyo, sin romper, esto sí, la línea ordinaria. Mas, para el lector ecuatoriano guarda un resorte simpático.

A Blanes lo obsedió siempre el afán de ver Guayaquil, de mirarlo y remirarlo con sus ojos expertos, para poder robar su paisaje y trasladarlo de la retina al lienzo.

Blanes soñaba con este cuadro formidable, que sería su cuadro por excelencia. Era de tema histórico: la entrevista del general Simón Bolívar, el Libertador, con el general José de San Martín, el Protector, a filo del Guayas .... Le habían llegado noticias de que aún se mantenía en pié la casa en que tal entrevista hubo de cumplirse; y, Blanes quería verla.....

No lo consiguió jamás.

En dos ocasiones tentó su viaje.

En la primera lo detuvieron en Chile dificultades pecuniarias.

Cuando, años después, venció estos obstáculos, se le presentó como una valla infranqueable al paso, la guerra entre Perú, Bolivia y Chile.

Era cuestión esperada en América que Ecuador intervendría en el conflicto armado que, por un instante, amenazó incendiar el Continente entero. Blanes no juzgó adecuada la épo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ca para navegar por el Pacífico belicoso, sobre el cual soplaba la guerra como un viento huracanado.

Prefirió su Uruguay tranquilo y enrutó luego a Europa.

Acabó sus días allá.

El 15 de Abril de 1901, en Pisa, murió .... Blanes fué, sin duda, un pintor con genio.

Desgraciadamente, le faltó escuela severa y constante que lo orientara y conservara en orientación.

Se hizo solo.

El Montevideo de su juventid no era la ciudad de tipo ateniense que es hoy. Blanes se asfixió, literalmente, en su ambiente: estrecho, mezquino, politiquero, casi rural todavía..... El medio era denso, espeso..... Y le ahogó el impulso.

Buenos Aires mismo, más grande, pero no más propicio, le atajó su vuelo.

Blanes se había iniciado como retratista.

Después, tras una visita a los museos franceses, los de París especialmente, tumbó hacia los cuadros de género. Finalmente, se encontró, o creyó encontrarse, en los cuadros de tema histórico.

Su producción en este orden es abundante.

Blanes revistó los episodios salientes de las campañas del General San Martín y los de las guerras civiles o cuasi civiles de la cuenca del Plata. Era laborioso, paciente. Sacaba de su arte el sustento. Dedicaba al trabajo todas sus horas, Apenas si descansaba.

Era honrado, con una buena honradez campesina..... Cuando su donjuanismo juvenil lo empujó hacia malos amores, se atemorizó fundamentalmente. Reaccionó de prisa. Enredado en adulterio novelesco, legalizó luego burguesamente sus relaciones con la amante, y sobre el vicio de origen, echó las fundaciones de un

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

hogar modesto, virtuoso al modo viejo.
Hay que suponer que le tenía un tanto de miedo,
de miedo humilde, a la vida..... Además
de todo, su conciencia de lo que valía era escasa.....
Esto le hizo bien y le hizo mal.
Como suele ocurrir
a los artistas, gustaba más de aquello que me-
nos sabía hacer. En lo que era flaco, creía ser
poderoso. Por ejemplo: se desvivía pintando
caballos. Y la verdad es que le resultaban
unos animalitos feos, falsos, muy poco
caballos.....
Los suyos carecían por igual de la gracia li-
gera, del encanto smart de los de Lynwood Palmer,
y de la reciedumbre de los de Francisco
de Goya y Lucientes.
A mi parecer, donde
radica la magnificencia de Blanes como
pintor es, más que nada, en la composición.
En términos generales,
Blanes es un representante valioso de la
pintura americana del siglo pasado, que, iniciada
mejor que influída por múltiples tendencias,
vaciló en un característico desgobierno, sin dejar nada
definitivamente fuerte que pudiera sobreponerse al futuro.
Blanes estuvo breves
días en Alemania, según entiendo. Posi-
blemente estudió a Matías Grunewald, el
mayor pintor alemán de todos los tiempos, cuyo cuarto
centenario acaba de celebrarse.
Anoto esta circunstancia
porque —a mi parecer, conforme expreso—, en ciertos ins-
tantes Blanes recuerda al maestro tudesco, a
pesar de las radicales diferencias..... (Piénsese
que es en las diferencias donde se delatan las semejanzas).
Blanes murió insatisfecho.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lo obsedía la idea de a
su gran cuadro que no hizo: la entrevista de los
dos capitanes.
Pudo haberlo pintado sin cono-
cer Guayaquil, pero era demasiado honesto para eso.
Prefirió no pintarlo.
La visión se le quedó en el anhelo.
Y la ciudad se le apartó para siempre.
El había procurado cada vez acercarse a ella.
Hay una coincidencia curiosa: las dos oca-
siones que Blanes viajó por el Pacífico,
escogió barcos de nombre ecuatoriano .... "El Chim-
borazo" ..... "El Cotopaxi" .....
Quizás entendería que con ello se le propiciaba el viaje
al puerto deseado.....
Acaso Blanes sería un tanto supersticioso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

DON MANUEL Y LOS ANIMALES

Hay uno como nemoro solo valle donde se cruzan los caminos serenos, cauces muelles que siguen las almas sencillas, con las vias arriscadas, trochas bravas abiertas a lucha, que siguen los espíritus combativos. — Las mentalidades superiores y las mentalidades elementales, coinciden en esa zona que permanece desconocida, recatando su amable secreto a las mentalidades medias, que blasonan de sólida normalidad.—Ahí, en aquella región de placidez, se está más en la vida, en la vida total: se siente más prietamente la solidaridad con cuanto existe y se es más íntima parte en la gloriosa armonía del conjunto.— El Budha iba por ahí cuando encontró al perro con gusanera y lo libró, y luego, por amor de los gusanos, se arrancó un trozo de carne de su V brazo y dióla a comer a las rastreras alimañas, criaturas también con derecho a subsistir, a crecer y multiplicarse sobre la tierra hospitalaria..... Tolstoy estaba ahí la ocasión aquella en que sufrió tan de hondo al dar involuntaria muerte a un mosquito, ha cien do el mismo gesto del árabe fabuloso que mató al genio del viento..... Cris to tropezó ahí con el cuerpo mu erto del can, cuyos dien- tes se le ocu- rrier on per- las

brillantísimas ....

Cuando se pisan siquiera los términos del valle singular, se comprende por qué Selgas cantó a las florecillas, por qué Teixeira de Pascoaes cantó a los animales, por qué González Prada amó a las florecillas y a los bichos domésticos.

El hombre humilde, pegado al agro como un terrón, sábese, sentimentalmente, próximo a los seres tanto o más humildes que él que lo rodean y le dan corte y le alegran el paisaje: los polluelos bulliciosos y los prósperos cerdos, los nítidos azahares del naranjo y las campánulas de tonos obispales.....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El hombre arrestado, el hombre de alto bordo, cuya existencia se debate por tempestades y huracanes y respira aire venido sobre el ala de los aquilones, igual que el solitario de Guernesey, "trabajador del abismo" se halla como en puerto seguro al acercarse a esos mismos personajes —flores, animales..... —que carecen de complicaciones psicológicas y cuya vecindad abriga y conforta.

Cuando se sufre la soledad de estar entre hombres hostiles, ¡cómo es grata la compañía de la florecilla modesta o del doméstico bicho!

González Prada, el luchador contumaz, solía refugiarse en el cariño de los animales, cada vez que la enemiga de los humanos se le ponía en derredor como un duro círculo de púas.

Don Manuel fué hombre sin confidentes. Quienes vivieron en su época no fueron sus iguales; y, así, no tuvo amigos a quienes entregar su confidencia.

Tuvo discípulos o contradictores: amigos, no. A su espíritu le faltó esa recámara de descanso que significa un espíritu gemelo o semejante.

El que le estuvo más propincuo —el de su mujer, doña Adriana de Verneuil, — se negó a tomar ese papel, incómodo al fin, de confidente.

Doña Adriana comprendió que debía adjudicarse otro desempeño, mucho más importante y difícil: el de animadora, como la nombra Luis Alberto Sánchez.

El confidente es aquello que dije: una recámara penumbrosa, una tranquila estancia donde se adueerme la inquietud. Como un remanso soporoso al río que trepa.

Doña Adriana no fué eso. No quiso serlo. Si

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

acaso, lo fué en medida corta y sólo cuando resultó imprescindible."

Ella entendió en otras faenas. Sabía dónde era necesaria. Cómo era necesaria.

Fué, así, llama que enardeció, motor caldeado, viento en la vela, arranque e impulso .....

La animadora.

Don Manuel dibujaba los paréntesis. Se hacía una pascana de amigotes: los perros, los gatos, los pájaros. Ya de niño había demostrado su incontenida afición a los animales ..... Era dueño y señor de no menos de catorce canes retozones que alborotaban de ladridos el peripuesto silencio de la casa solariega de los González Prada en Lima.

Narra Luis Alberto Sánchez en su libro sobre el autor de "Páginas Libres", que los catorce perros constituían la más grande felicidad del muchacho y que éste pasaba de largas horas con ellos, en el jardín de la casona, imaginando extraordinarias aventuras en que intervenían como protagonistas los cuadrúpedos y él mismo, don Manuel, entonces Manuelito en diminutivo cariñoso.

Cuando mozo ya se metió a chacarero, los perros siguieron siendo su distracción preferida.

Estudiaba, leía escribía, en la hacienda. Atendía a las labores agrícolas. Hacía de confesor laico. Ejercía de consejero. Y se daba mañas y tiempo para irse por los campos, jugueteando con los animalillos.

Por supuesto, era agrio enemigo de la caza ..... Sólo una vez, por compromiso, asistió a una partida; y, sea a voluntad o como fuere, echó a perderlo todo, en lo mejor de la batida, con grave disgusto de los cazadores.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En Lima de nuevo, su hogar era el refugio de los perros vagabundos. Los perros vagabundos forman una especie de lumpenproletariat más irracional que el otro, que el humano. Sus huidos apetitos, insatisfechos siempre; su hambre aguijada, su sed ácida, los arman contra todos. Atacan a sus congéneres y a las gentes infelices. Se conciten, así, odios totales ..... Don Manuel los salvaba del odio y emprendía en regenerarlos ..... Azucaraba de regalos su amargura indigente.

Siempre había alguno, siquiera, acogido a la solombría hogareña, refugiado, hurtado al arroyo, engordando en la abundancia.

Los animales estaban lo más del día junto a González Prada, a su vera.

Al ejemplo,

Decía don Manuel en carta a su hijo, diplomático en Buenos Aires, "Hoy es un hermoso día de primavera. Escribo en el bureau de tus batallas abogadiles: tengo cerca de mí a tu madre y diviso el humo de un perol donde hierven unas cincuenta naranjas.

Nani duerme en su canasta, sobre la mesa de mármol, y el pajarito no deja de cantar. Los gatos no sé por dónde andan. El doctor Vargas asoma en el horizonte: voy a recibirlo".

¿No os recuerda la escena descrita un clásico cuadro que os es familiar: el despacho del hidalgo ibérico, cuya figura se centra en Alonso Quijano, afanado en lecturas de fantasía o en escrituras también de fantasía, con el alano tumbado a los pies, y al cual hidalgo interrumpe en la tarea la visita del canónigo? ¿O, quizás, algún cuadro de la escuela holandesa donde hay, entre pintorescos hichos de las colonias tropicales, un burgomaestre y una

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dama flamenca?

Don Manuel anuncia a su hijo en son trascendental, tristemente enseriado, sucesos de los animales predilectos: "Una gran desgracia en la familia: Michichi ha emprendido el gran viaje". Hay una pimientilla de burla....., tapujo sentimental que esconde lo que puede esconder la burla.....

Ésta se acentúa luego en sarcasmo: "Los demás animales seguimos bien".

González Prada se mofa de sus propios afectos, poniéndolos un tanto en ridículo.

Empero, continúa cultivándolos hasta el momento de la partida.

Según cuenta en su mencionado libro Luis Alberto Sánchez: la mañana en que murió Don Manuel, Nani, el perro veterano, recostado al pie del sillón, dejaba que sobre su lomo travesara Mignon, la gatita que había sustituido al difunto Michichi. En el jardín, las queridas madreselvas cromatizaban un canto afinado por los gorriones amados de González Prada. Y en su asiento frailero, Don Manuel expiró.....

Nani iba a sobrevivirle a su amo. Tras la desesperación en el trance del sepelio, se hundió en una reconcentrada tristeza que ya no había de abandonar hasta la hora en que siguió las huellas de su amo por el camino de las sombras.

Nani, duendecillo propicio, permaneció hasta mucho después de fallecido González Prada; junto a la viuda, acompañándola, dándola escolta fidelísima.

Cuando murió, otro can lo reemplazó: sucesor de él, de Carachita, de Desprecio, de Cucho, de todos los canes humildes que vivieron bajo el techo de Don Manuel.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Este nuevo perro probablemente toda-
..vía monta la guardia junto a la viuda inconsolable,
como el que montaba guardia junto a Penélope.
Pero el Odiseo
Laertiada de este cuadro no tornará jamás de su
fúnebre aventura, y la tela que cor-
ta su viuda será, seguramente, la de su pro-
pia mortaja, alguna vez .....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El Caballero Pigafetta

Hay que imaginarse cómo sería en sus tiempos el caballero Pigafetta (Francisco Antonio), ja-dalgo de Vicenza, por cuyas venas corría, tu rera y trepidante, la buena sangre toscana. rí a alto y, acaso, fornido. Induce a pensar mo su salud de toro joven, a la que pe- as más atolondradas que las del cacem- mbad no lograron alterar en lo más Sería, pues, fornido. Usaría bigotes Marcharía recíamente, bamboleando del horcegui, como si tomara a ca- sión de la tierra. No obstante vi- ntilizado siglo XVI, parecería to- tiero audaz del Cuatrocientos, des del viejo estilo italiano.— pero cuando lo presumo escri- naval, le encuentro una seme- inquieto paisano Casanova, memorias de amor en un cas- Quizás la semejanza con- ción que ambos adoptan Giacomo y este rezaga- erusolén, la contemplan pero, olvidando el sa- s filósofos, practican ficial, esto es, sin — Tanto el uno co- cuentan cómo han or de Norsia en la mundo y nos na- llo Casanova de desconocido que llamar a la mu- no lo hiciera na- érigo—, sin con- quellos univer- el deliciosa. .. ptada y del po- relatos .. ... historiar a Pi- mo el sería, celona, dando guardia cancilleresca a Monseñor Chericato, Embajador notificando ante la Cesárea Majestad de Carlos, Rey de Romanos... Hay que verlo gestionar, metiendo en ello los más preciosos recursos de la escuela florentina, para obtener el permiso imperial de embarcarse, como sobresaliente, a bordo de la nao "Trinidad", en la escuadra descubridora que comandaba el oportense Magallanes. Y hay que seguirlo en su circunvolución por el planeta. Es de suponer que no sólo lo guiaría en el viaje el instinto navegante. Es muy probable que un encubierto afán de política comercial agitaría al ca halle-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ro Pigafetta en su empresa, y algo esperaría sacar de ella en beneficio de su Vicenza natal, y aún quizá, en inusitado arranque de patriotismo totalitario, en beneficio de la península itálica, Venecia incluída.

Sin embargo, Pigafetta expresa otra cosa. Alude en su crónica a cierta ambición de fama **post mortem**. Dice: "Por los libros que yo había leído y por las conversaciones que tuve con los sabios que frecuentaban la casa del prelado (se refiere a monseñor Chericato), supe que navegando por el Océano se veían cosas maravillosas y me determiné a asegurarme por mis propios ojos, de la veracidad de todo lo que se me contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje, tanto para entretenerles como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad".

La asedia la prisa al caballero. En vez de esperar tranquilamente a que la escuadra sevillana estuviese aparejada y lista para zarpar, embarcándose luego en Sanlúcar con Magallanes, Pigaffeta se instala en la ciudad del Betis a presenciar el arreglo de las naves, ansioso por ser uno de los primeros en pisar la cubierta de la "Trinidad". Por lo demás, no pierde su tiempo. Se siente atraído por las cosas marineras; y mientras espera, se vuelve experto en señales, guardias y manejos.

Y, a la postre, lo sabemos ya sobre el Mar Tenebroso. No van de seis días cuando su buena suerte le depara una noticia extraordinaria que él se apresura a trasladar a sus lectores: la de la existencia del árbol que da agua.

Este es el primero de los cuentos fabulosos que enredarán la primera crónica de la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vuelta al mundo.

El tal árbol, oriundo de las Canarias, crecería en terrenos áridos y, sin conocerse de dónde, sería rico en agua cristalina, que ofertaría graciosamente, en la punta de sus hojas, al caminante sediento. Algo así como una Samaritana vegetal. Felizmente, Pigafetta, con la expedición magallánica, continuó su viaje sobre la costa de Africa, curumbando ya el trozo oblicuo al Brasil. Las tempestades atlánticas sacuden ahora a las naves; mas, San Telmo, Santa Catalina y San Nicolás, en forma de fuegos al extremo de los mástiles, protegen los navíos de Su Majestad Católica, y con ellos, la vida del caballero vicenzino. Y ya llega al Brasil.

Pigafetta es, sin duda, un cronista formidable, en quien fracasó un novelador intenso. Apenas hay nada más sabroso en la literatura narrativa que su descripción de la naturaleza brasilera y de las costumbres de los pobladores, cuya credulidad censura acremente Pigafetta, sin parar mientes en que él es más crédulo aún que ellos, o tanto por lo menos, al tragarse fácilmente el agua cristalina aquella del árbol canario.

Por descontado, en su crónica, para que guardara las debidas proporciones, no podían faltar los gigantes. Y Pigafetta los encontró. En la Patagonia. No cabía que fuera en otra parte. La Patagonia es lo suficientemente grande para contenerlos.

Mas, que no quede en mi lector la impresión de que sólo fantasías iluminan la crónica del caballero Pigafetta, como fuegos fatuos en un pudridero. Sólidas realidades, más luminosas aún que las más deslumbrantes fantasías, se entrecruzan y contraponen en ella. Es que esas realidades

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

son, de suyo, en esa hora de la vida humana que le tocó oír sonar a Pigafetta, tanto o peor de increíbles que las máximamente exageradas obras de la imaginación creadora. ¡Realidades de abracadabra! Una, al azar, por ejemplo: el paso del Estrecho.

Y más que el paso mismo: la salida sobre el Pacífico, tras la tempestad que sacudió los barcos en el agua angosta, doblando el cabo Deseado. Lo llamamos así, dice Pigafetta con una encantadora ingenuidad, porque habíamos deseado largo tiempo verlo. Sí; cabo Deseado. Lo anhelaban hasta las proas de las naves embotelladas. Se estremecerían ellas al surcar las ondas oceánicas, que ninguna costa puede controlar en su movimiento libérrimo, obediente no más al compás enloquecido de los vientos abiertos.

Y luego es la lenta navegación por el mayor de los charcos salados. El ir de isla en isla, en son de confirmar, como obispo en campo, dándolas nombres pintorescos y atrabiliarios, de acuerdo con la ilusión del momento, con el patrono o el santo del día, con el tiempo marino, con la característica aparente. He ahí, a la muestra, el por qué de ciertas denominaciones: Archipiélago de San Lázaro, Archipiélago de los Ladrones ... Pigafetta llevaba él mismo escondido, además de un novelista, como expresé antes, un poeta elegíaco. No otra cosa que una poesía elegíaca es su relato de la muerte de Hernando de Magallanes a manos indígenas y la exaltación del marino lusitano que encontró fin terrible a su vida, absurdamente, en una de las más hermosas islas de la mar del Sur: en una de aquellas islas que los monarcas peninsulares aspiraban a prender, como joyas exóticas, en sus coronas reales.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pero, el viaje sigue, a pesar de todo. Se reemplaza al jefe difunto. Se vencen los obstáculos. De un incidente contrario se aprovecha el beneficio que puede volverse. El viaje continúa. No tendrá otro término que el puerto mismo de salida, en la costa de España. Habrá de circunvalarse el planeta. Encerrarlo con esta ruta como en un cinturón. Y la etapa final de este viaje se desenvuelve por entre las tierras de la especiería, cuyo picante olor parece como si perfumara las páginas de la crónica, añadiendo la gracia ligera de su aroma a la amenidad del cuento naval.

Las tierras tropicales donde brotan las variedades de la especiería..... Las islas de la Canela..... Las islas de la Pimienta..... Sugestión ardorosa en la mente de los hombres del Norte, en cuyas noches frías la tibia imagen de las plantas de especiería pondría un porcentaje de calor..... Estos hombres se imaginarían que cada isla daría su propia especiería, y que, así, habría una isla del Jengibre, una isla del Clavo de Olor, una isla de la Nuez Moscada..... Y al leer la crónica de Pigaffeta, se estremecerían en una envidia gastronómica.

Acaso, sí, no lo envidiarían al saberlo comiendo pan de madera..... Porque Pigafetta llama de esta suerte al hoy vulgar y modestísimo sagú, que alguna vez alimentó nuestras infancias.

Para relatar la maravillosa aventura del italiano, no habría otra cosa que hacer sino reescribir su libro, tan bellamente, tan limpiamente como él lo escribió: sin baratos alardes de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

literatura, con una emoción niña, con su misma tranquila ignorancia..... Y esto, desgraciadamente, ya no es posible.

No queda, pues, sino remitirse al texto de la crónica, que ojalá fuera dable saborear sobre sus pergaminos originales, encerrado el lector en la sala de alguna historiada biblioteca, repleta de viejos planisferios y descoloridas bolas del mundo.

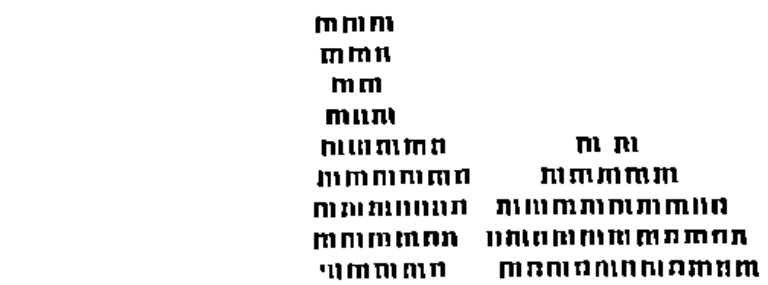
En ese ambiente valdría seguir a Pigafetta (Francisco Antonio), hijodalgo de Vicenza, y salir luego al filo del mar, a esperar su regreso.

De la nutrida expedicion, solo 18 hombres tornaron a España.

Este puñado de guiñapos humanos, sobre quienes la heroicidad había soplado sus vientos tempestuosos, saltaron descalzos, con un cirio en la mano, y fueron derechamente a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y a la de Santa María la Antigua.

Cumplian así un voto solemne, formulado en trance de naufragio, cuando los barcos navegaban, ridículamente pequeños, entre las olas gigantescas, por el océano sin orillas. Mientras estaba frente a la imágen de la Protectora de los Navegantes, Pigafetta pensaba en su Italia natal y formulaba otro voto: el de consagrarse para siempre al servicio del excelentísimo e ilustrísimo señor don Felipe Villiers l'Isle Adams, gran maestre de Rodas, conde de no sé cuántos lugares y antepasado necesario de uno de los más dulces locos que ha habido en la tierra; el poeta que nació con vocación para rey de Grecia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Luis Alberto Sánchez, laborioso, infatigable, nos acaba de dar un nuevo y bello libro en Editorial Ercilla: "La Perricholi".— Muy raro sería encontrar un lector americano de relativa cultura que desconozca las tradiciones peruanas de don Ricardo Palma y que, por lo tanto, ignore la vida bien de Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza, siquiera sea en sus rasgos generales.—Es figura harto sabida la de esta Pompadour criolla, como se la ha apodado. Flor del jardín limeño, como la otra, como su universo, la dulce santa virginal, embalsamó con su aroma de glorioso pecado los pacatos días de la colonia. Su fama fué de un extremo a otro de estos perdidos dominios de la Corona borbónica, y ha quedado vinculada permanentemente a la leyenda popular de nuestros países. Yo mismo he oído en mi niñez, a los viejos de mi gente, hablar de ella. Es decir, más tarde he compren-

LA PERRICHOLI

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dido que se hablaba de ella, y la he reconocido en aquellos rancios cuentos donde se la hacía aparecer, ora como una princesa india, ora como una gran dama de la sangre, pero siempre en su escenario de la Ciudad de los Virreyes y entregada a las más altas campañas de amor: la Perricholi. Sugestivo el personaje y hábil como pondierado el narrador de sus ligeros hechos, la breve historia de Mica Villegas, escrita por Luis Alberto Sánchez, resulta cautivadora. Se piensa, al gozar de este "libro de buen entretenimiento" en aquellos clásicos relatos cortesanos en que ejercitaron, tan encantadoramente, primero sus lenguas y luego sus plumas, los maestros narradores del Quinientos.

Luis Alberto Sánchez es, sin duda, un admirable reanimador; y ello se constata de nuevo en la obra que comento, como ha ocurrido en otras, capitalmente en "Don Manuel". Logra, en sus páginas, hacer actuar al protagonista, dejándolo vivir su propia vida y en su propio ambiente. No es la momia del protagonista lo que nos muestra, sino a éste mismo, resucitado. Tal realidad de presencia cobra el personaje, que se nos ocurre —y no sé si me explique bien,— no una recreación histórica, al fin y al cabo, sino una creación novelesca.

¡Canela fina!

Era este el piropo que arrancaba de todo labio de varón la mestiza singular que había de enloquecer con su carne lujuriante al muy ilustre y muy anciano señor don Manuel Amat y Junient, virrey del Perú.

¡Canela fina!

Y eso era, la verdad, esta mujer trigueña para la cual parecen escritos los más arrebatados pasajes del "Cantar de los Cantares".

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Canela fina!

Porque tenía ese picante sabor de la especería, ese olor que trastorna los sentidos y obliga la añoranza de extraños paraísos de placer, en islas remotas, al abrigo de los trópicos sexuales.

Asistimos en el libro al transcurso —de cuna a tumba— de esta existencia extraordinaria, integramente consagrada al culto de Eros, y rendida a la postre, entre humos de incienso beato, en un hermoso dia de mayo de 1819. Hundida en su sepulcro; envuelto el amoroso cuerpo, que supo de las sedas deslumbrantes, en pobre hábito franciscano, habia de entenderse que la Perricholi desapareció para siempre, restando tan sólo de ella su recuerdo, como el más lujoso florón de la galanteria americana.

Mas, no fué asi.

No se resignó a la muerte esta deliciosa loca, y reencarnó —eso es, reencarnó— en su nieta, Andrea Amat y Mancebo, hija del "hijo de cabeza grande", como solia nombrar pomposamente la madre de la Perricholi al fruto de los amores de Micaela con el señor virrey: Manuelito Amat y Villegas.

La misma morena gracia de la abuela está en la nieta; y es asi como, atraido por ella, el general José de San Martín, al entrar por vez primera en Lima, ignorando quién fuera y queriendo rendir un homenaje a la mujer peruana, la escoge de entre un selectísimo concurso de empingorotadas señoras y señoritingas: "Permitidme que os bese en señal de mi gratitud a todas".

Fue el póstumo triunfo de Micaela Villegas sobre la aristocracia limeña que la soportó cuando no pudo menos, pero que la odiaba y que murmuraba ahora por la "desastrosa equivo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cación" del Protector.

Refiriendo esta escena concluye el libro de Luis Alberto Sánchez: "Los vítores pudieron más que los mosconeos. La plaza pública acalló al salón. Cid mestizo y con faldas, la Perricholi mantenía su señorío desde su humilde huesa, y a través de su creciente leyenda de pecado y donaire, de lisura y amor".

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

VESTIGIOS DE LA ATLANTIDA

Con este sugestivo título el ilustre sabio venezolano doctor Rafael Requena acaba de publicar en Caracas (Tipografía Americana), un hermoso libro de exposición científica, sujeta al más riguroso método crítico, sobre el apasionante asunto de la existencia o inexistencia de la Atlántida, como continente otrora a flote y hoy sumergido en las profundidades abisales del llamado Mar Tenebroso.— La cuestión, que es de suyo sabrosa al imaginar, que es por naturaleza carne de fantasía; está tratada, empero, serena e imparcialmente, según conviene al investigador, el cual no ha de dejar que se le suelte el ensueño por los caminos fáciles de la inducción, sino que refrenando el impulso desbocado, ha de recorrer las vías seguras, aunque más estrechas y ásperas, de la observación y del análisis.— La creencia en la realidad de la Atlántida, se afianza, como es sabido, en la más insigne antigüedad. — Los textos griegos no la brotan de sí: la evocan de lejanos pasados; siendo ellas sólo transcripciones, fieles en tanto por ciento o, cuando más, afortunados comentarios. Vénse, a la muestra, Platón. En los diálogos platonianos, capitalmente en el de Critias y Sócrates, la noticia de la Atlántida aparece como hebida de hontanares extraños y remotos. Critias relata por tradición oral venida de su bisabuelo, el cual lo supo de Solón, quien a su vez la tomó de un sacerdote saitio — de Sais, en la delta egipcia — que la habría recibido, acaso, entre los misterios comunicables de las revelaciones iniciáticas. — Y, por cierto que no es el luminoso Platón el único griego que alude a la tierra perdida. De Crantor a Proclo, son muchos a precederle, a corroborla o a repetirla.— En los autores de las eras clásicas la idea hallía prosperado tanto que se halla en los de más varia tendencia, si bien amañada o adulterada conforme al criterio o al objetivo final del referente. Así, ora es Filoastrato, ora Diodoro Siculo, o Theopompo, o Marcelo, quien la revé y actualiza.—La bibliografía sobre la Atlántida es enorme. En los tiempos modernos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y contemporáneos, y hasta en los períodos postrimeros del medioevo, se ha escrito abundantemente sobre el tema. Esa literatura, preferentemente literaria pura o pseudocientífica, no dice ninguna cosa nueva y de importancia, por lo general. El mensaje atlante, la verdad escueta, llega recién. Ahora traen ese mensaje los etnólogos, los oceanógrafos, los arqueólogos, en fin, los cultivadores de esas ciencias auxiliares que día por día cobran insospechadas trascendencias. Son ellos quienes aportan datos y datos, con los cuales se redondea un futuro conocimiento pleno de la Atlántida.

Sin embargo no cabe echar en olvido absoluto a todos aquellos sabios o artistas de mera fantasía, cuyas obras por lo menos han contribuido a conservar latente el interés por la cuestión, si es que no han suministrado una noticia valiosa o han fijado, genialmente a veces, una orientación aprovechable para la investigación posterior Bori de Saint-Vincent, Berthelot, Bourguignat, Torbes, Scherer, Hornius, Bailly de Engel, Brasseur de Bourbourg, Babcock, Lapparent, Unger y Heer, Spence, el gran Buffón ..... La lista sería extensísima; y, acaso, por lo pronto convendría terminarla con el nombre de ese notable abate Moreaux que, sin estigma de heterodoxia, no ha vacilado en expresar que las cuestiones acerca de la evolución de la tierra y la aparición del hombre poco importan a la fé; dando así enseñanza a tanto ignorantón, aherrado de dogmas incomprendidos, como pululan sobre todo en nuestra América.

Los autores mencionados han manifestado, en obras especiales o en obras de enciclopedia, sus opiniones en torno al debatido asunto de la Atlántida y,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

el doctor Rafael Requena, en el libro que motiva este somero comento, luego de plantear las teorías ajenas, las critica como cuestión previa a propugnar la suya y comprobarla, en cuanto le es posible, con los resultados de sus trabajos personales, hechos en el Estado Aragua, principalmente en los Cerritos del Valle del Tacarigua.

Empieza el doctor Requena por presentar una teoria sobre la formación de nuestro globo que, si concuerda con la de Kant y con la de La Place, posee características propias que la diferencian y especifican, creándole individualidad científica. Esto por lo que atañe a la geogénesis. Respecto al origen de la vida, piensa el autor venezolano, que ésta comenzó en las aguas del mar, y su teoría es exclusivamente hidrogenética. Más todavia: sostiene que el agua jugó un papel muy superior al del fuego, elemento tipicamente destructor, y no constructor como el agua, en el desarrollo mismo de la esfera, desde el momento inicial de la nebulosa condensable hasta el actual estado. A este propósito hace el doctor Requena una comparación originalísima, parangonando la formación del fruto del cocotero con la del palneta. En seguida entra de lleno en la cuestión atlante, agotando virtualmente el tema: constatando, o conjeturando donde es menester estricto; basándose siempre, de modo primordial, en la interpretación de lo obtenido en sus excavaciones —restos fósiles, utensilios, etc.,— y en la necesidad geográfica del Continente desaparecido para aclarar una multitud de puntos oscuros que sin eso no tendria recta explicación.

He aquí una de las lógicas conclusiones a que se encumbra la obra del doctor Requena:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"La Atlántida, sostenida por siglos en la tradición, y que multiplicadas investigaciones científicas tienden cada dia a corroborar, establece vinculos geográficos tan estrechos de un continente hundido con la parte oriental y septentrional de nuestra América, que lleva con fuerza persuasiva a establecer un mismo tipo primitivo para los habitantes de su conjunto. El hombre paleolitico atlanto-americano tuvo así su origen; y la prueba de su autoctonismo la da el elemento americano que por su situación aislada a causa de su separación de la parte Atlántida del Norte, y mantenido en larga edad de piedra, ha podido no sólo dejar trazas de sus obras, sino tambien sus propios restos fosilizados como testimonio elocuente de su antigüedad milenaria. El hombre ha habitado en nuestro suelo desde las más remotas épocas. La teoria de que este continente ha sido sólo de recepción humana, de población originada fuera de él, no tiene apoyo cientifico, y ninguna tradición existe que le dé un primer poblador que no sea ese elemento paleolitico, el cual presenta instrumentos, utensilios, obras y sus propios restos asociados a los despojos de una fauna extinguida, de que fué coetáneo.

La Atlántida eocena tanto explica una unidad de origen con las tierras del oriente americano, como relaciona después su situación insular con el macizo continental, a que estaba unida, por transformaciones a causa de su hundimiento. Como contragolpe de esta catástrofe, la tradición peruana del diluvio señala la creeción de la cordillera de los Andes. A falta de una prueba científica concreta de este hecho, el indicio tradicional del relieve orográfico andino lleva a pensar en el posible cambio que como consecuencia ha po-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dido producirse en la parte opuesta de la América. La situación baja de las tierras de Venezuela adyacentes a las costas del mar, a que pertenecen las de Aragua, donde he hecho mis hallazgos arqueológicos, me lleva por interpretaciones'
de la geología a suponer por causa de aquel levantamiento una invasión de las aguas sobre extensiones que estaban ligadas a la Atlántida".

Por lo demás, el libro, redactado en estilo sencillo de corte didascálico, es de lectura fácil para los profanos.

Nadie que se interese por el pasado de nuestro Continente —y aún por el presente, del cual aquél es determinante— debe ignorar la obra del doctor Requena: nos enriquece con un cúmulo de conocimientos verdaderos y, además, cumple con encarrilarnos el ensueño atlante que, casi sin excepciones, irrumpe, en todas las mentes, descendido acaso hasta nosotros, por los laberintos del ancestro.

En asuntos de la laya de éste, el instinto heredado sabe —o cree saber— más que la conciencie actual, e impone su dictamen.

¿Y no será eso, quizá, lo que acaece con los conejos noruegos, por ejemplo?

El doctor Requena se refiere a estos curiosos animalillos cuyas misteriosas costumbres han sido estudiadas por Duppa Croth.

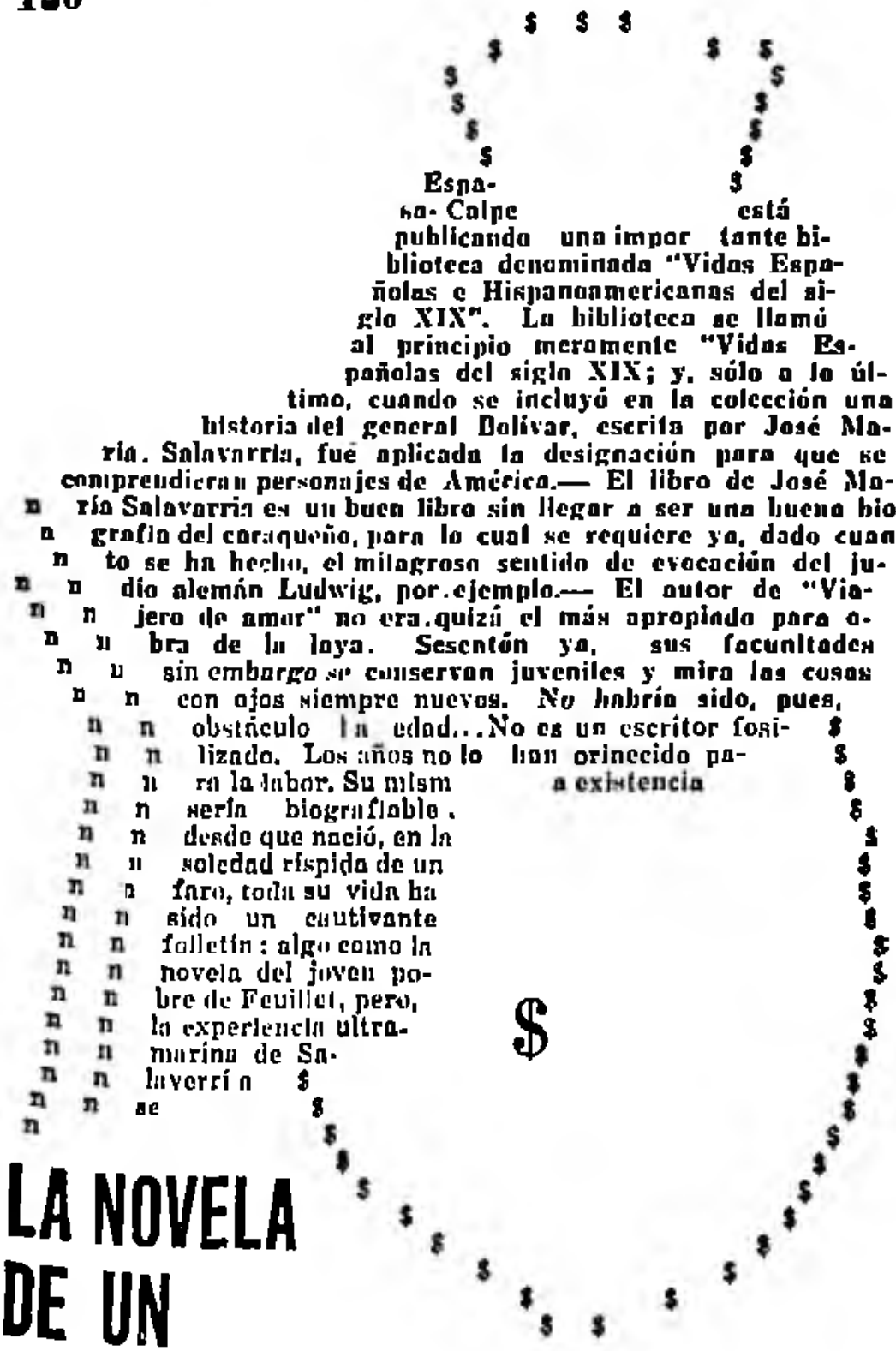
Supónese que los milenarios antepasados de las bestezuelas nórdicas, solían emigrar nadando, a través del mar, a la Atlántida. A lo largo de los evos se ha perpetuado el afán viajero: nacen los conejos en las altas montañas y luego en grupos numerosos, se llegan hasta las playas y arrójanse a las ondas en busca de la colonia de sus mayores, para ellos feraz pa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

raiso prometido. Grandes nadadores, se adentran por el océano hasta distancias inmensas ....

Pero ya la Atlántida está hundida para siempre y duerme su sueño de eternidad cubierta de olas ..... Los animalitos, rendidos de fatiga, acaban por perecer bajo el cielo implacable ..... ¡Quién sabe si sus restos, descarnados por las fieras marinas, hallan por fin reposo de tumba en el abismo insondable, envueltos en limo que antaño —lejanía de siglos .....— fuera tierra de la desventurada Atlántida.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Espa-
ña Calpe está
publicando una impor tante bi-
blioteca denominada "Vidas Espa-
ñolas e Hispanoamericanas del si-
glo XIX". La biblioteca se llamó
al principio meramente "Vidas Es-
pañolas del siglo XIX; y, sólo a lo úl-
timo, cuando se incluyó en la colección una
historia del general Bolívar, escrita por José Ma-
ría Salavarría, fué aplicada la designación para que se
comprendieran personajes de América.— El libro de José Ma-
ría Salavarría es un buen libro sin llegar a ser una buena bio-
grafía del caraqueño, para lo cual se requiere ya, dado cuan-
to se ha hecho, el milagroso sentido de evocación del ju-
dío alemán Ludwig, por ejemplo.— El autor de "Via-
jero de amar" no era quizá el más apropiado para o-
bra de la laya. Sesentón ya, sus facultades
sin embargo se conservan juveniles y mira las cosas
con ojos siempre nuevos. No habría sido, pues,
obstáculo la edad...No es un escritor fosi-
lizado. Los años no lo han orinecido pa-
ra la labor. Su mism a existencia
sería biografiable,
desde que nació, en la
soledad rispida de un
faro, toda su vida ha
sido un cautivante
folletín: algo como la
novela del joven po-
bre de Feuillet, pero,
la experiencia ultra-
marina de Sa-
lavarría
se

LA NOVELA DE UN SOLDADO DE FORTUNA

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

reduce a la cosmopolita Buenos Aires, a un poco de Pampa, y creo que a la Unión. Le ha faltado la visión inmediata de los escenarios de la Independencia, y sin esto no se puede apreciar, a mi entender, exactamente, la gestión bolivariana.

A lo sucesivo Espasa-Calpe ha enmendado la plana cometiendo a escritores de acá la redacción de biografías americanas. Entre las que han aparecido constan la de San Martín y la de Sarmiento, junto a otras de menor importancia. Se anuncia la de Martí. Es de esperar que figuren las de algunos ecuatorianos. Olmedo, Rocafuerte, García Moreno, Montalvo, Eloy Alfaro, muchos más de los nuestros son merecedores de ello; y, ojalá los escritores paisanos, dando su modorra, trabajen y manden sus obras a Espasa-Calpe para su edición.

Pero no es a esto que quiero ahora referirme, sino al tomo reciente de la colección mencionada.

Se trata en él de don Juan van Halen, a quien Pío Baroja, el autor, apoda "el oficial aventurero", como en la traducción castellana, se hace con Dugald Dalgetty, protagonista en "La Leyenda de Montrose" de sir Walter Scott.

Don Juan van Halen fué uno de los hombres más interesantes del siglo XIX.

Descendía de una familia probablemente oriunda del Limburgo belga, aun cuando la opinión más captada dábale arranque en la aldeúca de Halen, ubicada en la raya de Westfalia con Hanover.

Radicada una rama de esa familia en España, nació en la isla de León don Juan van Halen (1790-1864), quien había de jugar un gran papel en los sucesos de la época de Fernando VII y siguientes, y, fuera de la península, en la Rusia de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Alejandro I, en la Bélgica separatista y en el Portugal insurreccionado.

Hermoso, valiente, arrojado y poco escrupuloso, don Juan van Halen encarnó el tipo más brillante del soldado de fortuna.

Tuvo mucho de su mítico homónimo el galán de damas, pero también mucho del héroe militar auténtico a lo *Gastón de Foix*, y también sus cortes y ribetes de aquel deleitable pícaro Guzmán de Alfarache, del sevillano Mateo Alemán.

Quizá con más decisión o con ambición más sostenida, don Juan van Halen habría culminado en fundador de dinastía y establecedor de reino. La Europa del ocaso napoleónico se propiciaba para todo eso. Empero, van Halen no supo o no deseó valerse de las circunstancias y, si bien rico y ornusto de laureles simbólicos, vino a morir oscuramente en Cádiz, siendo su cadáver inhumado en un pueblecillo de la bahía gaditana, en el Puerto de Santa María.

En puridad, la vida de don Juan van Halen es la más entretenida novela que puede leerse. Tanto mejor cuanto que ha sido redactada por ese formidable vasco Baroja, cuya ancianidad produce opimas cosechas de campo recién labrado.

El estilo recio, el estilo cántabro, que diríamos, del cronista de Aviraneta, hace resaltar la figura de van Halen a extremos de apasionamiento.

Todo se desenvuelve con un cierto modo cinematográfico, que contribuye al verismo del asunto. Se lo ve al personaje, de punta a punta de su atrafagada existencia, de cuna a tumba, a través de escenas hábilmente engarzadas al propósito de atraer la atención del lector.

Ha de reconocerse, no obstante, que la actuación de van Halen se prodiga en incidentes

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sisgulares, y poco o nada ha de poner la imaginación creadora del narrador para logros efectistas.

Su juventud abre los capítulos sabrosos. Van Halen se mete marino, dando así inicio, con una aventura naval, a la larga serie de sus aventuras.

Luego torna a tierra firme y se adentra por la llanura castellana hasta el corazón de Madrid. En sus calles alboroto, el famoso Dos de Mayo, detras de las baricadas.

Está después por el intruso rey José, a quien sirve decididamente hasta el rebajamiento personal.

Y, en breve, vuelve su lealtad a la patria hispana, por cuyo beneficio traiciona, según se afirma, la fé masónica en él depositada por el mariscal Suchet. Van Halen anhela a dura costa hacerse perdonar su afrancesamiento.

Restaurado el Borbón en el trono de las Españas, don Juan van Halen trabaja por la constitucionalidad contra el absolutismo. Da su libertad al azar y juega a filo con la muerte, conspirando en las asociaciones secretas que mantenían el pendón del liberalismo en el reino.

Reducido a prisión, es aherrojado en las cárceles de la resurrecta inquisición. Monta en sus calabozos el potro del tormento.

Es el amor que lo salva. Gracias a una mujer, servidora del presidio, consigue escapar. Por cierto que la pobre diablo lo reemplaza obligadamente en el castigo.

Y la evasión del oficial queda catalogada entre las evasiones célebres.

Perseguido, va a Rusia a ofrecer su espada al Zar.

El hombre que en su tierra natal peleó

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

por la causa de las libertades, lucha mercenariamente contra la libertad de los pueblos menores del Cáucaso, a quienes el déspota moscovita busca dominar bajo su férula tiránica.

Como éste son innumerables los contrastes de que está plagada la conducta de van Halen.

Salido de Rusia, (y no por la barrera alzada de la frontera), van Halen, anmistiado por Fernando VII, regresa a España, donde casa; y, parece que va a recomenzar una era de tranquilidad y reposo.

Pero él no es hombre que cultive su jardín en media mocedad.

Vuelve a sus andadas soldadescas y hace toda la cruenta campaña de Cataluña. Como siempre luce y se destaca. El general Mina le consagra altos elogios al bravo teniente.

La mujer de van Halen, doña María Quiroga, que resulta un bello marimacho guerrero, da escolta a su marido en la campaña.

Al fin, hastiados ambos cónyuges emigran, tomando la ruta de las Américas.

Residen en Cuba, donde van Halen las da de plantador de café en Matanzas. Después se enrola marino mercante en el crucero de Veracruz. El ansia militar no le suelta. En la defensa del castillo y fuerte de San Juan de Ulúa contra el ataque mexicano, dirige el rechazo de artillería.

Quizás el ruído de estos cañonazos despierta no olvidados ecos en el espíritu del soldado; pues, a poco, recruza el charco y se lo mira, bajo banderas liejesas y bruselenses, combatiendo por la independencia belga.

Toma ahí puesto de jefe. Bélgica le entrega el mando supremo de sus tropas, y el éxito lo acompañó. Hizo cuanto pudo. Si no logró todo lo que se propuso, fué culpa de rivalidades de politiqueros y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

demagogos, y nada le es achacable como director de las fuerzas.

Claro que su aventura flamenca no fué sólo militar. Van Halen no desaprovechó la ocasión de rendir a sus prestigios de triunfador gran copia de corazones femeninos, según era de su maña.

Y por supuesto que no paró aquí.

Concluida la cuestión belga, van Halen organiza una legión brabanzona que introduce en Portugal para defender las libertades lusitanas. Mas, su aventura portuguesa es breve y sin gloria.

Pasan algunos años. Ya en España reina doña Isabel II.

La corona le confía al gaditano el comando llamado del Centro cuando la guerra civil, y al acabar ésta es literalmente colmado de honores.

Van Halen se aproxima al poniente. En su vida, comienza a atardecer.

Viudo, ha vuelto a matrimoniarse. Su nueva mujer es doña Clotilde Butler.

Finca su hogar en Cádiz.

Sus recuerdos y el sol andaluz le consuelan en su vejez.

Llega la muerte.

Don Juan van Halen la espera sereno, como un valiente soldado.

En el curso de su existencia ha escrito, para debajo de su nombre en el sepulcro, una extensa lista de vanas palabras que dicen la pompa de jabón de sus hechos de aventurero: Teniente General de los Ejércitos Belgas, Mariscal de Campo del Arma Española, Mayor Ruso, Caballero Gran Cruz de Carlos III y de la Orden de Isabel la Católica, Caballero de San Hermenegildo, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad, etc., etc.

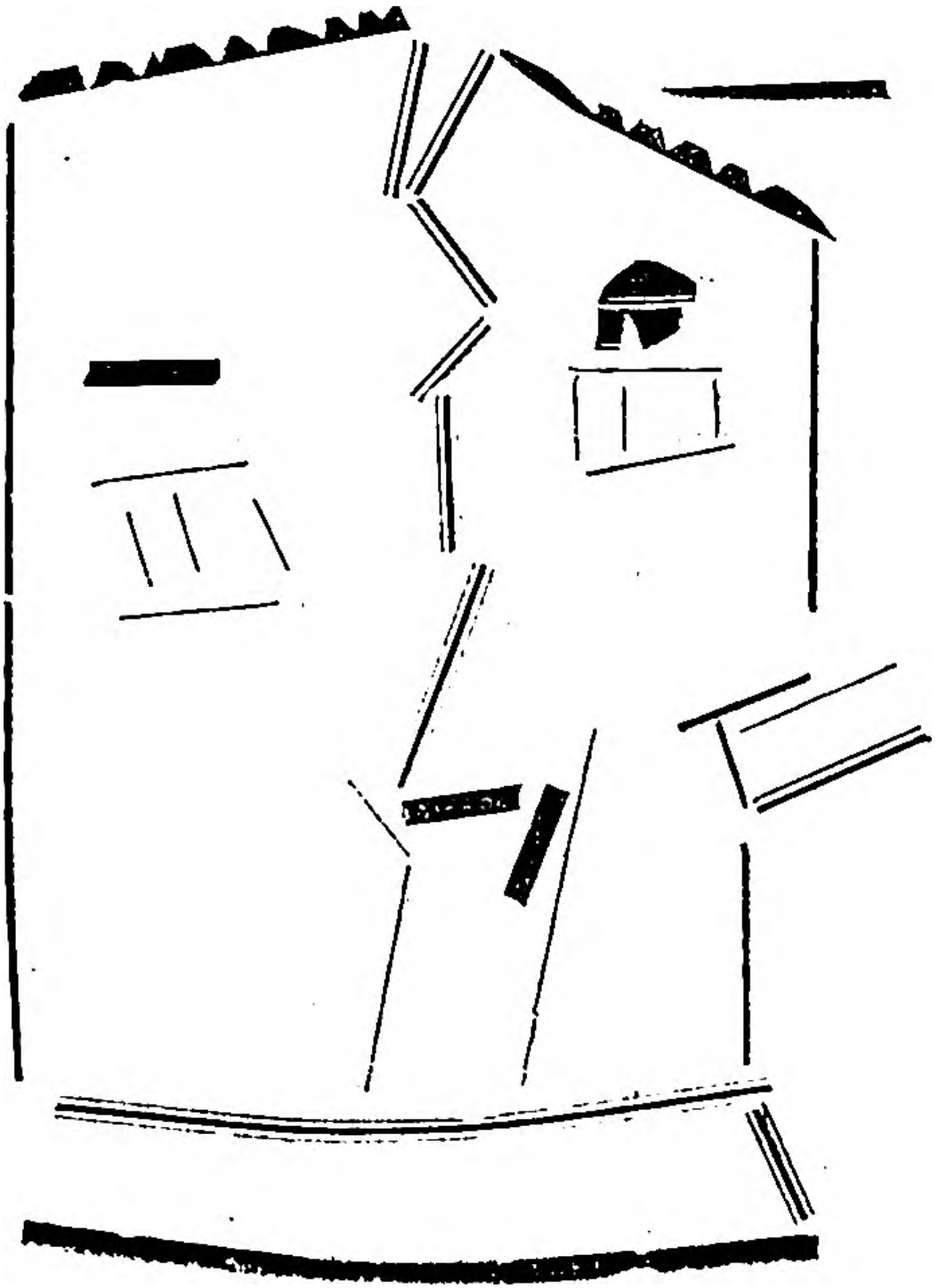
Ha sido traidor y fidelísimo. Conspirador y combatiente en campo abierto; apoyador del absolutismo y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

libertador de un pueblo .....
Ha tenido grandes defectos y grandes
virtudes ..... Ha amado y sido amado ..... Ha gozado
y ha sufrido ..... La vida le ha hecho pro-
bar todas sus amarguras, pero también le
ha dejado saborear sus dulzuras todas..... ..
No ha sido nada más que un hombre.
Pero tampoco nada menos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La canción de las casas antiguas del puerto



Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Hay un poema de las construcciones. Pero, las construcciones son, ellas mismas, poemas. Poemas facturados con materiales sólidos —piedra, madera, cemento— en vez de con espumas de sueño como los otros. Así, los arquitectos resultan en el fondo tan poetas como los que alinean versos, con la diferencia de que son gentes de más serias costumbres y arreglado modo de vivir. Lo cual no empece a que forjen obras maravillosas, cuyo arranque inspirante parece como que se encontrara en el laberinto de los delirios oníricos.

La elocución poética guarda correspondencias con el equilibrio arquitectónico, y muchas de las modestas reglas del obrar de alarifazgo son, si bien se las mira, cánones de armonía inanimada.

Definiendo la arquitectura religiosa, se ha dicho que ella es la plegaria.

Es verdad.

Pero, todavía anda más allá la verdad.

Intentaré una definición.

En general: la arquitectura es la poética de los sólidos.

Hallo justo el concepto metido en la metáfora.

Mas, si esto no me extraña, por lo menos me aparta del asunto.

Hay un poema de las construcciones, repito.

El de las viejas casas guayaquileñas, no ha sido escrito aún. Palpita no más en cierto ambiente insigne que se está esfumando y que pronto terminará por recluirse en las crónicas tradicionales para regalo de las honradas polillas.

Yo he pretendido más de una vez esbozar el canto de las antiguas casas del puerto. Lamentablemente, no soy poeta, y la canción

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se me escapa como un poco de tierra entre los dedos angustiados.

En el prólogo de "Repisas", amaño tientos líricos, bastante desastrados por supuesto, sobre el tema evocador.

En mi novela "Los monos enloquecidos", que lleva eternidades de imprimirse en España sin que la pobre aparezca por ninguna parte, un protagonista cuenta así, entre otras cosas, al describir el Guayaquil del pasado: "A las calles se asomaban las fachadas de las casas de umbrosos soportales, hospitalarios refugios contra el sol quemante, los aguaceros cerrados de Chongón y los cortantes vientos de Chanduy.... Eran casas con toldas de lona blanca como velas de balandra ..... Eran más cordiales, más propicias, más hogareñas ..... Bajas, alcazaba uno con la mano sus arquitrabes de escultura ingenua ..... Grandotas, cabía en ellas, íntegra, una de esas largas familias patriarcales que entonces había ..... Eran feas, quizas; pero tenían no se qué de maternal ..... ¡Ah, y con sus techos de tejas coloradas eran frescas como una tinaja de piedra pómez!"

En propiedad, estas casas vestidas de trapo pertenecieron a la carpintería colonial y dejaron de hacerse en el siglo anterior, por ahí a raíz de la peste negra. Virtualmente han desaparecido. Quedan alguna que otra, vergonzantes, refugiadas en callejones sórdidos por donde transcurre, a media noche, la sombra en pena de una época muerta. Estas casas viven ya más en el recuerdo de los ancianos, cuya memoria es un museo ambulante. Tienen, pues, una existencia imaginaria, o si se prefiere, histórica.

A esta generación de casas achaparradas sucedió otra, muchos de cuyos es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

beltos ejemplares se mantienen en pie, viéndose como chatos y preteridos entre esos castilloides de cemento armado o de hormigón que son las moradas de hoy y que, para mí, desentonan en el escenario paisano.

Aclaro: no peco de amor por lo ido, por ilustre que fuere ..... Que no rimen con el panorama los edificios modernos, no significa que desconvengan ..... Acomodo tan sólo un punto de vista estético.

En mi opinión, para que la vivienda sea bella en el conjunto natural, no ha de ser más alta que el árbol más alto, y nuestro árbol más alto es la palmera .....

La casa es como la mujer del árbol vecino y, en la mensura shakespiriana, ha de quedar un poco cabe su protección, bajo su copa. La fronda sobre el techo es un amparo más: un doble cobertizo contra el cielo inclemente.

En nuestro paisaje de mansa llanura y río amplio, acuerda más la casa ancha y de corta alzada. Como que la casa demasiado erguida, estrecha y ágil, semejante a una torre, se hubiera hecho para los sitios de montaña, en donde levante dominio, y enseñoree, y se quiera poner en pleitos de encumbramiento con las cúspides.

Estas buenas casas nuestras fin del siglo XIX y albor del siglo XX, llevan también trazas de desaparecer en breve. Tan pocas restan en la plenitud de su construcción inicial que uno ha de referirse a ellas por unidades. Son unas cuantas mansiones burguesas en el malecón, mirando al agua.

Y aún no tienen su canción.

No obstante, se la merecen.

Lo positivo es que si en esta oportunidad

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no se las canta, se irán así al ayer. Los poetas de mañana no repararán en su suave poesía intrínseca, sino que las considerarán en cuanto símbolos de una era de rijosa explotación, y las odiarán lo propio que ahora odiamos el aparato de los tormentos abolidos.

Vendréis, pues, en ruinas; os caeréis a pedazos podridos; os tornaréis de escombros, y dejaréis vacío el solar que fuera el vuestro, ¡oh, casas antañonas!; y todo eso se consumará en un desesperado silencio, sin música de versos y sin las bonitas figuras literarias de que tanto placían las muchachas que os habitaron .....

Mejor desde ya habrá que tratar de vosotras en conjugación de pretérito.

Sí; es más sincero,

¡oh, clásicas casas del puerto!, para quienes no ha habido gracia de cantar .....

Sin embargo, vosotras érais hermosas como matronas bien conservadas ..... En vuestras fachadas de claros colores, con grandes chazas de persianas a barajas menudas, reflejaba el sol, jugando su juego de iris, y la luna, jugando sus juego de plata ..... En vuestros soportales, preservábais siempre una umbría madura para los enfebrecidos trajinantes ..... En vuestros zaguanes solemnes, por los que habría cabido entrar una procesión de Domingo de Ramos, había siempre un rincón para el beso escondido ..... En vuestros cuadrados patios de arena secábais la pepa de oro, y con frecuencia, también, de tisis, el pecho de los cacahueros ..... En vuestras enormes cocinas —cocinas de feudalidad eran, y por eso, parecidas a las de las viviendas mediovales,— mientras humeaban las viandas se armaban tertulias populares entre los servidores case-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ros y los peones que venían cada semana de la hacienda, trayendo los productos ..... En vuestros comedores, que se abrían sobre el claustro y que olían siempre a cacao fresco y a agua en recipiente de barro, se servían banquetes opulentos ..... En vuestras piezas de estar, se movían pausadamente las hamacas, tamañas como canoas cargueras, en las cuales decurría, de nacimiento a muerte, con un perezoso ritmo de balance, la existencia de los patrones, con horros intervalos de verticalidad laboriosa ..... En vuestros inmensos salones, alumbrados por gigantescas arañas que quemaban torrenteras de gas, dábanse las fiestas; el piano de cola inundaba de ruidos la calle cuando tecleaban las alegres polcas y los inacabables valses en la mayor .... En vuestras galerías fronteras, cuyo modelo copiasteis de la cubierta de los barcos, soñaban las niñas, vuestras niñas, las niñas de la casa .... Eran atractivas vuestras damas jóvenes, con sus largos trajes, sus corpiños subidos, sus trenzas caedizas y sus ilusiones en la cabeza: asomadas a la ventana, contemplando el río, soñaban sus sueños dorados que al amontonarse los años se convertían —¡como siempre!— en una pedestre domesticidad; al compás de la hamaquita leían los libros que mandaba el primo que estudiaba en Europa y en el cual esperaban un presunto consorte, o entonaban, generalmente muy mal, pasillos alaridados por Julio Flores; y muchas recitaban, con llanteos de oratoria romántica, composiciones truculentas, donde había un hombre que se mataba por una mujer a la cual no le venía en gana natural el enamorarse de él..... Algunas de esas doncellas maltrataban el francés..... Verlaine estaba de moda.... Verlaine había revocado su parnasianismo y pisaba su etapa sentimental.... A aquellas muchachas se les

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ocurría delicioso cuando exaltaba a su amada, que,
como ellas mismas solían usarlo, puesto o
impuesto, tenía un nombre carlovingio.....
¡Lástima de esas
vírgenes que ha rato dejaron de serlo,
aún cuando sea por haberse matrimoniado con
el sepulcro!
Para alguna
de ellas, frente a cualquiera de vosotras, ¡oh, casas antañonas!, sonaría una madrugada antigua la
última serenata.
Es profundamente sensible
que ese charrasqueo de bandurrias y guitarras haya
sido también la postrera canción
que tuvisteis, ¡oh, viejas casas del puerto!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo